

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 septiembre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55- II Epoca - Número 251

ADENAUER, EL HOMBRE

DE 12.440.779

ALEMANES

"QUEREMOS
QUE NOS DEJEN
LAS MANOS
LIBRES"

RUSIA NO HA
CAMBIADO DE
PROPOSITOS"

EL CANCELLER
ADENAUER HACE
NUESTRAS DECLARACIONES
SPECIALES PARA
EL ESPAÑOL"



El canceller de la Alemania Occidental, Konrad Adenauer, ayuda a una niña a saludar con la mano en el colegio electoral de Bonn, donde depositó su voto en las elecciones generales que le han dado un triunfo tan rotundo



Este es el homenaje popular y fervoroso que recibió el canciller Adenauer durante su última estancia en Berlín

EL CANCELLER ADENAUER CONCEDE A "EL ESPAÑOL" SU PRIMERA ENTREVISTA POSTELECTORAL

ANACREONTICA

La revista *Time* atribuyó en uno de sus últimos números al canciller Adenauer esta jugosa frase: «Hay tres Alemanias: una, Baviera, es la Alemania de la cerveza; una segunda, Prusia, es la Alemania de los aguardientes, y la tercera, Renania, es la Alemania del vino. La única gente lo suficientemente sensata para gobernar a las tres de una manera sana y sensible es la que vive en el país del vino.» De esta premisa extrajo la conclusión siguiente, cuando se discutía el emplazamiento de la capitalidad de la nueva República Federal: «La futura capital de Alemania debiera establecerse entre los viñedos y no en un campo de patatas.»

Fué así como Bonn se convirtió en *Bundeshauptstadt*, o capital federal de Alemania, en el corazón de la católica y vitiviníco-

la Renania, patria chica de Konrad Adenauer, si bien es cierto, como les dije a ustedes en otra ocasión, que los alemanes llaman socarronamente a Bonn *Bundeshauptdorf*, que podríamos traducir así: «Pueblo principal federal», escatimándole su rango de ciudad.

Con todo, la frase de Adenauer tiene su miga. No se olvide que Prusia, la Alemania de los aguardientes, significa la tradición imperial agresiva, el centralismo y el viejo espíritu militar federiquiano, del que el propio Adenauer quiso inmunizar a Renania en 1919 con un sueño separatista, y que Baviera, la Alemania de la cerveza, fué la cuna del nacionalsocialismo, pues éste nació en la *Bürgerbraukeller*, de Múnich.

Recuerdo a este propósito que fué un escritor ruso, Alexandrov, quien dijo que a los alemanes los hacía peligrosos la cerveza, «batiendo las paredes de su estómago como un mar embravecido». No sé si esto será verdad, pero puedo certificar que la cerveza mezclada con aguardiente, como se acostumbra a tomar por lo menos en algunas regiones de Alemania, es un explosivo que un día, en Hannover, amenazó con volarme el hígado. Fuerte mezcla, pues, la de Prusia y Baviera. Nos quedamos con la Renania de los moderados y sabrosos caldos del Rin y del Mosela, cuyas gentes ribereñas, «la botella en la mano, en el rostro la risa», son, efectivamente, alegres, sensatas y laboriosas.

RHONDORF, ENTRE VINEDOS

En los primeros días de julio, un avión de la S. A. S. me dejó en el aeropuerto de Francfort del

Meno. Era domingo y la autopista que lleva a la ciudad era literalmente un hormiguero de «Volkswagen» y de motocicletas. La autopista se abría camino por un bosque muy frondoso, y en la fresquísima hierba retozaban millares de mujeres, hombres y niños, formando un cuadro feliz y campestre. No era ésta la Alemania que esperaba encontrar después de tanto dolor y de tantas destrucciones. En Francfort tomé un tren para Bonn.

Es difícil pensar en un viaje más encantador, bordeando el Rin, en cuyas aguas se mezclan toda la historia de Alemania y todos los grandes mitos germánicos. Desde la ventanilla vi desfilar uno de los paisajes más ilustres de la tierra. Las estaciones del trayecto estaban llenas de excursionistas y de canciones.

Mi principal objetivo en Bonn era entrevistar al canciller Adenauer para *EL ESPAÑOL*, antes de salir para Berlín, ciudad por la que el Canciller, según creo, no siente grandes simpatías. Pero Adenauer, que nació en Colonia y que tiene la cancillería en Bonn, no vive en ninguna de estas ciudades, sino en Rhöndorf, a unos 15 kilómetros de la capital federal. Quien haya leído mis crónicas de Alemania, recientemente publicadas en esta revista, sabe, por lo demás, que todas las personalidades de la República Federal viven en los pueblos de los alrededores de Bonn, de forma que lo más indicado para entrevistar al Canciller era trasladarse a Rhöndorf, un típico pueblo renano, «entre viñedos».

Aquí posee Herrn Bunderkanzler (el señor Canciller Federal) su pequeña «villa» a la que se sube por una sencilla escalinata. Tiene un hermoso jardín en el



Adenauer cambia impresiones con el secretario para Asuntos Exteriores, Wallstein

que florecen las rosas más exóticas del mundo, y no se puede imaginar nada más distinto del espectacular Berchtesgaden, el nido de águilas de Hitler en los Alpes bávaros, en la misma frontera con Austria. En este jardín, muy bien cuidado, pasó Adenauer sus años de apartamiento de la política, benevolamente vigilado por la Gestapo después de negarse a recibir al Führer en Colonia, ciudad de la que era alcalde. En este jardín, podando sus rosales, le sorprendió también la terminación de la segunda guerra mundial, el final apocalíptico para Alemania.

La «villa» del Canciller Federal es de un gusto delicado, sencillo y burgués. Al pie de la escalinata pueden verse algunos coches oficiales, que de noche llevan unas luces azules como distintivo, pero ningún aparato de gendarmería. Es difícil pensar que detrás de aquellas paredes trabaja uno de los hombres que más pueden hacer por el porvenir de Europa. En la noche del pasado día 6, cuando en Bonn un equipo de técnicos hacía el recuento de los votos, Adenauer se fué tranquilamente a la cama, seguro de los resultados electorales. Seguro, pero ilusionado. Cuando el mariscal Hindenburg presentó en 1925 su candidatura para la presidencia de la República de Weimar, también se acostó temprano el día de las elecciones, y cuando su hijo Oscar fué a despertarle para comunicarle la victoria, a las siete de la mañana, le dijo, malhumorado: «¿Por qué quieres hacerme perder una hora de sueño? Los resultados habrían sido los mismos a las ocho.» Dió media vuelta y siguió durmiendo. Hindenburg estaba también seguro, pero no ilusionado.

FE EN LA VICTORIA

En dos respuestas que dió el canciller Adenauer a dos preguntas que le hice antes de las elecciones y en vísperas de la nueva oferta soviética se manifestaba ya su rotunda fe en la victoria:

—¿Qué resultados espera Su Excelencia de las próximas elecciones en la Alemania occidental?

—Creo firmemente que el pueblo de la República Federal demostrará de nuevo su confianza en los partidos que formaron hasta aquí la coalición gubernamental. Expresará de esta manera su conformidad con la política que se hizo en los últimos cuatro años.

—En el caso de una victoria de los socialdemócratas, ¿se retiraría Su Excelencia de la política?

La respuesta fué rotunda:

—Tanto las premisas como la conclusión son improbables.

En efecto, eran improbables. Adenauer ha triunfado espectacularmente en las elecciones del pasado día 6, y a sus setenta y siete años espera regir los destinos de la Alemania occidental—que quiere decir casi tanto como los destinos de Europa—por lo menos cuatro años más. El primer ministro sir Winston Churchill sólo le lleva un año, pues nació en 1877, pero está mucho más gastado.

ENTREVISTA CON EL CANCELLER

Creo que después de la victoria electoral la primera entrevista que concedió Adenauer fué a EL ESPAÑOL. Antes de celebrarse las elecciones no podía pensarse en robarle unos minutos para que contestase a nuestras preguntas, pues estaba preparando



El canciller alemán asiste con su hija Lotte a una fiesta religiosa en Bonn

su agotadora campaña y viajando constantemente por el país, haciendo una media diaria de más de 300 kilómetros. Después de los comicios la «villa» de Rhondorf se convirtió en una especie de estación de ferrocarril, en la que todo el mundo entraba y salía. Pero el canciller, que no deja nada atrás, pudo encontrar unos minutos libres para dedicármelos amablemente. La primera pregunta que le disparé hizo impacto en el mismo centro de una controversia universal que sigue y seguirá coleando:

—¿Qué objetivo persigue la Unión Soviética, en opinión de Su Excelencia, con su «Ofensiva de Paz», especialmente en lo que se refiere a Alemania?

—En primer lugar debemos preguntarnos qué realidades, qué hechos nos autorizan a hablar de una «Ofensiva de Paz»... Todo lo más se puede hablar de una «nueva línea» en la conducta soviética. Si bien por ciertos indicios se pudiera concluir que ha habido un cambio en la táctica soviética, no por ello debe creerse que ha de seguir un cambio en los propósitos de Rusia. Dos cosas hay que distinguir: una, la necesidad que tienen los rusos de seguridad, que yo siempre he reconocido, y otra, las concepciones soviéticas, que llevan consigo un claro carácter expansionista. Pero tal expansión sólo tiene oportunidad de producirse allí donde las posiciones son débiles, y el crearlas es, en consecuencia, de interés esencial para la Unión Soviética. De aquí que si se hiciese notar ahora en la Europa occidental una progresiva consolidación y fortalecimiento, especialmente en la marcha hacia la integración, habría motivo para pensar que no estaría lejos un cierto giro táctico de Moscú. La Conferencia de los Cuatro, propuesta por las potencias occidentales, de acuerdo con nosotros, será la piedra de toque de esto.

—¿Cree Su Excelencia que la caída de Beria cambiará la política soviética para con Alemania? En caso afirmativo, ¿en qué sentido lo haría?

—Como le he dicho anteriormente, creo en las constantes de la política rusosoviética, que se deriva, en parte, de la situación geográfica de Rusia, y que en parte está fundada en la ideología comunista. Es más prudente no perder de vista estas constantes que lanzarse a hacer especulaciones sobre el papel personal de los estadistas o militares soviéticos, máxime cuando el juicio de los expertos en estas cuestiones es con frecuencia contradictoria.

—¿Qué transformaciones sustantivas traería para su país y para Europa la reunificación de Alemania?

—En una reunificación libre y basada en unas libres elecciones se colmarían las principales aspiraciones de nuestro pueblo. La fase de transición será difícil, porque en la zona soviética no será posible en muchos años un sano desarrollo. Por eso hemos creado un Consejo Técnico en el Ministerio para los Asuntos de



Aquí vemos al canciller con los dos muchachos que salvaron su vida del frustrado atentado comunista



Adenauer durante un discurso de su campaña electoral en Berlín



Adenauer pasa revista a las fuerzas de Policía de Berlín

Toda Alemania (Ministerium für gesamtdeutsche Fragen) encargado de elaborar propuestas concretas para los problemas que se plantean. Pero después de la reunificación la unidad orgánica que representaba Alemania antes de que se quebrase su sistema económico, volverá pronto

a demostrar su capacidad. Este potencial total alemán habrá de ponerse entonces al servicio de una Europa unida. Rechazamos la pretensión soviética de vetar a una Alemania reunificada que pudiera establecer lazos de política exterior con los occidentales. Queremos que nos dejen las ma-



Una escena familiar del canceller con sus hijos: Libet, de veintiún años; Lotte, de veinticuatro, y su hijo Conrad, de cuarenta y seis años

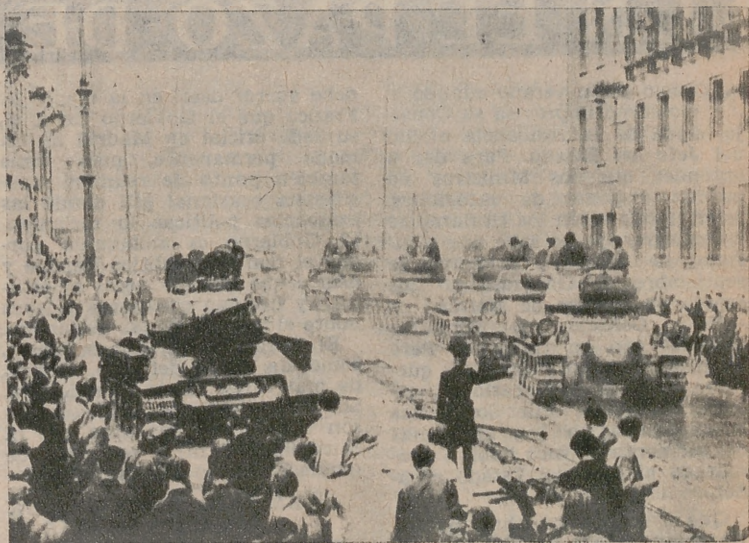
nos libres para establecer un Parlamento y un Gobierno para toda Alemania en el marco de los principios de las Naciones Unidas. Una artificiosa neutralización significaría, en mi opinión, el final de Alemania, ya que en su aislamiento sería demasiado débil para proteger su neutralidad.

—¿Cree Su Excelencia que la solución europea va a terminar con las diferencias históricas entre Francia y Alemania?

—Estoy firmemente convencido de ello. Es una gran tragedia el que ambos pueblos, que en tantas cosas se complementan y que en el fondo, como yo creo, también se estiman, hayan sido frecuentemente, a lo largo de la historia, encarnizados enemigos. Ahora habrá de terminar en la Europa unida aquella situación en la que todo país miraba con desconfianza cualquier aumento de poder de su vecino. Así, todo progreso que realice uno de los miembros integrantes de la comunidad europea será celebrado por las otras naciones participantes, porque con ello se fortalecerá el potencial del conjunto y aumentará la seguridad común.

—¿Desea Su Excelencia transmitir al pueblo español, por medio de EL ESPAÑOL, algún mensaje?

—No necesito decir que me siento especialmente ligado a la nación española. Pues en nuestros dos pueblos alientan los mis-



Esta es la visión agitada del Berlín oriental durante las últimas algaradas de protesta anticomunista

mos valores, que tienen sus raíces en la cristiandad y que han creado la cultura occidental. Los pueblos español y alemán saben que estos valores deben defenderse con los sentidos despiertos, si no se quieren perder.

En realidad, estas últimas palabras del canceller Adenauer, expresando su especial afecto a nuestro país, corresponden a un casi unánime sentimiento del pueblo alemán. En Aquisgrán tuve ocasión de asistir a un concurso hípico internacional en el que se ventilaba el Gran Premio de las Naciones, y cuando desfilaron los equipos, la ovación más prolongada y calurosa fué para el nues-

tro, que, por cierto, se llevó el Gran Premio después de una espectacular actuación de nuestros jinetes. No creo que si hubiese triunfado el equipo alemán el público le aplaudiese más. Esta fué una de tantas muestras de afecto que esperan siempre a los españoles en Alemania, y porque es justo decirlo, aquí lo estampo con profunda satisfacción, porque estoy seguro de que la amistad entre España y Alemania puede ser también extremadamente útil para Europa, esa Europa unida, con la que sueña el canceller Adenauer, contra viento y marea.

M. BLANCO TOBIO

(Premio Nacional de Periodismo.)

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.



Su Excelencia el Jefe del Estado cambia impresiones con el Ministro del Ejército

CONSEJO DE MINISTROS EN EL PAZO DE MEIRAS

NO sólo es en verano cuando el Gobierno improvisa su Consejo, cerca de la residencia oficial del Jefe del Estado. Para dar a entender que los Ministros no pueden disponer de vacaciones, estén donde estén los titulares de las carteras, ya se sabe que a últimos de agosto o primeros de septiembre el Generalísimo los espera en el Pazo de Meirás.

Estos Consejos de Ministros estivales son ya tradición. Pero al mismo tiempo Franco ha querido, en múltiples ocasiones, celebrar Consejos allí donde las circunstancias o las exigencias del momento político habían aposentado al Jefe del Estado español.

Que recordemos ha habido Consejos, a lo largo del año administrativo, en Barcelona, Sevilla, San Sebastián, etc. Lo cual

debe querer decir en la mente de Franco que el Gobierno tiene, sí, su sede oficial en Madrid de un modo permanente, pero tiene también punto de reunión y residencia ocasional allí donde las exigencias políticas lo reclaman. El Gobierno es ambulante porque el realismo político impone y decide que muchas veces se estudien y decidan cuestiones y leyes sobre el terreno de las provincias.

El Pardo queda, por supuesto, como «la orden del día», el sitio de más rango, como la sede fija. Los otros enclaves ministeriales son citas oportunas para que ni el ceremonial ni la sensación de quehacer puedan interrumpirse.

EL PAZO DE MEIRAS, UN REGALO POPULAR

Fué durante la guerra de Liberación cuando los coruñeses llevaron a cabo un propósito gene-

roso de paisanaje y admiración por Franco, regalándole, por suscripción popular el Pazo de Meirás, sitio envidiable que reúne unas condiciones admirables para el descanso, pero que no es tampoco un punto geográfico aislado que pueda suponer ni el más mínimo distanciamiento del Jefe del Estado con la política no sólo nacional, sino incluso la concreta de las provincias nortenas.

Así vemos que anualmente el Generalísimo inicia su gira estival con un recorrido laborioso de aproximación y convivencia con las provincias que tocan el mar Cantábrico. No cesan las inauguraciones, su asistencia a actos de consideración nacional e, incluso, el desplazamiento de comisiones de tierra adentro que llegan hasta el Pazo a exponerle problemas improrrogables.

En el pensamiento de Franco

gobernar exige directa y concreta visión de los hechos, presencia de las personas, tareas mínimas de reposo o de deporte junto al trabajo abrumador del teléfono, los trámites urgentes y las inesperadas realizaciones.

Los veraneos del Generalísimo suelen ser pródigos en materia de gobierno; son descansos momentáneos que le permiten acumular fuerzas y datos para proseguir después, con el mismo tesón y nuevas perspectivas, las cotidianas tareas que reclama la jefatura de la nación.

LA CORUÑA TIENE LOS DÍAS DE CONSEJO UN AIRE DE MOVILIZACIÓN MINISTERIAL

Los días elegidos para celebrar Consejo van llegando a la Coruña, unos tras otro, todos los Ministros, lo cual imprime a la ciudad un ambiente oficial de gran protocolo y practicidad ministerial. A las nueve de la mañana van pasando con dirección al Pazo. A las tres de la tarde vuelven para el almuerzo. Con muy poca sobremesa, a las cinco, ya están otra vez reunidos. Cuando terminan el Consejo ni los coruñeses más veraneantes y noctámbulos están en la calle. Son ya las dos o tres de la mañana. El Ministro de Información entonces da la noticia para la Prensa, que inmediatamente recoge la radio. Los periodistas, como es natural, los días de Consejo andan un poco de cabeza. Lo mismo pueden resolverse cosas de trámite que caer de improviso alguna bomba diplomática, económica o política.

Con el Generalísimo la tensión administrativa siempre es la misma. Su gobierno es de ritmo constante, imperioso, pero eso no quita para que hasta el periodista más tranquilo tenga la precaución de no dormirse.

HORAS Y HORAS AL PIE DE LA MESA

Ya es notoria y clásica la imperturbable paciencia y la gran curiosidad que para Franco ofrecen todos los problemas de la vida nacional, todos los aspectos, aun los más insignificantes y detallados de los expedientes administrativos. Ni una sola vez el Generalísimo interrumpe los Consejos, ni se levanta o ausenta. Con enorme capacidad de atención, interviniendo en cada caso, Franco va viendo cómo los Mi-

nistros vacían sus grandes carteras de despachos y comunicaciones. A todas hace alguna observación o comentario.

EL PAZO DE MEIRAS SE LLAMA LAS TORRES DE MEIRAS

Galicia tiene rincones bellos para dar y vender. El Pazo de Meirás es uno de los más pintorescos y enjundiosos; la tierra labradora y el aliento marinero se han amasado en esta comarca, produciendo esa impresión de cultivo reglamentado y bosquecillo libre y mar de pesca y de aventura, que es casi un compendio de todas las maravillas de la naturaleza.

El nombre auténtico no es Pazo, sino Torres de Meirás, cuyos cimientos los puso muy sobre firme don Roy de Mondego, allá por 1370. La mansión da origen al Mayorazgo de Meirás, fundado por don Pedro Patiño de Bergondo a favor de su hija doña Marta Patiño de Iourido, pasando después a los señores de la Torre de Rivadeneyra y después a los Pardo de Cela y, últimamente, después de un pleito que zanja Carlos III, a los Pardo Bazán, cabeza de una estirpe literaria.

ALGO DE MONASTERIO Y ALGO DE CASTILLO

Las Torres datan de 1393 y en ellas hay motivación y antología de diversos pazos gallegos. La portada es de monasterio y su copia del de Bergondo. Los temas románicos están bien tratados y se armonizan con una teoría señorial de escudos guerreros.

El Pazo de Meirás tiene, pues, pinta castrense y aire monacal; casi un símbolo.



Franco conversa con sus Ministros a la entrada del Pazo de Meirás

Desde las almenas y miradores se domina un paisaje ameno y fecundo, de bucólica y perspectiva marinera.

En el suntuoso patio, Franco, después de estas jornadas ministeriales, conversa con sus familiares, ojea la Prensa, lee cablegramas, gobierna España. De vez en cuando suspende un poco el trabajo, se quita las gafas y acaricia a su nieta.

Desde cualquiera de los balcones de estas torres —que fueron destruidas durante la guerra de la Independencia— Franco ofrece una estampa patriarcal. Nadie diría que sobre este hombre pesa el destino de España.

Pero el blanco de las capas moras dice muy bien que la guardia está montada día y noche, sin relevo: Franco trabaja.



De izquierda a derecha aparecen los señores Ministros Secretario General del Movimiento, Industria, Educación Nacional, Gobernación, Marina y Justicia



El Caudillo de España con los señores Ministros de Justicia, Marina, Gobernación, Ejército y Subsecretario de la Presidencia de Gobierno



Otro aspecto de la Mesa de Consejo, donde se encuentran los señores Ministros del Aire, Agricultura, Trabajo, Obras Públicas, Hacienda y Comercio

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

Señor don Juan Aparicio Peral

Mi querido padre: Como soy huérfano de ti desde hace más de treinta y dos años, te escribo como uno se dirige a un personaje histórico, mientras que, a la par, me parece que dialogo conmigo, como si mi vida fuese una prolongación de tu feneceida existencia, cual un muñón que rebrotara en el tronco cortado. Ahora que mi edad actual es casi semejante a la edad que contabas al morir en 1921, creo que somos los dos una sola persona y que continúo un caudal heredado de atracciones y de disidencias, sin acertar a discernir lo que es tuyo y lo que es mío, el patrimonio del hijo y la hijuela del padre. A veces, siento reflexionar con pensamientos venidos desde la lejanía, y a veces, me pides a mí mismo que te recree con vivencias futuras. Más bien es el mañana, porvenirísticamente, el que te pertenece; pero en el fondo del pasado hay una figura pública, nacional, que me reclama en nombre tuyo. Se trata de don Juan de la Cierva, a quien tú no serviste como correligionario político, pero a quien respetabas como al estadista más cabal de la España anterior al 18 de Julio. Sin embargo, en el mundo de los vivos, tú no conociste el advenimiento de esa fecha fausta, ni la República de trabajadores de todas clases, ni la Dictablanda, ni la Dictadura, ni siquiera la rota de Annual; porque tú has fallecido dentro de una civilización occidental que aún no había descubierto los antibióticos ni las sulfamidas.

Tú eras un hombre del 1898, en el cronológico y honesto sentido de la cifra, de ese guarismo; aunque la Providencia te evitó entonces la muerte en combate naval, como a muchos compañeros de tu aprendizaje para la Armada de guerra. Eras un andaluz de Almería que habías abandonado el seminario por la ilusión de ingresar en la Escuela Náutica de El Ferrol del Caudillo. Ahora bien, te quedaste unos años en Madrid, viviendo una moderada bohemia de la época a costa de las matemáticas y del periodismo, entre la amistad de Joaquín Dicenta y de Ramiro de Maeztu. Después, el abuelo te obligó a ser un abogado de la provincia, cuando ya querías tercamente ser un gran ingeniero que industrializase el sudeste de España. Cada vocación contrariada, cada impulso reprimido por la familia, no te agrió el carácter, sino que te hizo ser, como yo, un español de mediana estatura, robusto, con el color meridional, los ojos expresivos y la nariz corvina. Fuiste un varón docto en leyes, aun cuando la justicia no te sonreía siempre; un señor ducho en la agricultura potenciada por la irrigación y por el arbolado, un aficionado a las ciencias fisiconaturales en sus aplicaciones prácticas y eficientes. Habiendo leído durante tu juventud a Federico Nietzsche, habías acabado por ser un conservador progresivo, a la manera de la veta auténtica que nutrió a la Dictadura de Primo de Rivera, un cristiano viejo que no pudo educar a su prole, pero que nos dejó, en lugar de una herencia, un reflexivo instinto hacia la acción y hacia el orden, hacia la productividad aliada con la fantasía, hacia el pueblo organizado y jerarquizado humanamente. ¿No era éste el programa de don Juan de la Cierva y Peñafiel, según la explicación del ex diputado, del ex subsecretario ciervista Azorín? No es esta carta un empeño por resucitar el ciervismo, porque con ese apellido acaso resuene más el nombre del inventor del autogiro, o sea el nombre del hijo, que el propio nombre de su progenitor. Sólo queda del ciervismo una reminiscencia: entre sus leales murcianos, ante cuya lealtad he solicitado del «Almirante del Mar Menor», don Tomás Maestre, que debían proteger la edición de un libro sobre este enorme polí-

tico de la Monarquía. Cuando en Cataluña la devoción a Cambó se esfuerza por alumbrar a los españoles contemporáneos el mito de Cambó, utilizando no sólo a su paisano José Plá, sino la pluma montañesa de García Venero y la sagacidad sevillana del historiador don Jesús Pabón, por lo menos en Murcia, es menester que se saque de su tumba, casi de su olvido, al gobernante que supo cuánto tenía entre manos. No supongas que pretendo izar al murciano frente al catalán, pero es conveniente entre los catalanes esta reivindicación de quienes con las dotes de La Cierva han fomentado su riqueza, y entre los demás españoles, una biografía de este don Juan Murciano. Nombrado ministro en 1904, 1905, 1907, 1908, 1909, 1917, 1918, 1919, 1921, 1922, 1931; ministro de Instrucción Pública, de Gobernación, de Hacienda y en dos ocasiones de Guerra y de Fomento. Ministro letrado como antiguo discípulo de la Universidad de Bolonia, ministro capaz de ganar unas elecciones, de regir un Ejército, de oponerse a una huelga, de haber cambiado por completo la órbita de la historia española si le entregan el Poder, según su requerimiento, después de las elecciones del 12 de abril, el desfalliente monarca y los otros ministros y cortesanos que chaquetaban. Don Juan era flexible para negociar y duro para imponer la verdad, el dogma, la soberanía del bien común. Arrostró la impopularidad por su gestión de ministro de Gobernación que iba temprano a la oficina y se cuidaba de la beneficencia, de la sanidad, de la policía de las costumbres. Tuvo en contra a la Prensa venal, a la masonería francoinglesa, a Sánchez Guerra, a Ossorio y Gallardo. Ayudó a las Juntas de Defensa militares ante la disolución de los partidos, pero no aceptó el despotismo del anonimato irresponsable. Estuvo en el frente de guerra de Marruecos y en el frente económico de las grandes compañías, resistiendo a sus dentelladas en torno al Estado. Tampoco pactó con don Francisco Cambó cuando se presentaba como separatista; pero gobernó en el mismo Gobierno junto a Cambó, Rodas y Ventosa. A pesar de la represión justísima de la Semana Sangrienta en Barcelona, de los berrinches y de las desilusiones, no murió de repente, como don Antonio Maura, ni por las pistolas anarquistas, como don Eduardo Dato—al modo de sus jefes—, siendo más realista que Maura y más idealista que Dato. No temió hace medio siglo, cuando fué ministro de Instrucción Pública, las algaras jaraneras de los estudiantes, porque era impávido, previsor, laborioso y honrado. Tuvo a su favor muchos españoles honrados, laboriosos y valientes como tú (como mi padre).

DE LAS PIEDRAS, PAN

BERENG
HACE dos semanas, en esta revista se publicaba la siguiente frase: «El berenguerismo es anterior a don Dámaso.» Podríamos preguntarnos en qué consiste ese berenguerismo, constante política, anterior al general que le da nombre. Creemos que el berenguerismo es fundamentalmente una falta de fe en la juventud. El general Berenguer en el año 1930 quiso retrotraer el país al año 1923, como si los siete años de la Dictadura hubiesen detenido la vida física de los españoles. Acudieron a la cita de Berenguer todos los viejos prestigios y todos los hombres molestos con la Dictadura, pero no fué para laborar por la Monarquía, sino para derribarla al amparo de la libertad del régimen berenguerista. Nosotros reconocemos en el general Berenguer una indiscutible buena fe y un gran patriotismo. Y también se lo reconocemos a los berengueristas

UN FRUTO DE LA IMPROVISACION

ECA de Queiroz dijo una vez que Francia había creado un imperio colonial para exportar amanuenses, y Anatole France, al que no le daban prendas, escribió que no se explicaba muy bien para qué necesitaba forjarse Francia un imperio acusando más un déficit que un excedente de población, siendo esto último, como es lógico pensar, lo que en determinadas circunstancias puede justificar, como en el caso de Italia, pongamos por ejemplo, una expansión colonial. Tal vez la respuesta a Anatole France pudiera ser la exclamación de un ministro de Vichy cuando se enteró de que los norteamericanos habían desembarcado en el Norte de África: «Nos hemos quedado sin verduras.»

Para satisfacer sus ensueños imperialistas, quizá resaca nostálgica de la grandeza napoleónica, de la época de los soles de Austerlitz, la nación vecina saltó por encima de la geopolítica, de la historia y del derecho internacional, y contra toda lógica y toda justicia, a propósito de cañonazo, se instaló en Marruecos en calidad de nación protectora, abusando un poco de la fuerte posición internacional en que se encontraba, otro poco de la debilidad y el conformismo de nuestros gobernantes y no poco de la pseudotransigencia y pseudoneutralidad de Inglaterra en el Norte de África con tal de que no le tocasen la marina del Peñón de Gibraltar.

Fué así como Francia, sin experiencia africana, sin tradición africanista y sin pito que tocar o vela que llevar en este entierro se erigió en protectora de Marruecos, llevándose, a nuestra costa, la mejor tajada. Todo esto se hizo desde el París de «Bel am», cuando la mayoría de los diputados del Palacio Borbón no sabían encontrar en el mapa ciudades como Rabat o Fez.

Toda la política francesa en Marruecos ha acusado siempre esta artificiosidad original y este caprichoso proceder. Los errores cometidos se han venido acumulando a lo largo de los años, y los residentes generales suelen durar lo que la «encendida rosa» del soneto. Valdría la pena enumerarlos—los errores—si no lo hiciese periódica e inútilmente la Prensa francesa exhumando unas veces escritos del propio Lyautey y publicando otras artículos como el que firmó en «Le Figaro» Francois Mauriac al día siguiente de ser destituido el Sultán.

Esta destitución, realizada un poco al estilo del «Far-West» por el general Guillaume, ha excedido, sin duda, a todos los errores anteriores. También podríamos enumerarlos, comenzando por recordar, conforme al espíritu de los tratados en vigor, que la misión de Francia, como tal nación protectora, no consiste en minar la influencia del Sultán poniéndole francotiradores, como el bajá de Barraquech, sino en robustecerla, en afianzarla, pues no hay que olvidar que, según los textos del Tratado de Algeciras, la intervención de las potencias europeas en Marruecos tenía por objetivo «hacer respetar la soberanía del Sultán». Así lo entendió España en la Zona de su Protectorado, en beneficio de la autoridad de Su Alteza Imperial el Jefe. Si el Sultán destituido acabó rodeándose de nacionalistas y de comunistas fué, sencillamente, porque la Residencia, por un lado, y París, por otro, nunca accedieron sin reservas a llevar a cabo las reformas que su Protectorado necesitaba. La prueba de esto que decimos está en el hecho de que en nuestra Zona no ha prosperado ninguno de los males que hoy aquejan al Marruecos francés.

Una vez más, en esta ocasión tampoco Francia consultó el parecer del Gobierno español ni de Su Alteza Imperial el Jefe, representante soberano y permanente del Sultán, en cuanto a la destitución de este último, ignorando los derechos que para tal consulta nos asisten, existiendo la posibilidad, denunciada por el general García Valiño, Alto Comisario de España, de que los acontecimientos últimamente producidos en el Marruecos francés pudieran afectar de alguna manera a nuestra Zona. Es así como Francia, que se lanzó a la aventura marroquí en calidad de «pacificadora», ha contribuido con su conducta a crear una zona de peligrosa inestabilidad en uno de los enclaves más importantes del Mediterráneo, con la excepción del oasis de paz y prosperidad que es el Marruecos español. La historia vuelve indefectiblemente por sus fueros y proclama bien elocuentemente cuál es la potencia uropea más calificada para abrirle al Magreb el camino hacia el Occidente y para garantizar la seguridad y el tranquilo bienestar del pueblo que allí vive, conjugando sabiamente las tradiciones e instituciones islámicas y las exigencias de la civilización occidental en los tiempos modernos.

EL ESPAÑOL

ERISMO

de hoy, que pretenden operar al amparo de méritos personales antiguos. Pero, junto a la buena fe, los españoles podemos exigir a quienes pretenden adoctrinarnos el acierto y la lealtad.

Desde el año 1939 unos cuantos políticos que se hacen el intelectual—pocos, afortunadamente—han venido actuando, acaso sin darse cuenta de ello, para cerrar los cuadros de la vida política española. Es una línea de actuación, débil por su volumen y su influencia, que si prosperase—hipótesis actualmente inverosímil—condenaría al Régimen a la muerte. Antes, con el invento de una jergonza de palabras y frases traducidas, esos intelectuales hicieron todo lo posible para excluir a amplios sectores del gozo de nuestra Victoria, que no fué partidista, sino nacional. Ellos seguramente no se dieron cuenta del empequeñecimiento de nuestra Cruzada que realizaban

con sus dogmatismos, pero desde Cataluña y desde todas las regiones españolas el hecho o tendencia aparecía con una nitidez indiscutible. Ahora se han vuelto «comprensivos»; pero es una comprensión para las minorías que quedan atrás, ajenas al sentido del 18 de julio, una comprensión para todo lo viejo y pasado. Acaso el general Berenguer tenía motivos para operar como lo hizo, porque la dictadura de don Miguel no había realizado una eficaz política de juventudes. Pero el régimen nuestro se ha de renovar por la juventud. El nuevo Estado tiene el sentido de la continuidad y no podemos creer que fracase en su propósito de formar amplias minorías herederas. Que nuestro régimen político no es una obra acabada, sino una tarea que se realiza, un proyecto para el futuro; es algo en lo que todos estamos de acuerdo. Por eso mismo el anacrónico izquierdismo burgués de los actuales berengueristas nos parece una ac-

titud tan fuera del presente real como lo sería el que en Italia hubiese en esos momentos grupos garibaldinos. Si, como dicen ellos, el régimen ha de evolucionar; pero ha de evolucionar en virtud de su fuerza interna, con fidelidad a lo que representa y a los propósitos que ha venido a cumplir. Esa evolución debe hacerse hacia adelante. Más que evolución ha de ser crecimiento, desarrollo vital. La regresión, repetimos, sería la muerte. Nos lo dice, entre otros ejemplos, la historia del año treinta. En este sentido, las nuevas libertades no pueden ser concesiones a las fuerzas que han sido, sino reconocimiento de una nueva lealtad—caudillaje, unidad española, religión católica—, en la juventud que llega. Y jóvenes en política son todos aquellos que se mantienen fieles a un entusiasmo, a una idea, a un afán generoso y no personalista.

Claudio COLOMER MARQUES
(Premio Nacional de Periodismo)

DE cuando éramos niños guarda la memoria, junto con los molinillos de viento de papel y los globos de los jueves, las solemnes imágenes de los salvadores de España. Aunque vago, es imborrable el eco de lo que de niños oíamos a los mayores:

—Don Clodualdo salvará a España. Y si no, al tiempo.

—Se ha perdido otra ocasión maravillosa de salvar a España.

—«Quiero recordar a Sus Señorías que en este debate no se está preparando una votación más; lo que aquí, en esta Cámara, y en esta tarde histórica, estamos discutiendo es, señores, la salvación de España.»

—España se ha salvado una vez más. Respiremos.

—Lo que yo le digo a usted es que en noviembre o España se salva o se pierde para siempre.

—Mire usted que no está el horno para bollos. Hay que salvar a España.

—En fin, señores, yo no les digo más. Ustedes reflexionen. Pero no olviden que de lo que se trata es de salvar a España.

Eramos estudiantillos de bachillerato. A nuestro alrededor se salvaba a España como se jugaba al billar o se le ponían los puntos a una viuda con dinero. Nosotros sabíamos ya que en 1808 el grito había sonado con vibraciones épicas: «La Patria está en peligro: españoles, acudir a salvarla». Lo que no sabíamos es que, desde 1808 hasta 1936, durante siglo y pico, no había pasado ni media semana sin que España necesitase salvación y encontrara salvadores, infatigables, innumerables salvadores. Se había dicho ya que «la historia de España es la historia de los españoles empeñados en perderla y de la divina providencia empeñada en salvarla». Pero no entendíamos lo inmensamente trágico y lo inmensamente ridículo de la expresión.

Resultaba la patria como uno de esos ricos aprensivos que no padecen jamás una enferme-

dad corriente, sino dolencias gravísimas y rarísimas, que van tirando gracias a que se rodean de un equipo de médicos de postín y que, ahí donde ustedes los ven, viven de milagro.

Pero resultaba, al mismo tiempo, todo lo contrario. Resultaba como uno de esos viejos de noventa años, desahuciados por los médicos desde su más tierna infancia, y que, ahí donde ustedes los ven, se pasan el invierno esquiando en Peñalara y el verano bailando en las verbenas no aptas para menores.

Se parecía a ese de quien se dice: «No hace caso ninguno de los médicos; acabará mal». Y se parecía al mismo tiempo a ese otro: «Anda de médico en médico; no puede acabar bien».

Si nos damos cuenta de esto, entenderemos mejor la frase reciente y celeberrima de uno de nuestros doctores: «Goza España hoy de una salud insolente».

Sí, España, que hace quince años se desprendió del coro de doctores, ha dejado de vivir en un «¡ay!», en un susto continuo, en una alarma recidivante. Recomiéndenle ustedes aspirina, o aconsejenle un régimen vegetariano o carnívoro, o sugieranle reposo, o movimiento, o lo que les parezca bien. Pero no añadan la terrible y secular admonición de «es cuestión de vida o muerte». Muy pocas cosas son cuestión de vida o muerte, y los médicos de verdad (que se diferencian de los estudiantes de medicina en que son sumamente escépticos respecto de la medicina) lo saben muy bien. Casi ninguno de estos médicos omite el consejo: «Y, sobre todo, olvídese un poco de que está enfermo». Mientras que casi ninguno de los otros, de los malos o de los inexpertos, omite el consejo contrario: «No pierda de vista que es usted un enfermo y que a la menor tontería que haga puede morir».

Que así se muera el enfermo, es discutible. Lo que no es discutible es que así no puede vivir.

Luis PONCE DE LEÓN

UNA OPORTUNIDAD PARA EL CINE ESPAÑOL

EL cine influye directamente, y con eficacia indiscutible, en la formación de estados de opinión colectivos. Es el medio de propaganda más sutil de nuestro tiempo, el más ingenioso vehículo de conquista. Conquista intelectual, desde luego, pero conquista al fin y al cabo. Ahí está el caso de Italia, que, derrotada en la última guerra, ha encontrado en el cine su mejor embajador. Una película de Rosellini, «Roma, ciudad abierta», contribuyó, seguramente más que todas las gestiones diplomáticas, a la favorable disposición de ánimo de los vencedores hacia Italia. Y un estilo cinematográfico peculiar, nuevo o resucitado, el «neorrealismo», le ha devuelto su prestigio artístico y cultural ante los públicos de todo el mundo. Esos públicos que en cualquier meridiano o paralelo—y aquí se revela claramente el poder conquistador de las pantallas—fuman, beben, conversan y declaran su amor con los mismos gestos y la misma expresión de los actores que protagonizan los films norteamericanos.

Ante esta invisible, pero auténtica, fuerza propagandística y capitaria, el control del Estado sobre el cine no necesita ninguna justificación excepcional. Como afirmábamos hace poco en estas mismas páginas, ningún Estado moderno vive—ni debe vivir—de espaldas al proceso formativo y orientador de la opinión pública.

Pero el cine tiene, además, una valoración industrial que nadie ignora, que cuenta y repercute en todas las economías nacionales. También, desde este punto de vista, es natural la intervención del Estado en la economía del cine, siempre que vaya orientada hacia la protección de la industria cinematográfica.

En España la protección al cine nacional cristalizó en disposiciones como las de los años 1941, 1944, antecedentes de la de 13 de octubre de este año.

En esta última orden del Ministerio de Infor-

mación y Turismo, firmada previa deliberación del Consejo de Ministros, se conjugan con acierto indudable los intereses del productor y del exhibidor.

El productor cuenta con dos garantías, una de tiempo y otra de fecha, para la proyección de sus cintas. En los cines de sesión diaria se exhibirán películas españolas durante seis semanas al año, como tiempo mínimo, y un día por cada seis de proyección en las salas que no funcionen diariamente. De las seis semanas corresponderá al menos una a cada uno de los trimestres de mayor rendimiento comercial en la temporada: septiembre-octubre, diciembre-enero y marzo-abril. Y en este último la semana dedicada a las películas españolas se incluirá necesariamente a partir de la Pascua de Resurrección.

Los intereses del empresario de locales de proyección se respetan también; la obligación de exhibir películas españolas alcanza sólo a las que sean clasificadas en primera y segunda categoría. Y la Dirección General de Cinematografía y Teatro podrá dispensar o retrasar su cumplimiento por falta de películas españolas aptas o disponibles o por la programación de alguna película extranjera cuya retirada del cartel cause al exhibidor un grave quebranto.

De esta conjugación de obligaciones e intereses entre los exhibidores y los productores españoles es lógico esperar un notable progreso del cine español. Bastará para ello que unos y otros cumplan con buena voluntad lo dispuesto en la Orden de 13 de octubre, atendiendo no sólo a su letra, sino también al espíritu que la anima. Los empresarios exhibidores, porque las buenas películas españolas, en buenas fechas, tienen también buena taquilla. Los productores, porque se les ofrece una estupenda oportunidad para conquistar definitivamente al público español.

EL ESPAÑOL

LA RUEDA SOBRE EL PAISAJE

MIL QUINIENTOS KILOMETROS POR TIERRAS DE CATALUÑA EN SU XXXIII VUELTA CICLISTA



Una prueba deportiva que el catalán siente con emoción

A L mismo tiempo que asistimos a la muerte de la bicicleta como vehículo utilitario, presenciamos la vitalidad que adquiere, progresivamente, el deporte del ciclismo. La bicicleta se muere sin remedio, y ya no hay joven que sueñe en poseer una de estas máquinas, que, dicho sea en honor de la verdad, nos ha tenido engañados desde su invención, pues, con la creencia de que nos llevaba a donde quisiéramos, la verdad es que éramos nosotros, a costa de nuestros músculos y de nuestros sudores, los que la llevábamos a ella. Hasta en Bélgica, tierra de tradicional ciclismo popular, se van sustituyendo las «bicis» por las «scooters».

Y, sin embargo, ahí tienen ustedes a la bicicleta como deporte en la apasionada y apasionante Vuelta a Francia, a Italia, a Alemania o en nuestras pruebas, más modestas, en el ámbito nacional. Cada día este deporte, que poco a poco se convertirá en algo romántico, tiene más adeptos y despierta más entusiasmo.

SENTIDO POPULAR DE LA VUELTA A CATALUÑA

En España hay una región en la que sus hombres sienten, con la llegada de los primeros días de septiembre, una atracción singular por el ciclismo; esta región es Cataluña, y esos días los de su tradicional Vuelta. Es curioso que incluso gentes que no tienen el menor interés por el deporte siguen ávidamente las incidencias de la ruta que, sobre el paisaje, trazan las ligeras ruedas impulsadas por los músculos jóvenes y fuertes de los ciclistas. Porque la Vuelta a Cataluña tiene un sentido eminentemente popular, del que participan incluso pueblos, pequeños pueblos apartados de la ruta, de los que sus habitantes salen, caminando a veces bastantes kilómetros, para presenciar el paso fugaz de los corredores.

No ha sido raro ver en esta XXXIII edición cómo en carreteras de la alta montaña, en lugares apartados, precisando muchos kilómetros para llegar a ellos, ha-



Ni la lluvia arredró el valor de espectadores y ciclistas en la etapa de los Pirineos

bían escrito en el asfalto letreros y frases de aliento a los participantes. El pueblo catalán se muestra cariñoso con todos esos muchachos, quizá demasiado cariñoso, pues, en su deseo de favorecerles, en ocasiones les perjudica dándoles bebidas o echándoles cubos de agua que hacen se desprenda lentamente la grasa de la bicicleta, lo que ocasiona, a veces, importantes averías.

Pero el hecho es éste: el pueblo catalán quiere este deporte que cruza por sus paisajes, y lo quiere como a una cosa ya tradicional, ya propia, con todo lo que tiene de emoción deportiva y también de espectáculo en la caravana de coches que asaltan los pequeños poblados, constituyendo una fiesta espectacular para las sencillas gentes que la contemplan.

LA VUELTA Y SU PAISAJE

Muchos kilómetros son mil quinientos para que en ellos no se vaya precisando, como en una intuición viva y verdadera, toda

la esencia de un paisaje tan puramente español como es el de la región catalana.

Ya en su inicio, parque de Montjuich, jardines soleados de estirpe mediterránea, cobra esta competición deportiva un eminente carácter elemental de aire libre, de paisaje exultante, de proyección que va más allá de un simple esfuerzo muscular para convertirse en un constante encuentro con la realidad, áspera o suave, de la tierra catalana.

Dejada atrás la ciudad cosmopolita, vieja y moderna, de Barcelona, inicia el ciclista su camino pegado a la costa, cruzando bellos pueblos en donde los turistas van afirmándose de tal modo que hasta los pescadores emplezan a chapurrear el francés y, tímidamente, alguna palabra inglesa. Masnou, Vilasar Matarró, Arenys, Caldetas, San Pol, Pineda..., tierras iguales unas a otras, alegría de los planteles de flores a la izquierda, suavidad mediterránea a la derecha, y, al fondo, montañas que se van acercando en la

impetuosidad de los deportistas. La carretera se interna entre bosques, y cuando salga de ellos se encontrará muy cerca de Girona, historia pura en las páginas españolas, ardientes y serenas como sus piedras. Después de Girona, ya en el inicio de la tercera etapa, la caravana emprende el rumbo hacia La Bisbal, fecunda comarca, ciudad pequeña de extraordinaria vitalidad, la misma vitalidad de este entrañable Ampurdán, en donde nació el ritmo y la vida de la sardana. El paisaje empieza a cambiar, se diría que hasta en el aire se percibe el anuncio de la Costa Brava, y la carretera corre abierta hacia el encuentro marino de las calas y los altos acantilados; Palamós, San Feliu de Guixols... Costa española por la que empezaron a llegar a la Península las primeras voces de una civilización. Otra vez los pueblos costeros, cruzados vertiginosamente, y llegada, a través de su comarca, a la capital del Vallés, a Granollers.

Es el momento en que esta carrera inicia, tras cruzar la riqueza agrícola de las poblaciones de la comarca, una ruta que ha de llevarla a cruzar fronteras, aunque sean las modestas y simpáticas de Andorra. Los pueblos catalanes se abren al recuerdo y a la historia en sus nombres y sus paisajes; Castellterol, Moyá, monasterio de Santa María del Estany, Santa Eulalia de Riuprimer, Vich, Montesquieu, Ripoll, Ribas, Puerto de Tosas... Estamos ya en pleno Pirineo, en plena constante de frondosas arboledas, suaves pastos y silencios, paisaje en donde lo vegetal, hayas y robles, se une íntimamente con lo humano y lo vivo de la riqueza ganadera. Puigcerdá queda ya rezagada y surgen nuevos nombres: Bellver de Cerdania, La Seo de Urgel... Sierra del Cadí, al fondo, y callejas de aire medieval bajo la ruta, que, en seguida, desembocará en Andorra; prados, bosques, ríos y lagos en competencia de altura y de riqueza, en donde, en la capital, se detendrá la marcha de los sesenta ciclistas que tomaron la salida. Vuelven las callejas de Seo de Urgel y luego Pla de Sant Tirs, el pequeñísimo pueblo de Hostalet, Orgañá, con la ermita de Santa Fe... Luego, Coll de Nargó, a más de mil quinientos metros de altura, bañadas sus tierras por las aguas del Segre. Se extiende el paisaje y los ciclistas llegan a Agramunt, típicos turrones de ferias y mercados, y de allí, en un recorrido fácil y suave, hasta Lérida, dejando atrás Bellpuig, Mollerusa, Sidamunt... Trechos vivos de esta tierra catalana que se engarza en tipismo y tradición.

Continúa este descubrimiento, cada año descubrimiento, de bellos rincones españoles, en Borjas Blancas, Vinaixa, Esplugas de Francolí, Montblanch... Hacia el campo de Tarragona, aceites y vinos, en marcha que ha de conducir a los deportistas al Collado de Lilla, en donde un inmenso horizonte se desplegará a sus pies. Valls indica la proximidad de Tarragona y, tras ella, otra vez la luz de la mar y de la costa, concretada en el pueblo de Cambrils. Hacia el interior otra vez, Tortosa muestra la riqueza de su huerta en arrozales y frutos. Se

inicia la octava etapa de la Vuelta y se llega a la industrial Reus, y de allí a Tarragona, museo mediterráneo de la civilización romana.

Está finalizando esta carrera y su ruta nos lleva ahora hacia Berga, antes de la cual tenemos que encontrar la silueta deliciosa de Altafulla, Vendrell, Villafranca del Panadés, San Pablo de Ordal, sudores y esfuerzos en su cuesta; Vallirana, Molins de Rey, San Feliu de Llobregat, Esplugas... y los corredores sienten un momento la vida de Barcelona en un cruzarla fugazmente y contemplarla, luego, desde la altura, atalaya de vida y de paisaje, del Tibidabo. Descenso hacia San Cugat del Vallés, Sardañola, La Garriga, Figaró, Aiguafreda, el Alto de la Trona, Alps y Berga.

Una sola etapa y se cerrará esta caravana de ruedas y paisajes. Ahora es Manresa, San Vicente, Castell Vell, Monistrol y el espíritu y la roca viva de Montserrat. Santa Cecilia, Esparraguera, otra vez Cuatro Caminos y Barcelona.

Se ha cerrado ya la geografía, el fecundo paisaje que ha sido origen y fin, realidad vital, de la Vuelta a Cataluña.

UNA NUEVA ORGANIZACIÓN POR EQUIPOS

Hablemos ahora un poco de esta XXXIII Vuelta a Cataluña, contemplándola desde el ángulo que se acerca más al deporte.

La organización, por la U. D. de Sans, puede estimarse como perfecta, ya que esta entidad no tiene la culpa de algunas deficiencias que se han apreciado a lo largo del recorrido. Por ejemplo, la falta de hoteles para albergar a todos los que formaban la caravana de acompañantes. Se eligen las mejores carreteras y no se puede, al propio tiempo, pasar por los más adecuados hoteles, aparte de que, cuando se llega a uno de ellos, situado en los pueblos de la costa o alta montaña, lo que ocurre es que están completamente llenos de turistas y veraneantes.

Otro inconveniente es el que surge del deseo de que la Vuelta pase por algún país extranjero, y como a Francia es difícil, nos contentamos con Andorra, y allí la odisea, más que de los corredores, es de los informadores de Prensa, pues, aunque usted no lo crea, Andorra sólo tiene dos líneas que comunican con el exterior, una por Francia y otra por España. Los periodistas extranjeros eligen, por ser más barata, la española, y allí se se acumulan tal número de enviados especiales que la mayoría no pueden informar debidamente a sus periódicos.

Los puestos de aprovisionamiento no han tenido este año la menor deficiencia, y en cuanto a espléndido, el mejor ha sido el del Tibidabo.

Una nueva modalidad se ha implantado, y ha sido la de organizar por equipos regionales a los corredores. Con ello se han evitado las «bolsas comunes», que desprestigiaban por completo el espíritu deportivo de quienes las formaban, como en muchos casos se dio en años anteriores. Y la nueva fórmula por equipos ha dado el resultado esperado, librándose una carrera de gran lu-

cha entre unos y otros y un completo acuerdo entre los componentes de los mismos.

LA PUBLICIDAD COMERCIAL EN LA CARRERA

El hecho de que el pueblo contribuya al mantenimiento de esta prueba ciclista ya indica que ésta tendrá un marcado carácter comercial. La contribución, en primas y cantidades, obliga al anuncio. Y esto no es privativo de la Vuelta a Cataluña, pues, por más que se haya intentado no se ha podido evitar ni en la famosa Vuelta a Francia, ni en Italia, ni en cualquier otro lugar del mundo donde se practique el ciclismo.

De todas formas, es desagradable, deportivamente, ver hasta en las camisetas que llevan los corredores el nombre del patrocinador. Incluso uno de nuestros periódicos, en el titular, con el nombre del corredor que había vencido en una etapa, colocaba luego, entre paréntesis, el nombre de un afamado producto alimenticio, y uno ya casi no sabía si el que ganaba la etapa era un corredor o un alimento...

Si hubiera más dinero, también habría menos publicidad, pero, ¿de dónde se saca?

LOS EQUIPOS PARTICIPANTES

Doce han sido los equipos que han tomado parte en la carrera: nueve españoles y tres extranjeros. Estos últimos tenían que haber sido cuatro, pero, a última hora, sólo se presentaron tres corredores franceses, con lo que el equipo quedó anulado.

Los españoles han agrupado a los mejores corredores de cada región, si bien es verdad que cabían algunas modificaciones, como la apetecida presencia de Loroño y Langarica, que se quedaron en tierra, primero, por una cuestión de dinero, y después, porque ya, ni unos ni otros llegaron a entenderse. Por lo general, los españoles han formado magníficos equipos, y quizá el mejor, aunque la clasificación general indique lo contrario, ha sido el de Palma de Mallorca, y no el de Barcelona. El más deficiente, el de Castilla, ya que agrupaba a cinco muchachos que no habían tomado parte nunca en la Vuelta y estaban faltos de experiencia.

En cuanto a los extranjeros, italianos, alemanes y belgas, los mejores fueron, sin duda alguna, los primeros, con Zampini y De Santi, corredores magníficos. Les siguieron Jansens, Schubens y el alemán Preskeit. De Grosso y Van der Brande se esperaba mucho más de lo que han dado de sí, por su fama, cuajada de experiencia en rutas difíciles. Los italianos han hecho una buena Vuelta, a pesar de que están pasados de forma por haber corrido demasiado en este año, pero la clase la demostraron en todo momento.

Los belgas eran hombres jóvenes, de empuje, aunque no de primera fila, rápidos, pero duros para esta prueba catalana. El equipo alemán agrupaba a hombres que no habían participado nunca en la carrera y además están acostumbrados a carreteras muy buenas, y aquí han tenido trayectos sumamente duros por el piso. El mejor de ellos, Preskeit,

que en Barcelona ganó la carrera de los Seis Días.

Al principio de la carrera se notaba que en los equipos pasaban «cosas». Estas eran producidas por el siguiente hecho: en cada uno de ellos había algún as y tres o cuatro domésticos. El as, si uno de los suyos destacaba, no veía con gusto descender de categoría para ayudarlo en forma de doméstico. Esto ocurrió con B. Ruiz y Botella, el vencedor. Luego Ruiz, con un exacto sentido deportivo, ayudó entusiastamente al líder de la carrera. Lo mismo sucedió en otros equipos regionales, pero luego imperó en todos el deseo de que venciese el de su equipo que ocupaba un lugar más destacado. Como nota general, podemos decir que la armonía ha presidido la lucha por el triunfo.

LAS DOS REVELACIONES

Era ya casi costumbre que en la Vuelta a Cataluña se revelara de la noche a la mañana un corredor extraordinario. En este sentido, la que terminó el pasado domingo ha cumplido con creces lo previsto, pues han sido dos las revelaciones; la de Salvador Botella, el joven vencedor absoluto de la carrera, y la de Federico Bahamonde, toledano, que alcanzó el Gran Premio de la Montaña y que es, sin duda alguna, el corredor que más se parece a aquel Julián Berrendero. Tanto es así, que Mr. Vernick, periodista belga que sigue con cariño el ciclismo español, vió a Bahamonde en la Vuelta a Asturias, y quedó tan gratamente impresionado, que cuando se encontró con el campeón Coppi, le dijo:

—He encontrado en España un escalador que te gana a ti en la cuesta que quieras. Pienso llevarlo a Italia, Bélgica y Francia, y verás como te gana.

A lo que Coppi contestó, sencillamente:

—Mr. Vernick, si cree de verdad que tiene que ganarme, es mejor que no venga, que se quede en España.

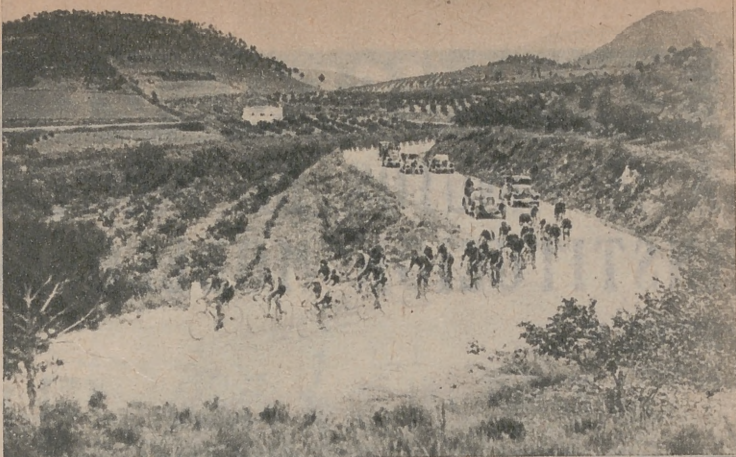
Estos dos muchachos, sencillos, humildes, han sido las dos grandes revelaciones. Bahamonde, en un esfuerzo repetido, y Botella, con menos repetición, para alcanzar mayor eficacia y seguridad.

LAS FASES DE LA CARRERA

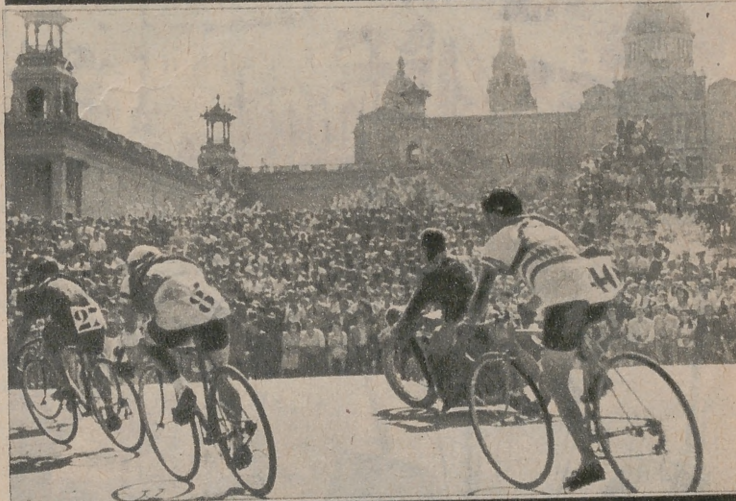
No vamos a dar detalles de las etapas que nuestros lectores conocerán detalladamente por la labor informativa de Prensa, pero si vamos a recorrer muy brevemente las fases destacadas de la misma.

La primera etapa constituyó una prueba de los corredores entre sí, es la etapa de estudio, de medición de clases y posibilidades entre los equipos y entre los individuos. Los españoles miran a los extranjeros, sin saber aún qué es lo que pueden dar de sí, y los extranjeros estudian a los españoles, que ya conocen el terreno.

En la segunda ya se inicia la dura lucha que ha de ser la nota destacada de la Vuelta. Después del pueblo marítimo de Pineda, en un trozo francamente malo de carretera, se escapan los italianos Zampini y Grosso, momento durísimo para ellos y que es necesario resaltar por la deportividad que encierra.



El pelotón se dispone para atacar el «Coll de Lilla». La exuberancia del paisaje es la nota cadacterística de la ruta



Sobre el paisaje de Montjuich, los corredores se disputan la llegada a la meta

La cuarta etapa, de Girona a Andorra, fué la más nutrida en incidencias diversas. En el Collado de Tosas, el belga Schoubens es jugó la carrera, llegando destacado a Puigcerdá. Cuando los primeros del pelotón llegaron a esta población y se enteraron de la escapada, organizaron la caza. Una verdadera tromba de agua les salió al paso y entonces fué cuando el héroe de la carrera, el valenciano Botella, salió solo en persecución del belga, a quien alcanzó, llegando a Andorra como líder. Los españoles, justo es decirlo, se crecieron en las dificultades e hicieron un gran esfuerzo en esta difícil etapa.

En el trayecto entre Tárrega y Berga los ases permitieron diversas escapadas porque esperaban que los mejores clasificados de entre ellos iniciaran la batalla. Cuando quisieron reaccionar ante la fuga de Zampini, ya no hubo manera de alcanzarle. En la última etapa el italiano tuvo dos averías y es el momento que los españoles aprovechan para luchar todos juntos para que ganara un español. Poblet se situó, esperando previamente y sacrificando puestos en ello, «a la rueda» del italiano, con lo que éste se desmoralizó por completo.

Bahamonde, en la etapa Tarragona-Berga, realizó una escapada espectacular, aunque equivocada, porque se encontraba a más de 100 kilómetros de la meta. Tam-

bién el toledano, en el Collado de Tosas, duro y difícil, pinchó en el inicio de la cuesta, de 26 kilómetros de longitud, y entonces, a pesar del tiempo perdido, empezó a subir y a pasar uno a uno como si estuviera en llano, lo que demostró, ya palpablemente, la gran categoría de escalador que posee.

La etapa más dura fué la comprendida entre Tarragona y Berga, con un total de 258 kilómetros, pero la más difícil fué la de Girona a Andorra, por la tormenta que se desencadenó y por el duro Collado de Tosas.

Y la más fácil fué la de Agramunt a Lérida con sólo sesenta kilómetros y una carretera de las mejores de la ruta.

* * *

En resumen, se puede decir que no ha sido una carrera más entre las XXXIII que se ha corrido la Vuelta a Cataluña, sino una de las más interesantes, de las más disputadas, y que el pueblo ha seguido con el mayor entusiasmo. Las batallas se han librado ya en el inicio de cada etapa, y de éstas ninguna ha sido de trámite, muy al contrario, de dura y esforzada competición.

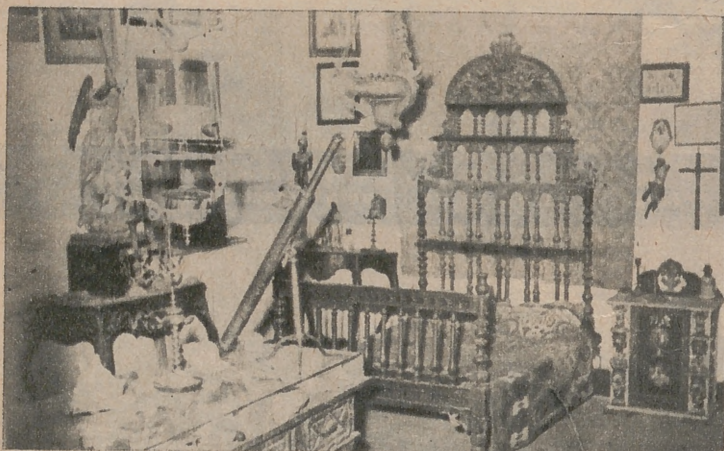
Cataluña ha vivido una vez más su Vuelta Ciclista, su prueba deportiva preferida, abierta a la grandeza de su espíritu y a la belleza de sus tierras.

Julio MANEGAT

(Fotos R. Dimas.)

EL MUSEO DE ARCADE

A 15 MINUTOS DE PONTEVEDRA HAY UNA INSTITUCION MODELO DE UN HOMBRE QUE NO SABE ARQUEOLOGIA



Con sus setenta años, Solla Bouzas es un hombre enamorado de las viejas piezas que llenan su museo

ARCADE es un pequeño pueblo gallego, a quince minutos de Pontevedra, que, entre campos, maizales y huertas, posee un Museo. No está inscrito en ningún registro oficial ni aparece tampoco en los itinerarios estereotipados de las agencias de viajes conductoras de turistas en serie. Pero en sus salas, dispersas por las tres casas de que consta la institución, hay toda una vida del hombre. Cada utensilio, cada objeto, cada instrumento repentinizado ante el visitante, tiene una leyenda, un relato o una historia. La pequeña y gran vida de los hombres que ha quedado para la eternidad—una eternidad a veces muy poco duradera—grabada en una porcelana, en una alabarda, en un mosquete de pedernal o, simplemente, en un hacha de sílex pulimentada.

EL DUENO: UN HOMBRE QUE NO SABIA ARQUEOLOGIA

Si para dirigir un Museo se exige ser, cuando menos, licenciado en Ciencias Egiptológicas o doctor en Epigrafía, Paleografía y Numismática, ¿qué se necesita

rá para acreditar la pertenencia de un Museo que guarda siete mil piezas de todos los estilos y de todas las épocas?

—Mire usted, afición, perseverancia, amor y trabajo.

Estas son las palabras del propietario. El propietario del Museo tiene ahora cerca de setenta años. Es un hombre enamorado de la antigüedad. Y sus amores son las piezas que se reparten por las ocho salas de la casona.

—Alrededor de los veinte años comencé mi afición por los objetos de arte, raros y antiguos. Hacía cinco o seis que yo trabajaba en un taller de carpintería. Apenas tenía tiempo de aprender a escribir y a leer. En nuestro taller se restauraban, algunas veces, imágenes, estatuas de madera, relojes de mesa y otros cuantos objetos que por su edad, construcción y rareza despertaron en mí el deseo de ir formando una pequeña colección particular que poder contemplar en los pocos ratos libres que me dejaba el oficio.

Después, la inquietud hizo todo lo demás. Su formación es, por tanto, típicamente autodidac-

PEQUEÑA HISTORIA DE UN GRAN PROPOSITO QUE HA IDO TOMANDO INCREMENTO

ta. Natural de Aguas Santas (Cotoyad. Pontevedra), ha residido toda su vida en Arcade.

—Durante más de cincuenta años he ido recorriendo pueblos, lugares y aldeas buscando algún objeto que comprar, alguna porcelana que salvar de la destrucción o algún mueble que, restaurado, fuese importante pieza de mi colección de juventud. Hoy, ya ve usted, tengo más de siete mil piezas dispuestas.

—¿Una fortuna gastada?

—Pues sí y no. Bien es cierto que no sabría calcular el importe de todas mis adquisiciones, pero otras veces el cambio ventajoso o el arte de la persuasión han contribuido de una manera decisiva a la calidad y número de mis objetos.

—¿Cuál fué el primer fondo fundamental del Museo de Arcade?

—Una espingarda propiedad del general O'Donnell, que me regaló la marquesa de Sotomayor como premio a algunos servicios.

En el rincón, la espingarda acarada ostenta orgullosa el número uno. Y cuando pasa el dueño, tranquilo el andar, reposado el decir, oculto el mirar tras unas minúsculas gafas negras, la espingarda añosa parece susurrar:

—Este es mi amo, don José Solla Bouzas, de profesión carpintero; un hombre que nunca estudió Arqueología.

LAS COSAS QUE ENCIERRA EL MUSEO

El Museo de Arcade, al lado de un magnífico criadero de ostras, es un museo indómito. No tiene especialidad alguna; sus piezas no han de poseer determinadas características, ni haber nacido precisamente en un período definido de tiempo. El acoge todos los objetos que, desperdigados por esos lugares del mundo, sólo enseñan, como documento de identidad, el valor que les da la antigüedad, el recuerdo, la leyenda o, sencillamente, la belleza.

—Yo, al principio—nos habla

el creador y dueño de la colección—me dedicaba a visitar todos los museos que podía con el fin de orientarme y tener idea clara y definida de la importancia de las cosas. Luego, ya en los caminos, preguntaba por «objetos antiguos que no tuvieran ningún valor». Así, día tras día, me fui haciendo con una multitud de curiosos artefactos en mescolanza constante. Unas veces eran dos porcelanas de Sèvres que me vendía una vieja; otras, una vajilla de Sagardelos o un irrigador del siglo XVIII, y otras, por último, litografías y manuscritos comprados a cualquier vecino como el más miserable e infimo papel usado.

Entre andanza y andanza, el Museo se fué llenando de armas, de muebles, de vajillas, de porcelanas, de vidrieras, de hachas de bronce, de cacharros de cocina y —trágico misterio—de esqueletos y calaveras.

Lo peor eran las regañinas que tenía que soportar de mi familia. Alguna vez han pasado privaciones por culpa de una cornucopia o de algún candil de cobre. Pero afortunadamente todos hemos llegado hasta aquí: las cornucopias, los candiles y la familia.

AL MUSEO LE SALEN COMPRADORES

El Museo de Arcade no puede valorarse. El grupo de piezas no puede materializarse en numerario. Por encima de todo constituye la ilusión lograda, a lo largo de una vida de esfuerzos y de sacrificios, de su creador.

—¿Cuánto vale el Museo?

El señor Solla sonríe y no dice nada.

—¿Cómo quiere usted que le diga así, de repente, lo que vale mi Museo? Hay piezas que sólo poseen el valor de lo pintoresco; otras, en cambio, presentan un auténtico valor histórico, y algunas, un precio intrínseco bastante elevado. No sé cuánto puede valer mi Museo...

El viejo carpintero de Arcade, conocedor de tantos caminos, de tantos tratos y de tantas historias, mira, ahora, amorosamente, a su Museo. Y, en su mirada, hay un imperceptible temor de que le puedan robar el secreto.

—Pero, compradores, ¿alguno habrá habido?

—Tanto como compradores, no; aspirantes a compradores. Un norteamericano me llegó a ofrecer 84.000 dólares por el derecho a elegir las piezas que a él le interesaran, especialmente la colección de monedas antiguas. Esto sucedía en 1927.

—¿Fué el único?

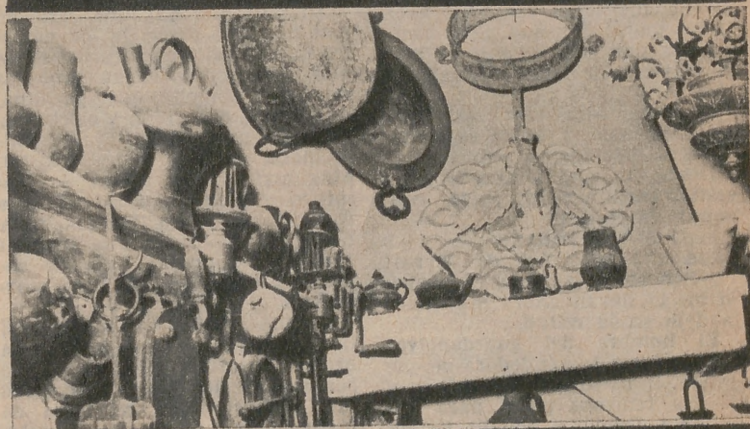
—No; después de nuestra guerra, un comerciante catalán de tejidos me ofreció 500.000 pesetas por la selección del cincuenta por ciento de mis colecciones. Yo le dije: «Soy muy pobre; no pasare nunca de ser un humilde trabajador del cepillo y de la sierra, pero, que quiere, me moriría de pena.»

—El Museo es para usted algo así como su niña mimada.

—Sí; quizá por eso, cuando unos portugueses me llegaron a ofrecer 875.000 pesetas por todo, yo no pude contenerme más y



En el pequeño pueblo de Arcade se encuentra un maravilloso museo de antigüedades que no está inscrito en registro alguno



Cada utensilio, cada objeto o instrumento tiene una leyenda insospechada para el visitante que frecuenta las salas del Museo de Arcade



Arcones, lámparas, llaves, libros y alguna que otra obra de arte de verdadero valor pueblan las ocho salas de esta vieja casa convertida en museo

respondí: «Del Museo ni los clavos, he dicho que ni los clavos...»

SE CAMBIA UNA PIEZA POR UN MATRIMONIO

Ha habido piezas cuya adquisición ha costado bastante dinero. Otras, más que dinero, astucia. Este es el caso de la famosa «bolina» de oro.

—Su propietaria era una moza de una aldea próxima. La pobre chica sufría de mal de amores. El rapaz que la había cortejado no sentía ya ninguna inclinación a matrimoniar, y para evitarlo buscaba toda clase de pretextos y de desvíos. Yo cono-

cía la situación. La moza no quería desprenderse de su «bolina» y yo, entonces, le propuse un trato: «Si te caso con el rapaz, ¿me dará la bolina? «Está bueno, don José.»

En medio de la historia, don José no puede reprimir una pequeña y melancólica sonrisa de comprensión.

—Primero tuve que obtener una plaza de guardia municipal en La Coruña para el novio. Medio convencido el muchacho, fué atraído a una reconciliación en una de las salas del Museo. Tuve que trasladarme a Tuy para arreglar los «papelillos». Finalmente,

y en la puerta de la iglesia, recibí la codiciada bolina.

Y, entre sus manos artesanas, nos muestra el objeto. Es una bolita de oro, con cuatro abrazaderas en forma de cruz, en cuyo interior, una vez abierta, aparecen grabados en plata los símbolos de las distintas religiones: signos caldeos, egipcios y griegos; el triángulo, la rosa y el áspid y, en el centro, la cruz redentora.

Esta es la historia de la pieza de oro que fué obtenida a cambio de un matrimonio.

UNA PORCELANA QUE VUELA

Vigo, en el año 1926. Por el Rastro de la ciudad pasean dos anticuarios.

—¿Cuánto vale esa fuente que está partida en dos trozos?—preguntan los anticuarios a una vendedora de un puesto de antigüedades.

—La fuente es maja, señores. De lo mejor que hay. Sólo basta pegarla por en medio y ya puede servirse, de buena manera, la comida.

La vendedora está satisfecha de su artículo. Y lanza el precio.

—Son diez reales, señoritos.

Desde un ángulo, un hombre vestido con un guardapolvos, contempla la escena.

—¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuese una porcelana de Sévres! —Señoritos, la pieza es buena. Si me la llevan ahora mismo, se la dejo en la mitad.

El hombre del guardapolvos hace señas a la vendedora de que quiere él la mercancía.

—No tenemos papel para envolverla. Iremos a aquella tienda a ver si encontramos alguno.

El hombre del guardapolvos, entonces, ha visto el cielo abierto. Se acerca a la vendedora, le entrega los cinco reales y la dice:

—De parte de esos señores que han comprado la loza esportillada que me la entregue a mí, que voy a llevársela...

Aquella noche José Solla Bouzas, coleccionista y carpintero, unía los trozos del magnífico Sévres entre las gruesas paredes de su Museo.

UNA CALAVERA OYE DAR LA HORA EN LOS RELOJES VECINOS

En el primer salón de la planta baja está la estupenda colección de relojes. La preside un «Evans» inglés, espléndido de verdad. Junto a ellos, una comunidad de piedras de molino celtas y romanas. En el mismo cementerio de Arcade apareció una de ellas. Hay, además, lozas de Sagardelos, porcelanas del Buen Retiro, mosaicos, velones de gas, petróleo y aceite y, en la misma mesa, una sopera.

El director y propietario del Museo destapa la sopera. Dentro,

como una inesperada aparición espectral, asoma sus vacías cuencas una calavera.

—Aquí, donde se ve, esta calavera es pariente mía. Es la de fray Andrés María Solla García, confesor de Isabel II, asesor teológico del arzobispo cardenal de Toledo y uno de los miembros del Concilio celebrado en el Vaticano en 1873.

Pasamos después ante una mesa llena de llaves de todas las épocas. Cuando nos marchamos, un reloj—¡sabe Dios de qué siglo!—especifica su sonido en unas cuantas campanadas.

—El tiempo corre—sentencia el propietario.

Pero en la sopera, la calavera de fray Andrés debe pensar todo lo contrario: para ella el tiempo se encuentra, hace mucho, parado.

DE LA PIEDRA TALLADA A LA MAQUINA DE COSER

En otra sala hay una serie de máquinas de coser de los modelos más primitivos y curiosos que uno haya podido soñar. En unos estantes, planchas de gasolina, de alcohol, de carbón y eléctricas. En otro, una original talla policromada de San Pedro Apóstol. Más arriba, un cuadro de Domingo García, propiedad, que fué del duque de Tetuán. A la derecha, una bañera de cinc en forma de góndola, lugar de verano y reposo de la linda marquesita de C.

Después, toda la fuerza del hombre primitivo. Sus hachas de bronce, sus fíbulas de hierro, las cerámicas celtas, dedales de piedra, y hasta una colección de instrumentos quirúrgicos antiguos completan el depósito.

Es impresionante ver junto a la técnica moderna, la rudimentaria máquina del hombre primitivo. Impresionante y hermosa. Que nada hay mejor que la conquista.

LAS TIJERAS DEL PATRIOTA MIEDOSO

Otra sala. Colección de máquinas de sulfatar y tijeras de poda. Un kenis de un guardia municipal de Santiago. Otras dos camas. Vitrinas conteniendo piezas de azabache y cristalería. Figurines recortados y pegados en la pared con la moda de España en 1900.

En el centro, una nueva vitrina dedica un capítulo a la guerra de la Independencia: horcas, bayonetas, cuchillos troqueles para fabricar balas, proyectiles de cañón y de trabuco, etc... En unos frascos hay varias vértebras de soldados franceses, al lado de morriones y guerreras de las tropas invasoras.

—Sólo falta actualmente, en la colección de recuerdos, una pieza que estuvo, en su día, en el Museo—nos dice su propietario—. Eran las tijeras de un sastre que, al acercarse los franceses,

arengó a sus vecinos y prometió que con ellas lucharía con coraje. Al aproximarse las tropas, este paisano desapareció. Meses después, rechazado el enemigo, unos vecinos de Arcade lo encontraron medio muerto de miedo en una cueva donde había ido a esconder su falta de valor. Junto a él, las tijeras de las bravatas.

Con José supo la historia y lo gro adquirir las tijeras. Años después se desprendía de ellas a cambio de otra pieza de más interés.

—No merecían la pena; eran las tijeras de un cobarde...

MAS DE VEINTE KILOGRAMOS EN MONEDAS

Las monedas son un legítimo orgullo del propietario.

—Tengo más de veinte kilos en monedas.

Efectivamente, sobre la mesa aparecen denarios romanos, zequíes, dracmas, luises, piastras, maravideses, rublos de todas las épocas... Y, en contraste ponderal, una variadísima colección de billetes de Banco.

Llevamos más de tres horas visitando las salas. Pasamos ahora por un pasillo donde se encuentran, cuidadosamente colocados, una colección de ciento cincuenta bastones de todo tipo. Y más allá, una variedad descomunal de catalejos. Y después una flor de Jericó que se abre por el simple hecho de derramar agua encima de su corola. Y más y más cosas en número casi infinito.

ALABARDAS, QUE NO ALBARDAS

Don Jose aprecia bien el material histórico que posee y vuelve a sonreír mostrándonos multitud de cartas curiosas.

Preparaba Montero Ríos una fiesta en su finca de Lourizan y pidió prestadas al marqués de la Vega de Armijo siete alabardas.

El marqués le envió—aunque extrañado—lo solicitado: siete albardas. La letra apretada y enmarañada del amanuense del político fué la causa de la confusión. Montero Ríos volvió a escribir al marqués, con fina ironía y humor, devolviendo las dichosas albardas y aclarando el equívoco. Ambas cartas las posee Solla, en el Museo.

EL MUSEO SE SOSTIENE SIN PROTECCION DE NADIE

Esta es, pues, la visión del ignorado Museo de Arcade. En la carretera de Vigo a Pontevedra hay una casona, blasonada en piedra. Y en ella vive, gran parte del tiempo, un hombre modesto. No tienen ninguno protección de nadie. El bien sabe que algún día perderá el cuerpo, pero quiere que la obra se conserve.

Siete mil piezas en ocho salas dispuestas, bien lo merecen. En un cuadro, presidiendo los manuscritos, los pucheros, las figurillas y las porcelanas, podría haber, entonces, un nuevo pergamino que dijese: «El Museo de Arcade no ha muerto.»

E. QUESADA MUNUERA
y
José María DELEYTO

DOS ROMANCES HISTORICOS

ROMANCE DEL BAÑO DE LA CAVA y ROMANCE DE LA DESCENSION, por Fernando Allué y Morer.

Se publican en el número 19 de POESIA ESPAÑOLA.

LA FERIA DEL LIBRO ANTIGUO Y MODERNO EN BARCELONA

SOLERA DE UN MERCADO DE LANCE QUE TIENE RANCIA PROSAPIA

DESDE EL SIGLO XIV LA CIUDAD CONDAL SE DEDICA A ESTA CLASE DE VENTAS



BIBLIOFILOS Y LIBREROS A TRAVES DE LA ANECDOTA

DESDE 1939 hasta hoy, la industria del libro, en todas sus manifestaciones viene teniendo notable desarrollo en Barcelona. A las librerías que en Barcelona ya eran una institución, se han sumado nuevos establecimientos, y asimismo han ido aumentando el número de editoriales.

Esa vitalidad del libro barcelonés —parte integrante de la vitalidad del libro español— supone, al mismo tiempo, un mayor número de lectores, y, por lo tanto una mayor difusión de la cultura. La gran fe de vida de este aserto lo tenemos cada año en la jornada de San Jorge. En este día, atraída por el señuelo más ficticio que real de los descuentos en el precio de los vo-

lúmenes, es enorme la cantidad de gentes que se agolpan alrededor de los puestos de libros instalados ante cada librería, así como en la plaza de la Universidad y en nuestras Ramblas, junto a las flores...

El libro nuevo, recién editado, brilla en este atractivo mercado del día de San Jorge. Relucientes cubiertas de primeras ediciones, libros que esperan el cortapapeles que los abra y a manos que los sostengan, se ofrecen al interés del más heterogéneo de los públicos: el comprador habitual, el estudioso, el bibliófilo, el mero curioso, incluso el que no se preocupa demasiado por los libros. En ese día de San Jorge, el libro celebra su «fiesta mayor».

Pero junto a estos volúmenes recién nacidos, radiante de novedad y de interés, vemos también otras paradas, otros puestos, en los que se amontonan en pilas, más o menos ordenadas, verdaderas montañas de libros de toda clase: el libro de lance. El libro de lance, que a la sombra del libro nuevo, se atreve a participar en esta fiesta y, aparentemente, aprovecha las migajas de la mesa de su hermano...

Sin embargo, cabe decir que una de las causas, entre otras muchas, que más han contribuido al notable auge actual de la librería española, en todos sus aspectos de edición y venta, es, precisamente, el libro de ocasión, esos libros viejos que han pasado por tantas manos y sobre los cuales tantos ojos se posaron. Así, con justo orgullo, lo estiman los actuales libreros de lance barceloneses.

EL MERCADO DE LIBROS VIEJOS

Una de las costumbres barcelonesas de más tradición: los encantes, ha sido el origen de las actuales tiendas y comercio de libros viejos. En las antiguas «Ordenaciones de libreters», que datan de 1553, ya se pone de manifiesto la costumbre que existía de vender libros viejos en la plaza de San Jaime y en la desaparecida plaza del Encante del Mar. Asimismo otros documentos atestiguan que recién edificada la Lonja de los Mercaderes en 1392, los encantes de la ciudad —mercados en los que en pública subasta y al aire libre se vendía toda clase de objetos— fueron



A lo largo de la calle se han establecido los puestos de libros

trasladados junto a dicho edificio. Y en los encantos, variopinto bazar, desde luego se vendían libros.

No obstante, importa distinguir que la venta de libros en aquel entonces no tenía el sentido ni el alcance que tuvo después. Se vendían los libros tal como se vendía cualquier objeto doméstico o de otra índole, sin considerar el libro como mercancía de excepción. Con el transcurso de los siglos y progresivo aumento del nivel cultural del país, el libro iba adquiriendo prestigio desde el punto de vista mercantil, como objeto de compra y venta de lance. Hasta que llegó el momento en que en los encantos, igual que la valiosa tela pictórica que un comprador no había sabido valorizar, se buscaban también los incunables, los libros preciosos y raros.

Así, en el siglo XIX, el libro viejo —siempre desde el punto de vista mercantil— alcanza ya gran categoría. A la vez que aumentaba el número de editores, lectores y tiendas de libros, el libro de lance adquiría valor. De este modo no bastaba que en Barcelona hubiera varias tiendas de libros de lance. Se hizo, pues, necesaria la celebración de unas ferias de barrio, que llegaron a ser tradicionales. Entre ellas tuvieron gran predicamento las que se llevaban a cabo en las festividades de San Cristóbal, San Jorge, San Jaime, Ascensión de la Virgen, Santa Ana, Navidad, etc. Y, sobre todo, la de Santa Lucía, que se celebraba en la plaza Nueva.

Esta última era notable por la gran cantidad de volúmenes que en ella se exponían. Librero de viejo había que para esta ocasión

guardaba todas las existencias adquiridas durante el año, y acudía a la feria con el firme propósito, además, de vender todo su género. Si al caer la tarde no lo había logrado, al mejor postor —que solía ser otro librero— le daba el resto de los libros no vendidos por un precio, desde luego, bajo. Y no eran menos notables, por otra parte, los también tradicionales altercados que se producían entre los bibliófilos por la posesión de tal o cual libro valioso.

La Exposición Universal de Barcelona —1888—, de tanta trascendencia en todos los órdenes de la vida ciudadana, influyó mucho en el movimiento del libro viejo. Hasta entonces, más o menos, el libro de lance era un objeto de escaso precio, que pocas veces solía corresponder al valor intrínseco de muchos de los volúmenes vendidos. Pero desde la citada fecha, entre los aficionados al libro viejo y entre los que con él negociaban, se produjo una verdadera búsqueda de ejemplares valiosos, incunables, ejecutorias, ediciones únicas, etc. Con ello los precios aumentaron extraordinariamente y el libro de lance, en general —no hablemos ya del incunable o del volumen raro—, pasó a tener un positivo valor.

Con esta época coincide también la formación de grandes bibliotecas particulares y la aparición de grandes bibliófilos.

LA LEYENDA DEL «LIBRERO ASESINO»

Si entrar en una tienda de libros de lance —sobre todo en una de las que están enclavadas en los barrios viejos de Barcelona— es un gran estímulo para la

imaginación, no ha de sorprendernos que los libreros barceloneses tengan su leyenda. El característico olor del papel viejo, los libros amontonados en atractivo y sugerente desorden, el polvo, el extraño resonar de la voz entre tantos volúmenes, son ya casi algo de fábula. Y en una de las más antiguas librerías de viejo, la «Librería Anticuaria» de la calle de San Pablo, he oído de boca de su propietario, el famoso librero de viejo don Antonio Palau —conocido autor del no menos célebre «Manual del librero hispanoamericano», cuya segunda edición se está preparando—, la leyenda del «Librero asesino».

La fábula se basa en la existencia real de un tal fray Vicente, ex monje de Poblet, que después de las quemas de conventos de 1835, tuvo que abandonar el cenobio. Hasta qué punto es verdad lo que se le atribuye al ex fray Vicente, nadie lo ha puesto en claro. Lo cierto es que algunos escritores extranjeros, entre ellos Flaubert, se han inspirado en esta leyenda. El señor Palau, de gloriosa vida dedicada al libro, me contaba la siguiente historia:

Llevado de su gran amor a los libros en el claustro, el ya ex monje estableció en Barcelona un puesto de libros viejos, precisamente cercano al del librero más famoso de aquel entonces en la Ciudad Condal, Agustín Patxot. La rivalidad entre uno y otro no se hizo esperar. Patxot era más rico, pero el ex fray le ganaba en inteligencia, sabiduría y buen trato, con lo que llegó a arrebatarse a su enemigo toda la clientela.

Sin embargo, el ex monje era un avaro del libro. Tanto y tanto amaba el libro, que lo consideraba un tesoro, del que llegó a no querer desprenderse por nada. Cuando alguien quería comprarle un ejemplar raro, Vicente pedía tales precios que el presunto comprador tenía que desistir de su intento. Empero en ocasiones, el precio exorbitante era aceptado. Y entonces comenzaba el tormento de Vicente, al tener que desprenderse de su libro. Decidido a no perder su tesoro, suplicaba al comprador que se lo devolviera, y ante las negativas del cliente, el ex fraile —según la «vox populi»— llegaba al asesinato. Así, pues, se le atribuyen las muertes de un sacerdote, un súbdito alemán y un poeta, entre otras víctimas. Aunque nunca la justicia pudo acusarle formalmente de estos homicidios.

Por otra parte, su afán adquisitivo era insaciable. Nada le detenía ante el logro de un volumen que él deseara. Y la anécdota de esta leyenda culmina en una famosa subasta en la que se ponía en venta un ejemplar de «Fors é ordinacions de València», impreso por Palmart en 1482, ejemplar que se consideraba único en el mundo. No hay que decir cómo esta subasta exaltaría al ex monje, que nada menos tendría que competir con su enemigo Patxot.

Tan refida fué la batalla de



Libros de todas las clases esperan la llegada del comprador

la puja entre ambos libreros, que de los 50 reales con que los tasadores marcaron el volumen se subió hasta los 5.337. Mas Patxot, licitador con mejor suerte por ser más rico que Vicente, ganó la subasta y se quedó con el incunable. La ira del ex monje no es para describir, y pronto se transformó en decidido proyecto de robo y de venganza. En efecto, una noche se introdujo en casa de su rival, lo mató a puñaladas en su mismo lecho, robó los «Fueros» e incendió la casa.

Conocedora de la enemiga de ambos libreros la justicia indagó partiendo de la base de la disputa recién sostenida entre el ex monje y Patxot en la que fué comentadísima subasta. Se investigó, sin resultado, entre los restos de la librería incendiada, y como quiera que el célebre incunable no apareciera, las autoridades decidieron interrogar a Vicente. El asesino recibió con gran serenidad a la justicia, a la que logró convencer de su inocencia. Pero un hecho fortuito tenía que perderle.

Al abandonar la librería del ex monje, el juez se fijó distraídamente en un folio que se hallaba reclinado en un estante; con gesto casi involuntario estiro el folio, y a sus pies cayó un volumen más pequeño: los «Fueros». Vicente acabó confesando su crimen, después de obtener la promesa de que sus libros serían respetados y puestos al servicio de los hombres. Pero todavía aguardaba a nuestro triste personaje otro disgusto mayor: durante el proceso que se le instruyó, se puso en evidencia que el ejemplar de los «Fueros», que había sido su ruina, no era único en el mundo... Tanto le afectó este hecho, que mientras subía al cadalso exclamaba:

«¡Y mi ejemplar no era único!»

Aquí termina la leyenda. Tal fábula, con lo que pueda tener de realidad, ha merecido también la atención de muchos investigadores españoles, franceses e italianos. Y todos los que gustamos de pasear nuestros ocios, nuestra curiosidad, nuestra afición y nuestras monedas por las tiendas de libros de lance, recordaremos siempre la figura de este ex fray Vicente, que tanto amó los libros. Y tal vez algún día su mano —si no es pecado decirlo...— nos ayude a hacer una buena compra.

CINCUENTA Y SEIS LIBREROS DE LANCE

Durante los últimos años del pasado siglo, el libro de lance desborda la librería —en la que se realiza siempre la doble operación de compra y venta— y sale a la calle. Como continuación de los mercados medievales y de las ferias de barrio, en la plaza de San Antonio y en la calle de Urgel se instala un gran mercado de libros viejos, que a partir de 1889 se celebra tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes.

Por otra parte, el Ayuntamiento, dándose cuenta perfecta de la importancia de estos mercados en el orden cultural, instituye asimismo a finales del siglo XIX



Paciente, el librero de viejo invierte sus ocios en su mejor quehacer: el libro

cuatro ferias anuales de libros viejos, que se celebraron en la plaza de la Universidad, y que tenían diez días de duración cada una. A su vez, alcanzaban gran importancia los mercados establecidos en el Paralelo y en los nuevos encantos de la Lonja.

Casi todos estos mercados fueron desapareciendo, y junto con las acreditadas librerías del barrio viejo barcelonés, quedaron el mercado de San Antonio, que se celebraba por las mañanas de los domingos y días festivos, y el mercado permanente, sito junto a la Rambla de Santa Mónica, instituido por orden municipal durante los primeros años de nuestra centuria, precisamente inaugurado durante las fiestas de la Merced de 1902.

El incremento alcanzado modernamente por el libro de lance es grande. Bien se puede decir que el libro viejo tiene vida propia al lado de las últimas ediciones. Y como en cuestión de libros no se distinguen clases sociales, he aquí que el libro de ocasión, al que hoy sirven «cincuenta y seis libreros barceloneses» pertenecientes al Gremio de Libreros de Viejo, sigue gozando del favor del público de lectores. Los domingos por la mañana, en el encanto del mercado de San Antonio y en los puestos de la Rambla de Santa Mónica, encontraréis innumerables aficionados al libro que buscan y rebuscan por entre los montones de volúmenes. Es algo hermoso y pro-

fundamente entrañado con la vida barcelonesa. Y asimismo hemos de decir que tanto las antiguas librerías de viejo como las más modernas de las calles de Aribau y Muntaner, siempre se ven concurridas por clientes que desean comprar, vender o cambiar libros y más libros...

LA II FERIA DEL LIBRO DE OCASION ANTIGUO Y MODERNO

En el programa de fiestas de la Merced del pasado año figuraba la I Feria del Libro de Ocasión Antiguo y Moderno, que se celebró en la plaza de la Universidad. El certamen fué un verdadero éxito. Los libros vendidos, incalculables en número. Tanto es así que esta manifestación tiene continuidad este año con una II Feria que, al parecer, promete superar a la primera.

La idea de estas Ferias se deba a uno de los más destacados libreros de viejo de Barcelona, don José Masegosa, propietario de la librería Goya, de la calle de Tallers, y presidente de la Sección de Libros de Viejo del Gremio de Libreros.

La finalidad de estas ferias —nos informa el señor Masegosa— es casi de propaganda del libro; eso es: atraer al cliente que habitualmente no compra libros ni entra en las librerías, sacar el libro a la calle y ofrecerlo al fácil alcance de todos.

Así como el libro nuevo, el li-

bro de lance va a tener derecho otra vez a su fiesta mayor, de que hablaba al principio, a su día grande. El libro de ocasión participa del júbilo del libro nuevo en la fecha de San Jorge. Pero los libreros de lance han querido tener su fiesta exclusiva, y honrando a su Santo Patrono, San Jerónimo, Patrono del Antiguo Gremio de Libreros de Viejo—y hoy Patrono de editores y libreros en general—, celebran estas Ferias en las que se pone de relieve la vitalidad de tan noble industria.

A pesar del éxito alcanzado el año pasado, aquella fiesta no logró su máximo esplendor posible, ya que a ella no acudieron todos los libreros de viejo agremiados. Sin embargo, este año casi la totalidad de éstos acudirán con sus libros a las paradas de la Feria, que se celebrará en la plaza de la Universidad, y dado el mayor número de participantes, en el trayecto de la avenida de José Antonio que va desde esta plaza a la calle de Balmes, durante los días 20 a 29 de septiembre, ambos inclusive.

El Ayuntamiento de Barcelona patrocina ampliamente esta manifestación cultural y la acoge dentro de su vasto programa de fiestas mercaderías. A su vez, el Instituto Nacional del Libro Español prestará a este segundo certamen todo su apoyo moral y técnico. Y sin duda, todos los barceloneses aficionados al libro, empezarán a considerar como tradicional y, por lo tanto, a exigir la cada año, esta Feria del Libro de Ocasión Antiguo y Moderno, prueba de continuidad de un gremio que data de 1553.

Hemos hablado del carácter cultural de esta manifestación. Y así es en su más estricto sentido. Bien es cierto que en las librerías de lance se encuentra de todo un poco: desde el libro de filosofía o de técnica científica, a la mala novela rosa o de aventuras. Mezcolanza ésta desde luego inevitable y que al auténtico librero de viejo no puede menos que herirle un poco.

Por todo ello, esta II Feria será una gran oportunidad para los barceloneses amantes del libro. La ambición del señor Masegosa, iniciador y alma de estos certámenes, sería la de llevar al ánimo de sus colegas de las distintas ciudades españolas, la necesidad de celebrar anualmente esta clase de ferias, así como el poder llegar a organizar una gran feria nacional de libros de lance.

Miles y miles serán los libros expuestos y de poco precio adquisición en cuanto a su precio se refiere. Los más recónditos estantes de las librerías de viejo verterán a la luz del día su contenido, se liberarán del polvo del reposo y experimentarán el placer de ser hojeados por tantas manos ávidas y curiosas.

A los libreros sólo les resta rezarle a San Jerónimo para que les preserve de la lluvia, al igual que el año pasado, ya que en Barcelona parece ser una fatalidad el hecho de que llueve siempre que se exponen libros en la calle...

Enrique BADOSA

"LA GUERRA DE DIOS" GANA LA BATALLA DE VENECIA

*Una película española
con raíz universal*

EL GUIONISTA VICENTE ESCRIVA HABLA
DE LOS CONTRASTES DEL CERTAMEN

UN CINE DE FUERTE CLIMA MORAL

PUDIERA ser una rediviva arcadia; pudiera ser un lindo ejemplar del turismo femenino de nuestros días; pudiera ser, en fin, un producto de nuestra gestión cinematográfica previa: tan extraña y bella es la muchacha que se nos aparece justo en el lugar donde debiera esperarnos Mora, el fotógrafo. No disimulamos nuestro contento unánime por el cambio; pues si el fotógrafo está relacionado con la tarea profesional que nos espera esta mañana, muy interesante, casi atractiva, pero tarea al fin, la muchacha es—¡cómo decirlo!—una llamada directa, imperiosa a la pura recreación contemplativa y al hurtito de unos minutos de ocio. ¡Bien perdido, pues, amigo Mora!

Momentos después, cuando en compañía de nuestro hombre, ya aparecido, subimos por nuestros pies los seis pisos de Aspa Films, comentamos la conveniencia de limitar la originalidad y el atractivo de estas ninfas callejeras, cuyo juego social resulta sobremodo pernicioso al desviar de camino y pensamiento a los atareados ciudadanos.

Vicente Escrivá ha llegado a su oficina un poco después que nosotros. Nos invita a pasar a su despacho, en cuya puerta se lee: «Director general». Vicente Escrivá es de los hombres que desconfía en la primera impresión, en el sentido de que se resiste a ser identificado en uno de esos grupos determinados de la tipología humana, a que son tan aficionados los psicólogos de primera mano: ¿Hombre de letras? ¿De negocios? ¿Instinto de lucha o sensibilidad artística? De todo dan noticia sus movimientos de hombre de mundo y la sagacidad y chispa de su palabra, sin que pueda decirse es esto o aquello decididamente. Y al punto adver-

timos que en ese equilibrio de aspectos está la nota acusada, fundamental de la personalidad del autor de «La guerra de Dios». Vicente Escrivá es también el poseedor del 98 por 100 de las acciones de Aspa Films y alterna sin agobios su función de director general de dicha empresa con su actividad de guionista. Esto nos asegura cuando se queja del catarro que ha traído de Venecia y tomamos nuestras posiciones para el ataque general, que se inicia a continuación.

SANCHEZ DE CELIS.—¿Qué quedó de Venecia en su memoria de escritor, ¿una idea de decepción o de triunfo?

VICENTE ESCRIVA.—Según lo considere.

SANCHEZ DE CELIS.—Explíquese, por favor.

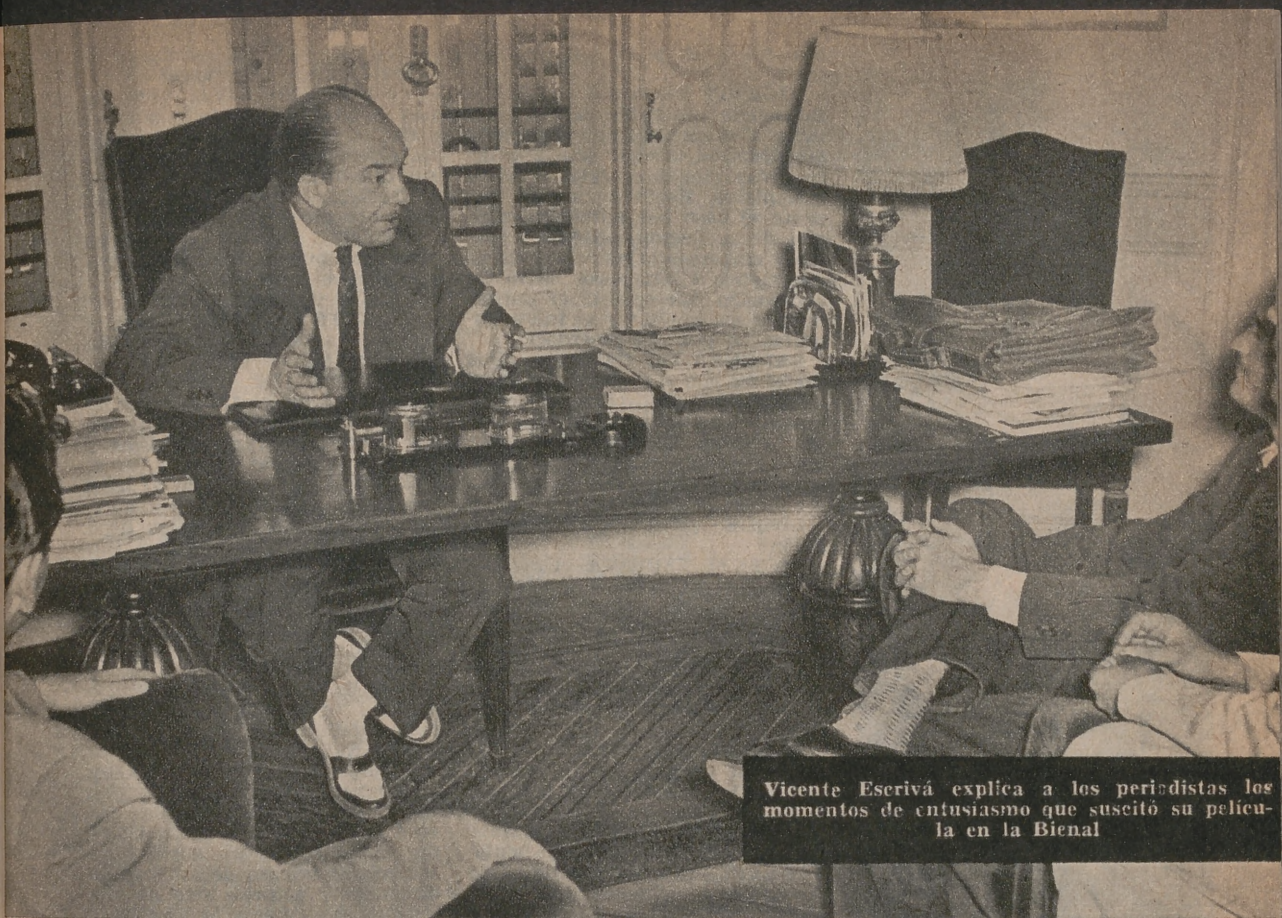
VICENTE ESCRIVA.—La verdad, si antes de salir de Venecia me hubieran asegurado que nos iban a dar un León de Bronce y el primer premio de la Oficina Internacional de Cine Católico hubiera dado un bote de alegría. Después, visto lo de allí...

LUQUE.—¿Qué fué lo de allí?

VICENTE ESCRIVA.—Verá: a las once de la mañana era creencia general en los círculos de la Bienal que el gran premio se lo disputaban «La guerra de Dios» y la película presentada por los japoneses; a las nueve de la noche fuimos los primeros sorprendidos con los resultados que se conocen.

IBÁÑEZ.—¿Qué había ocurrido?

VICENTE ESCRIVA.—Extrañas interferencias. La propaganda, la política y todo mezclado. Tito había transformado el ambiente artístico de la Bienal en psicosis bélica con lo de Trieste, lo cual pesó evidentemente en el ánimo del Tribunal. Y hubo que complacer a norteamericanos, franceses y rusos a costa nuestra, que fuimos boicoteados por todos. Claro que



Vicente Escrivá explica a los periodistas los momentos de entusiasmo que suscitó su película en la Bienal

el primer defraudado fué el público, que interrumpió varias veces con sus aplausos la proyección.

LUQUE. — ¿Entonces se puede hablar de éxito moral?

VICENTE ESCRIVÁ. — Exactamente. Si se consideran los entusiásticos aplausos dentro y fuera de la sala de proyecciones y la acogida de la crítica en general, incluyendo a la filocomunista, que se empeñó en aducir argumentos de Marx y Engels, etcétera, para demostrar su paternidad de las ideas que se esgrimen en esta película, en el más elocuente reconocimiento de su altura y calidad. Si se considera todo ello, digo, no puede quedar lugar a dudas respecto al completo triunfo moral de nuestra participación en la Bienal.

IBÁÑEZ. — ¿Cómo era la participación rusa?

VICENTE ESCRIVÁ. — De las dos películas que presentaron lo único verdaderamente notable fué el color, por el sistema de lo que ellos llaman Rusiacolor y nosotros conocemos por Agfacolor. Lo demás, lo mismo de siempre: el hombre que entre la mujer y el tractor prefiere el tractor, y el canto monótono al trabajo y al maquinismo. Yo le decía a Juan Aparicio que Occidente se haría más anticomunista si se pudieran ver normalmente estas películas.

SANCHEZ DE CELIS. — ¿Y la japonesa?

VICENTE ESCRIVÁ. — Buena; aunque creo que su éxito se debió en gran parte al poder de atracción que tiene todo lo oriental para el europeo, pues está probado que este tipo de películas, con sus exóticas evocaciones, suscitan en el espectador la misma ternura que las películas de niños y animales.

LUQUE. — ¿Qué valor tiene el premio de la Oficina Internacional de Cine Católico?

VICENTE ESCRIVÁ. — Es sobre todo el galardón que se otorga con mayor honradez, con un criterio más rigurosamente artístico, sin tener en cuenta la confesión religiosa de los productores y buscando los valores de espiritualidad que se desprenden de la pura visión. Por otra parte, no es nada fácil poner de acuerdo a representantes de tantísimos países.

(La conversación se ha generalizado en este punto. Con Escrivá no es posible la entrevista fría, frente a frente, sino que se adentra uno en la charla sin esfuerzo, como si se tratara de un amigo al que se vuelve a ver tras una corta ausencia.)

SANCHEZ DE CELIS. — Según su experiencia, ¿cuál cree usted que es el problema más urgente del cine?

VICENTE ESCRIVÁ. — El de contenido. Se trata de hallar un verdadero problema humano. El ejemplo está en América; allí tie-

nen medios y saben hacer cine como en ninguna otra parte; pero les falta el guionista y, a veces, el director que sepa utilizarlos. El director y el guionista de «Solo ante el peligro» son europeos y sacaron una excelente película.

SANCHEZ DE CELIS. — ¿Tiene algo nuevo que decir del cine italiano?

VICENTE ESCRIVÁ. — Que abrirse paso pegando fuerte no es relativamente difícil; lo difícil en este caso será mantenerse. Por ejemplo, Cella con su «Pascual Duarte» dió un golpe de fortuna, pero después...

LUQUE. — ¿Usted cree que Cella está agotado ya?

VICENTE ESCRIVÁ. — No quise decir eso precisamente.

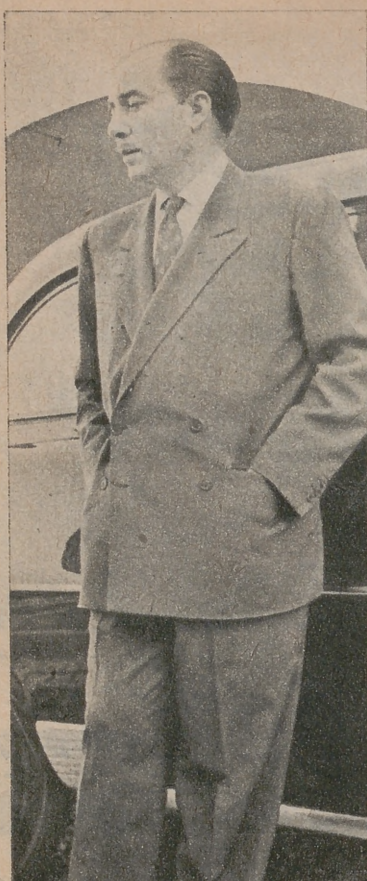
SANCHEZ DE CELIS. — ¿Qué entiende usted por cine católico?

VICENTE ESCRIVÁ. — Creo que puede existir un cine bien definido de esta clase sin hacer mención expresa a las cosas de la religión.

IBÁÑEZ. — Buscando la penetración en el público, ¿no piensa us-



Una escena de la producción «La guerra de Dios» en la que aparece el actor Claude Saydu que interpreta el papel principal, dirigido por Rafael Gil



Vicente Escrivá opina que el escritor de cine debe ser fiel a los problemas de su tiempo

ted que la presencia de hábitos o las alusiones demasiado expresas a temas religiosos pueden espantar a ciertos sectores?

VICENTE ESCRIVÁ.—No lo creo en absoluto. Hasta el punto que nuestras películas—y en casi todas hay monjas y curas y títulos claros—han batido todos los records de recaudación. «Balarrasa» superó en el doble a «Gilda» y «La Señora de Fátima» en un noventa por ciento.

LUQUE.—¿Cuál será el camino eficaz del cine católico?

VICENTE ESCRIVÁ.—Calar con sinceridad en los problemas de nuestro tiempo.

SANCHEZ DE CELIS.—¿Puede el cine católico crear climas morales propicios o ha de limitarse a neutralizar los efectos pernicio-

sos del cine puramente comercial?

VICENTE ESCRIVÁ.—Dada la influencia innegable del cine, yo estoy convencido de su capacidad constructiva, de que puede y debe crear climas morales sanos y ejemplares. Recuerdo a este respecto el caso del auténtico capitán de la Legión, auténtico «Bala» y empecatado hasta los topes, que viendo «Balarrasa» sufrió tal conmoción que cambió el uniforme por los hábitos y se fué a Comillas en pos del sacerdocio.

SANCHEZ DE CELIS.—¿Qué pretendió con «La guerra de Dios»?

VICENTE ESCRIVÁ.—Primero hacer cine social, en el mejor sentido. Después, demostrar que es posible, aunque difícil, la convivencia en paz de las diferentes clases sociales.

LUQUE.—¿Se trata de su mejor guión?

VICENTE ESCRIVÁ.—Creo que mi mejor guión es «El beso de Judas», aunque admito que en «La guerra de Dios» he descarnado hasta el máximo todos los recursos efectistas, ofreciéndolo en una pura calidad sustancial.

LUQUE.—¿Cuánto cobra el protagonista?

VICENTE ESCRIVÁ.—Medio millón de pesetas.

LUQUE.—¿Está satisfecho del director?

VICENTE ESCRIVÁ.—Rafael Gil ha logrado su mejor película.

IBÁÑEZ.—¿Su talento de usted es literario, cinematográfico o mercantil?

VICENTE ESCRIVÁ.—(La pregunta le ha sorprendido y medita antes de contestar; al fin, se decide.) Yo tengo el criterio de que una película lograda artísticamente es siempre éxito económico, por lo que procuro cuidar su calidad; fuera de esto y de lo que ya es norma tradicional en esta casa: dar a cada película lo que exactamente necesita, ni un céntimo de más ni de menos, mi aptitud financiera la creo casi nula. Me considero sobre todo escritor.

SANCHEZ DE CELIS.—¿Cree usted que ciertos géneros literarios, que aparentemente se hallan agotados, pudieran ser suplidos por el cine como el medio de expresión artística por antonomasia de nuestro tiempo?

VICENTE ESCRIVÁ.—El cine pasa también por ese agostamiento de los temas a que se refiere; pero el escritor debe, en efecto, buscar el medio de expresión más adecuado de su tiempo.

LUQUE.—¿Y los escritores cinematográficos españoles?

VICENTE ESCRIVÁ.—No los hay apenas. No basta con saber escribir; es preciso el conocimiento especial del oficio, que tiene sus dificultades.

IBÁÑEZ.—Y del teatro actual, ¿qué nos dice?

VICENTE ESCRIVÁ.—Vive un momento bueno. Bastante mejor que el cine, por cierto.

LUQUE.—¿Giménez Arnáu?

VICENTE ESCRIVÁ.—Bueno; pienso adaptar para el cine «Murió hace quince años».

SANCHEZ DE CELIS.—¿Y Buero Vallejo y Alfonso Sastre?

VICENTE ESCRIVÁ.—Muy duros; excesivamente pesimistas y desesperanzadores.

LUQUE.—(Volviendo al tema del cine.) ¿Cuáles son los autores españoles de todos los tiempos más cinematografiables?

VICENTE ESCRIVÁ.—De los clásicos, Cervantes; de los modernos, Baroja, quien, por cierto, en «La busca» y otras novelas se adelantó a los neorrealistas italianos.

LUQUE.—¿La calidad de una película depende fundamentalmente del guión?

VICENTE ESCRIVÁ.—Así es. Un guión bueno puede a veces salvar otros defectos; un ejemplo: «El Judas», cuyo argumento salvó a la película, mal realizada. Y, por el contrario, un guión malo asegura el fracaso de los mejores directores y actores. Esto sin subestimar los valores, a veces, asimismo, decisivos, de dirección e interpretación.

IBÁÑEZ.—En lo que se refiere a la propiedad intelectual, ¿quién cree usted que es jurídicamente el verdadero propietario?

VICENTE ESCRIVÁ.—A esto tengo que decir que reconozco los derechos del director casi en igual medida que los del guionista.

(En este momento suena el teléfono. Una tregua con la que no contábamos, pero que nos permite observar el tic nervioso de Escrivá y su ojo vivo. Al acabar su conferencia entramos en el capítulo doméstico.)

SANCHEZ DE CELIS.—¿Es usted casado?

VICENTE ESCRIVÁ.—Sí, con tres hijos.

IBÁÑEZ.—¿Les gustan a sus hijos las películas que usted hace?

VICENTE ESCRIVÁ.—Mi hija ha alcanzado un gran éxito en el festival de Venecia como protagonista infantil de «La guerra de Dios». Sin embargo, yo no quiero que se dedique al cine.

LUQUE.—¿Y su mujer?

VICENTE ESCRIVÁ.—Es el crítico más terrible de mis guiones. Nunca le satisfacen. «El beso de Judas» lo he corregido cuatro veces a instancias suyas.

No sin alarma nos enteramos que ha transcurrido hora y media en nuestra entrevista. Nos disponemos a terminarla haciendo descender el fuego en un paqueo de preguntas sueltas y generales, por las que averiguamos, entre otras cosas, que «El beso de Judas» es la primera película española que se distribuye en exclusiva en América por United Artist, lo que se traduce para Aspa Films en la bonita suma de doce millones de pesetas. Con este grato sabor de opulencia y fortuna nos despedimos de Vicente Escrivá, hombre con inconfundible apariencia de triunfo.



Un momento de la película «El beso de Judas», según guión de Escrivá, actualmente en rodaje

ESPAÑA CON RETINA VIAJERA



IRENE ROBB

DIALOGO CON UNA PERIODISTA YANQUI Y SU MARIDO

UNA TIERRA SIN ANUNCIOS QUE LLEGA A LA DESNUDEZ

PRIMEROS DIÁLOGOS CON EL MATRIMONIO ROBB, AMERICANO

HE aquí que los Robb llegan a España. La señora Robb es una periodista de profundidad que viene con el encargo de la agencia News Service de informar. De informar de todo. Los problemas de los Robb oscilan, con patética sencillez, entre la adquisición de un delantal reversible de cocina y el descubrimiento—si la tía Agatha lo permite—de las últimas horas del reloj español, que son unas horas de tapadillo, una especie de polizones del tiempo en el reloj universal.

—¿Y si la tía Agatha no lo permite?

La sonrisa de la señora Robb se encoge como un dulce felino sin uñas.

—¿Es que en el reloj de ustedes hay algo que no se pueda ver?

—Nada que no pueda ver la tía Agatha.

Los Robb están en Torremolinos. Habitan en La Roca, el mejor hotel de esta pequeña ciudad de la costa, a razón de tres dólares diarios cada uno, incluido el 12 por 100 normal del servicio. Existe entre los Robb una leve disensión doméstica. La señora Robb ha comprado un lápiz afilado y grande, un lápiz de niño de primeras letras, y sin morderlo ni una vez siquiera ha obtenido, entre sumas y restas, la posi-

bilidad de un lote de tierra a orillas del Mediterráneo. Resultado tan brillante y tan azul no convence del todo al cabeza de familia.

—Yo creo, señor Robb, que la señora Robb...

—Tiene usted razón. Y ella también la tiene. Pero hasta que no podamos ir y venir a España nadando a la australiana y con aletas, es preferible el lugar más caro.

El señor Robb dice «el lugar más caro» por una elemental razón de cortesía hacia mí. El señor Robb es un americano con la voz vestida de frac, un americano especial, o mejor, un americano americano que habla siempre desde el punto de vista de su interlocutor. Tres dólares diarios—esta es la verdad—no han asustado nunca a la tía Agatha...

Por otra parte el señor Robb está encantado con la idea de su mujer, aunque disienta en principio. Es una cuestión de mecánica matrimonial. El señor Robb opina que esta parte de España posee todo aquello de que alardean las rivieras francesa e italiana, salvo los precios inasequibles y la fauna internacional humana. Los especuladores del dinero y los pe-tardistas, los Jelkes y las Pat Wards que los acompañan—me dijo una vez—no han descubierto aun esta región.

—¿Y usted, señor Robb?

—Creo que sí. Es barata y bella.

—Como la luna...—dijo la señora Robb, con la sonrisa cargada de sueño.

DE COMPRAS CON LA SEÑORA ROBB Y LA TÍA AGATHA

En realidad no compramos nada de lo que habíamos pensado. Las dos señoras se entretuvieron durante dos horas en traducir los precios de cuanto veían a su moneda efectiva, y sólo al final decidieron comprar unos zapatos para el señor Robb. Fué una pena, porque los zapatos los dejamos olvidados no sé dónde.

Poco después fuimos a Casa de Leni, una pequeña pensión administrada por una pareja anglo-americana, Betty y Tobey Whitcomb, y servida por una cocinera llamada Rosa. Comimos, según el lápiz grande de la señora Robb, por 60 centavos. Rosa explicó a las señoras donde podían hallarse por poco dinero las mejores lechugas—30 centavos la pieza—, las patatas—a menos de cuatro centavos la libra—, la gran hogaza de pan por un precio que asombró a la tía Agatha, y un montón de sabrosos higos maduros por la miserable cantidad de cinco centavos.

Ya de regreso, mis amigas hablan con la nerviosa sorpresa de un niño que encuentra de pronto el juguete soñado.

Aquí —me dice la señora

Robb—, un matrimonio con una renta de 50 dólares por semana, puede vivir como vivían los reyes cuando aun no habían perdido sus empleos.

La señora Robb habla del rey como de Roque, sin comprender que nadie puede evadirse de servir para algo. La señora Robb, por otra parte, no es que crea que los reyes no servían para nada, sino que piensa que de su empleo de reyes dependía, exclusivamente, su personal comodidad.

La señora Robb entró en su casa tarareando el himno de la marina americana.

DIALOGOS SIN IMPORTANCIA CON EL SEÑOR ROBB

—He llegado a la conclusión que ustedes los españoles se acogen a la curiosa y bella idea de que el comercio debe limitarse a las ciudades y a los pueblos—habló el señor Robb una tarde con el sol hecho ya sangre sobre el horizonte.

—¿Cómo dice usted?

—Posiblemente —continuó el señor Robb— sea ésta la única forma de conservar el paisaje. Yo he rodado en automóvil casi mil millas, a través de las mesetas de Castilla y de las tierras de Andalucía, sin que nada se interpusiera entre nuestra mirada y el terreno, excepto las gafas de sol. Ni una tienda de salchichas, ni un hotel para automovilistas, ni un hogar, ni una estación de servicio, ni una cabafia de ramas o una tienda de helados turba la primitiva esencia del paisaje.

—No obstante, debe resultarle a usted un poco duro...

—Cierto. En América estamos protegidos del maravilloso impacto de la naturaleza por las carteleras de anuncios. No estamos acostumbrados a la desnudez total. En América, aunque usted no lo crea, la desnudez total no se comprende.

—Es impudor.

—O sublimidad.

—Gracias, señor Robb, por lo que atañe a este paisaje.

Llevé en cierta ocasión a mi amigo al borde de una carretera de segundo orden con el propósito de recoger sus impresiones por comparación. No tuve suerte en el diálogo. El señor Robb prefirió hablar, no sé por qué, del burro.

—El burro —me dijo— es la fuerza motora de España.

Palidecí. Yo sabía que el americano señor Robb no era capaz, por razones de biología histórica, de la ironía. Lo dudé un momento, pero pronto me convencí de lo contrario. Hablaba con toda el alma.

—Lo que el burro es capaz de realizar es asombroso. El burro es el tractor, la camioneta y el motor de explosión sobre esta tie-

rra. El pelican, cuyo pico es capaz de transportar dos veces lo que puede meter en su estómago, no admite comparación con el burro.

Me creí en la obligación ineludible de darle las gracias ahora en nombre del burro nacional.

—No tiene usted que darme nada —dijo—. Al principio —siguió— me sentía alarmado viendo enormes cargas de heno, de trigo, de ladrillos o de cualquier otra materia, moverse a través de los campos, al parecer por obra de sus solas fuerzas. Pero ya sé que oculto bajo cualquier montaña que se mueve hay un burro.

Yo no supe contestar. El señor Robb, variando un poco de tema, me habló después del labrador español, que siega con pequeñas hoces de mano, que ata y que apila por sus propios medios. Como es natural —acabó— la presencia de tanto y tan duro esfuerzo, puede dejar agotado al turista americano medio, hasta hacerle pedir a gritos las carteleras de anuncio que cubren el paisaje...

Yo no me encontraba bien.

APRECIACIONES DEL MATRIMONIO ROBB ACERCA DEL RELOJ ESPAÑOL

—Nadie es más inflexible —se quejaba la señora Robb— que mi marido, empeñado en vivir en Roma como viven los romanos. Por hacer en España lo que hacen los españoles ha estado a punto de morir.

La señora Robb cree que los españoles son de una raza inigualable para eludir el sol. Hemos logrado —según ella— convertir la noche en día. Está en nuestra mano prescindir del sueño cuando nos viene en gana, y somos, además, los seres más sociables del mundo cuando desaparece el sol.

—Sólo los cielos saben —corroboraba su marido— cuándo empieza la mañana en España. Por mi parte sólo sé que dura hasta las siete de la tarde. De hecho puede considerarse como noche cualquier período de tiempo posterior a las tres de la mañana.

—¿Y ustedes qué piensan de esto?

—Ustedes, querido amigo, son un pueblo muy antiguo. Lo que nosotros pensemos —dijo el señor Robb— no tiene demasiada importancia...

Semanas adelante el matrimonio Robb, y un poco la tía Agatha, vivieron por la noche horas inolvidables. Del reloj español salieron, como de la caja de Pandora, minutos que no habían conocido nunca y que les hicieron sentirse antiguos de elegancia, pálidos a la luz del asfalto iluminado que les descifraba el enigma de un misterio sin sol, de un misterio entrañable que les deshizo la uve doble que llevaban en la garganta como un terrón de azúcar en unas botellas de jerez, que valían —como dijo la señora Robb— unos pocos centavos.

Pero de mi amistad y de mis andanzas con esta sencilla pareja, que, como ustedes ven, entienden la importancia del precio de la lechuga, hablaremos, probablemente, otra vez.

Carlos LUIS ALVAREZ



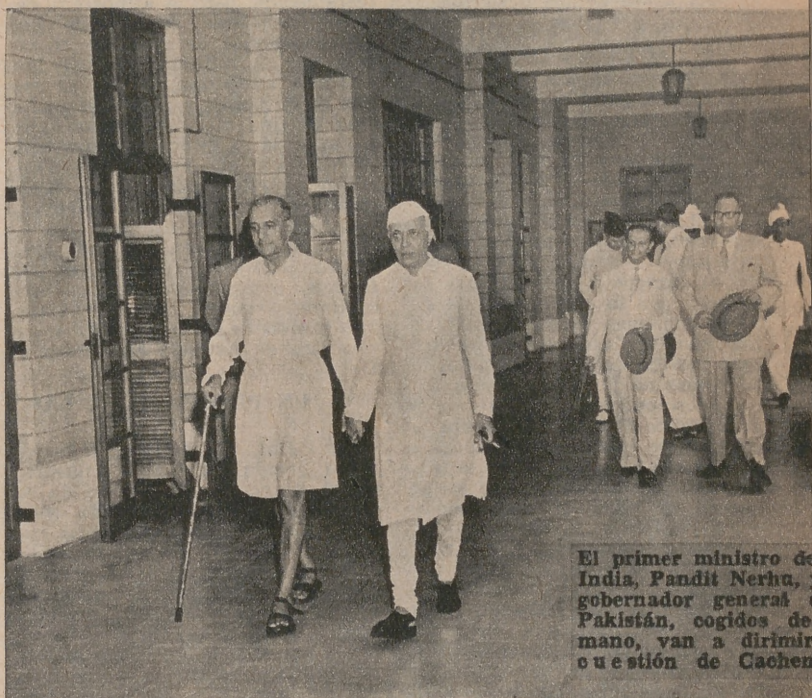
El matrimonio Robb se ha podido llevar de España todo esto: un rollo de película en la cámara fotográfica, que es, al fin y a la postre, la mejor historia para una buena información de Prensa.



EL SECRETO DE CACHEMIRA

LA BELLA REGION
CACHEMIR SEGUIRA
SIENDO UNA
VOLCANICA
EVIDENCIA PARA
LA PAZ DEL MUNDO

SI PARA LA INDIA
CACHEMIRA ES UNA
CUESTION DE PRESTIGIO,
PARA EL PAKISTAN
LO ES DE VIDA
O MUERTE



El primer ministro de India, Pandit Nerhu, gobernador general de Pakistán, cogidos de mano, van a dirimir cuestión de Cachemira.

LA PRENSA PAKISTANA CALIFICA DE HITLERISTA LA POLITICA DE PANDIT NEHRU

Por FELIPE VEGA ESCANDON
(Enviado especial.)

EL problema de Cachemira, planteado desde 1947, fecha de la independencia y constitución de las nacionalidades india y pakistana, parecía haber entrado en esa situación de provisionalidad consolidada, característica de nuestro tiempo desde la terminación de la segunda guerra mundial. Situaciones «de facto», establecidas al filo de la urgencia de la hora y estabilizadas en funambulesco equilibrio, petrificado ante el temor de la posibilidad caída. Hay así petrificación en Austria y Alemania, ahora en Corea y, hasta ahora, en Cachemira, en donde a pesar de todo puede observarse un gran impulso subterráneo de inercia hacia la repetición.

TRES «IMPASSES» A ME- NAZADORES

Situación «de facto» que se ve alterada inicialmente con la subida al Poder de Mohamad Ali, que abandonaba la Embajada paquistaní en Washington. Su misión—y gran ilusión—consiste en salvar los tres grandes «impasses» que atenazan la vida de su nación en la más terrible crisis concentrada desde su nacimiento.

Primero.—Impasse político: concierne a la más elemental estructura del país, República o Dominio, Commonwealth o Panislámico decidido y sin reservas. En tanto, el proyecto de Constitución se estanca ante el gran obstáculo de la paridad representativa de las dos alas—oriental y occidental—enfrentada a una representación absolutamente proporcional entre las diferentes provincias.

Segundo.—Impasse económico:



Pandit Nerhu conviniendo con campesinos de Cachemira.

gravísima crisis que afecta incluso a la más elemental subsistencia de las masas. Está siendo atenuada, aunque sin afectar a la raíz sustancial del problema, por el Plan Colombo y por el regalo por los Estados Unidos de un millón de toneladas de trigo, primer tanto que se apuntó el «premier» a su accesión al Poder. Crisis que se fué acumulando como negras nubes de tormenta, después de pasada la euforia financiera causada por una serie de buenas cosechas y por la fácil y provechosa venta de sus principales productos cuando la guerra caliente de Corea. Gravedad que llega a comprometer la realización del ambicioso Plan de seis años evidentemente necesitado de revisión así como el sostenimiento y rehabilitación de los miles y miles de

refugiados, terrible enfermedad de su organización social.

Tercero.—Impasse internacional: es, esencialmente, el problema de Cachemira.

CUESTION DE VIDA O MUERTE

¿Qué significa Cachemira para Pakistán? Se está repitiendo hasta la saciedad que si para la India Cachemira es una cuestión de prestigio, de interés más local que vital, más emocional que utilitario, para Pakistán es casi una cuestión de vida o muerte. Hay allí una mayoría musulmana atrozada, oprimida, sin libertad. Está allí la palanca poderosa que controla toda la maravillosa red de canales del Punjab. Accionada hostilmente—como ocurrió en 1948, durante algunas semanas—

toda la opulenta fertilidad de la «región de los cinco ríos» se disolvería como un espejismo en el más árido de los desiertos.

UNA SITUACION DE «FACTO» PRO-INDIA

La situación «de facto» fue creada allá por 1947, en medio de toda la tremenda confusión del subcontinente en trance de simultánea independencia y partición. Ante la presión de los musulmanes de Cachemira y de las belicosas tribus de las fronteras de las provincias del Noroeste, el Maharajá huye de Srinagar y pide ayuda al Congreso indio. Como los franceses en la guerra de 1914 ante la amenaza alemana a París, proceden los indios a la requisa esta vez de todos los aviones de las líneas nacionales, y sitúan miles de soldados en el interior de Cachemira. Pakistán presenta su queja ante el Consejo de Seguridad en enero de 1948, y en el mismo mes del año siguiente se organiza la línea de demarcación —que confirma la casi total ocupación por la India— y se recomienda el plebiscito.

Desde entonces, aquella tendencia hacia la consolidación de lo provisional, hacia la petrificación. La mejor propaganda india era el prestigio del primer ministro de Cachemira, Cheis Abdullah, musulmán de religión, y en aquellas fechas decidido seguidor de la política del Congreso.

EL GOLPE DE ESTADO DE GHULAM MOHAMED

Pero la activa política del «primer» paquistaní, el anuncio y posterior celebración de las conversaciones de Karachi con el Pandit Nerhu, la proximidad por lo menos de una definitiva clarificación de posiciones motiva, claro está, efervescencia en Cachemira y en su Gobierno. Abdullah, en repetidas intervenciones públicas, no se muestra ya incondicional del Congreso, sino que habla de la posibilidad de independencia o alternativa accesión a Pakistán. En seguida suceden los acontecimientos dramáticos del domingo 9 de agosto, con el golpe del vicepresidente Bashki Ghulam Mohamed y los choques entre

ambas fuerzas, con la destitución y prisión de Abdullah. La situación «de facto» pro-india queda restablecida, pero la atmósfera de vago optimismo secuela de las conversaciones de Karachi, se ve rota por la indignación ante las víctimas musulmanas en las calles de Srinagar y por la reaparición de una absoluta desconfianza ante la alteración unilateral de un statu quo que, precisamente en aquellos momentos, estaba siendo estudiado conjuntamente.

Consecuencia inmediata: manifestaciones violentas en todo Pakistán, excitación general en la Prensa, incesantes amenazas de «Jehad» o guerra santa y viaje apresurado de Mohamad Ali y su ministro de Asuntos Exteriores a Delhi.

UN PLEBISCITO A LARGO PLAZO

En Delhi, el comunicado conjunto recién publicado, muestra algún avance en el camino de la concreción, aun cuando sea sólo de pulgadas. Ambas partes se ratifican, una vez más, en la necesidad del plebiscito y se precisa que a fines de abril del próximo año será nombrado un administrador. Pero se señala que hasta ahora ha sido la no conformidad en las circunstancias preliminares del mismo, la causa de tan prolongado retraso en su celebración. Y estos preliminares tampoco han sido ni siquiera esbozados esta vez. ¡Para largo me lo fiáis!, sería la traducción española de la nueva impresión del musulmán de Cachemira y Pakistán.

LAS INCONSECUENCIAS DEL PANDIT NERHU

Incluso para un observador superficial es fácil encontrar una aparente inconsecuencia en la política del Pandit Nerhu respecto a Cachemira. Campeón de todas las causas apaciguadoras en el seno de las Naciones Unidas, de todos los arbitrajes, de todas las contemporizaciones y neutralismos, se ha venido oponiendo siempre a la intervención del organismo internacional en Cachemira. ¿Cree o no cree en la efectividad de la O. N. U.? Ahora mismo en-

via tropas a Corea como garantía neutral del armisticio. ¿Por qué esa resistencia obstinada a aplicarse a sí mismo la misma medicina? Es su actitud la misma que la del boticario del cuento que, gravemente enfermo, conmina a su mujer:

—Oye; a mí de abajo nada, ¿eh?

La más excitada Prensa paquistaní llega a calificar su política de hitleriana, de hechos consumados. Y los portavoces del nuevo equipo en Cachemira no se recatan en atacar la actividad de los observadores de la O. N. U. recelan de la última visita de Stevenson y se refieren claramente a una pretendida intervención de los Estados Unidos, en connivencia con el depuesto Cheis Abdullah.

¿Cabe una explicación a esta línea de conducta del Pandit Nerhu, que disiente tanto de las líneas generales de su política?

CINCO OBJETIVOS DE LA INDIA

En líneas generales, la política de Nerhu puede ser definida como dirigida hacia los siguientes objetivos:

Primero.—Una India unitaria. Irredentismo, que consigue la anexión de Chandarnagar, la zona francesa de Calcuta, y clama por la incorporación de Goa y Pondichery. En cuanto a Pakistán, en el comunicado conjunto de las últimas conversaciones de Karachi, se reconoce la mutua y absoluta independencia.

Segundo.—Seguridad en todas sus fronteras. Establece un Gobierno adicto en Nepal y muestra recelo y vigilancia en el Tibet.

Tercero.—Dirección moral de Asia. Anticolonialismo y antirracismo. Apoyo caluroso a Burma e Indonesia y claras simpatías en Indochina. Encarnizados ataques a la política racial de Malan en Sudáfrica.

Cuarto.—Cautó equilibrio entre Oriente y Occidente. Reconocimiento de la China comunista y amistosas relaciones con la Unión Soviética. A la vez, activa participación en la O. N. U. y afección a la Commonwealth. Aquí yace la lógica de su oposición a toda directa intervención de la O. N. U. en Cachemira, siendo la India parte y no juez, pues considera la O. N. U. como nido de las rivalidades entre las grandes potencias y, en definitiva, como verdadera beligerancia unilateral.

Quinto.—Proclamación constante de su espíritu pacifista y democrático.

LA DILACION COMO POLITICA

Ahora bien, ¿puede Nerhu invocar irredentismo en Cachemira? La partición del subcontinente y el reconocimiento efectivo de mutua independencia se ha basado esencialmente —en cuanto a la secesión de Pakistán— en motivos de religión. Pero la mayoría musulmana en Cachemira es un hecho que nadie discute. Cabe ciertamente la duda de si cuando llegue el momento, los lazos religiosos sean más fuertes que los de otra índole que existan o puedan presentarse. Aunque la aparente inconsecuencia de Nerhu no está aquí, puesto que ha proclamado siempre y sigue proclamando su conformidad con el



Mrs. Vijaya Lakshmi, esposa de Nerhu, corta el pastel con que obsequia a los invitados de su marido, el primer ministro de la India.

plebiscito. Está en su política diadora, en su terca resistencia en llevarlo a la práctica.

¿Por qué esa resistencia? La explicación creo que traspasa las lindes de la política y de los intereses y entra en un terreno puramente psicológico, personal, emocional. En el indio, tan elusivo siempre, hay esta vez una elusión dolorosa, fácilmente perceptible. Nerhu, sitiado por la lógica, por la consecuencia consigo mismo, por presión de las circunstancias peligrosas para la paz por las directrices generales de su política, puede firmar la fecha precisa para la celebración del plebiscito. En ese momento, al antiguo colegial de Harrow se le desgarrará el alma.

KAMALA, JOVEN DE CACHEMIRA

¿Qué es Cachemira para Jawaharlal Nerhu?

«Kamala era una joven de la India, y, sobre todo, una joven de Cachemira, sensible y orgullosa, infantil y ponderada, alocada y juiciosa».

Kamala era la esposa de Nerhu—ellos eran «adarsha jori», una pareja ideal—, Kamala, que murió tísica en Suiza, en 1936. En su autobiografía, en muchos de sus pasajes tan a lo André Maurois, nos va descubriendo las veredas de su secreto.

—«Después de la cárcel, a la conferencia de Simla, convocada por el Virrey. Encontraba difícil ajustarme al nuevo y mudable ambiente, y mi espíritu volaba a las montañas y los picos cubiertos de nieve. Tan pronto como terminó el asunto de Simla, me fui a Cachemira. No me quedé en el valle, sino que partí inmediatamente a las regiones altas y los pasos. Estuve un mes en Cachemira y seguidamente volví a las multitudes, las excitaciones y los fastidios de la vida cotidiana».

«DONDE LA BELLEZA TIENE SU ASIENTO»

Podemos recoger acá y allá todos los ecos del pensamiento del Pandit Nerhu y formar como un crescendo orquestal con la expresión de su afección entrañable por Cachemira:

—«Hay lugares en que llegan a los oídos, como profundas notas de un órgano distante y poderoso. Entre estos lugares privilegiados está Cachemira, donde la belleza tiene su asiento y el encanto embriaga todos los sentidos».

Y repite las palabras del francés M. Foucher:

—«Pero lo que únicamente se encuentra en Cachemira es la asociación de estas dos especies de belleza—arte y paisaje—con una naturaleza dominada todavía por una vida misteriosa, que sabe cómo murmurar a nuestro oído y hacer vibrar el fondo pagano que hay en nosotros, que nos hace retroceder consciente o inconscientemente a esos días pasados lamentados por el poeta, cuando el mundo era joven...»

Y a continuación una sorprendente y reveladora confesión:

—«Pero mi finalidad no es dedicar alabanzas a Cachemira, aunque mi entusiasmo por ella me haga a veces desbarrar.»

¿No es ésta una expresión rotunda de su pensamiento y una clara explicación de la incongruencia entre las directrices ge-

nerales de su política y su actitud concreta en la cuestión de Cachemira? Pero no es todo. El crescendo continúa, y la clarificación de su estado psicológico se hace total:

«Mi afición a la montaña y mi relación con Cachemira me llevaron especialmente al Himalaya. Vi allí no solamente la vida, el vigor y la belleza del presente, sino también el encanto de los recuerdos de épocas remotas. Los poderosos ríos de la India, que bajan de esta barrera montañosa a las llanuras, me atrajeron y recordaron las innumerables fases de nuestra historia».

DESDE CERCA DEL ECUADOR AL FRIO CORAZÓN DE ASIA

Y este final sonoro y rotundo: —«Cuando pienso en la India, pienso, sobre todo, en el Himalaya, coronado de nieve, o en algún valle de Cachemira en primavera, cubierto de flores nuevas y con el arroyo que murmura y gorgotea. Fabricamos y conservamos las imágenes de nuestra elección y yo he elegido este fondo de montaña, prefiriéndolo al cuadro normal de un país cálido y tropical. Ambos cuadros serían exactos, porque la India se extiende desde los trópicos hasta las regiones templadas, desde cerca del Ecuador, hasta el frío corazón de Asia».

UN MAPA DE FUERZAS INESTABLE

Suponiendo que el plebiscito llegara a realizarse, si hasta entonces continua la actual situación «de facto» y Mohamad Ali, a lo largo de sus futuras negociaciones, no logra establecer un largo período preparatorio de absoluta neutralidad y no meramente una dirección del plebiscito por su administrador, el mapa de fuerzas cuando el momento llegue, puede variar sustancialmente. De hecho, ya ha cambiado apreciablemente respecto a la situación inicial. De las cuatro grandes partes que integran Cachemira, sólo el Azad es absolutamente musulmán. En el valle, la mayoría mahometana se mantiene, aunque fluctuante. Pero Jammú es ya decididamente indio y sikh, y en cuanto a Ladakh, es tradicional y marcadamente budista.

En fin, los hechos hablarán. Pero, en tanto, Cachemira seguirá siendo una volcánica evidencia para la paz del mundo. Cachemira, que sigue considerándose a sí misma como centro del mundo, aislada, encerrada en sí misma y rodeada de los tejados de la tierra, para cuyos habitantes descender a las llanuras supone algo tan considerable y remoto como un viaje a los antípodas. Cachemira, múltiples veces uno de los principales focos de cultura del subcontinente, porque aunque en el pasado indio hay estupendas epopeyas y leyendas, profundos libros religiosos o la exacta y completa gramática de lengua sánscrita que Panini escribió hace 2.600 años, apenas hay historia. El primer libro de historia propiamente dicha, escrito en un país tan esencialmente ahistórico como es la India es el Rajatarangini de Kalhana, y es una historia de Cachemira del siglo XII. De Cachemira también irradian las dos grandes corrientes del bu-



Para Nerhu, Cachemira es algo importante en su vida. A esta hermosa tierra acude todos los años. La montaña y la equitación son las prácticas del «premio indio»

dismo, Mahayana y Hinayana. Después, es muchas veces centro de los debates teológicos musulmanes.

¡AY! DE MI CACHEMIRA...

Cachemira es mucho más bella que Suiza, suspiran por doquier en Karachi. ¡Ay!, las ruinas de Martand, que se elevan en el tajar de su Karewa tan orgullosamente como un templo griego sobre un promontorio. ¡Ay!, el pequeño santuario de Payar, tallado en diez piedras, que tiene las perfectas proporciones de los monumentos corégicos de Lisierates. ¡Ay!, sus magníficos bosques, la pura transparencia de sus lagos, el esplendor de sus cumbres cubiertas de nieve, el delicioso murmullo de sus innumerables arroyos, que resuena en el aire fresco y suave.

El entusiasmo del actual dueño de los destinos de la India por Cachemira es tan grande que se siente a sí mismo desbarrar. ¡Pedidme lo que queráis, pero no Cachemira!, gritaría su subconsciente en libertad.

Y pudiera ser que antes de no muchas lunas, Cachemira no sea ya para él más que un doloroso paraíso perdido.

PENSAR Y MANDAR

desde HUESCA



EL ALTO ARAGON DESPIERTA

Por **Ernesto GIL SASTRE**

Gobernador Civil de Huesca

UNA palpitación uniforme y sostenida, que marca la tónica de las aspiraciones populares en el medio rural, la integra el anhelo colectivo de aumentar la productividad de la tierra arrancándole el preciado tesoro de su fecundidad. Para lo que sirven de cauce adecuado los postulados de la Falange, hechos nervio y sangre de una política agraria tendiente a un desentumecimiento localista, por la que los viejos sueños cobran serena y prometedora realidad.

La provincia de Huesca, con una geopolítica privativa que acusa manifiesta debilidad demográfica frente a la dilatada extensión kilométrica, ofrece claro exponente de aquéllo en el intenso latir colectivo de la vida cotidiana. Con altitudes dispares, terrenos de composiciones diferentes y hasta condiciones climatológicas diversas, la población se halla distribuida tan desigualmente que, al lado de importantes concentraciones humanas, encontramos inmensas zonas deshabitadas. Si a todo ello se añade su condición periférica en la piel de toro, Hispania y su carácter de bastión defensivo, tras de la orografía pirenaica más señera y agreste, se advertirá que tan heterogénea integración de elementos constitutivos han de plantear necesariamente la más variada gama de problemas, cuya resolución adecuada es inquietud constante en la actividad ambiciosa del Mando nacional.

Porque, en definitiva, la acción del Régimen en el Alto Aragón es un aspecto más desde el que puede ser considerada la obra de recuperación y fortalecimiento de

la Patria en múltiples facetas correspondientes a la agricultura, obras públicas, industria hidroeléctrica con grandes saltos hoy existentes, con una potencia extraordinaria en energía eléctrica, que se duplicarán con los saltos en construcción y en proyecto, que tantos beneficios industriales reporta, expansión comercial, etcétera. Magnífica concepción de conjunto que, al avanzar presurosa en su realización, constituiría la prueba más destacada de la eficacia de unas normas políticas si no tuvieran otras más señaladas en qué apoyarse.

Mejorar las condiciones de vida en el medio rural—mediante la instalación de obras y servicios adecuados—, ampliar las comunicaciones por carretera, fomentar la repoblación forestal. Y primordialmente impulsar los nuevos regadíos siguiendo la proyección a buen ritmo de las obras de riegos del Alto Aragón son concreciones adecuadas a las aspiraciones populares oscenses.

Si tales consideraciones acuden a la mente es porque un clima moral adecuado vitaliza la provincia, más acusado todavía desde la visita del Caudillo, cuyo verbo elocuente y consolador caló muy hondo en los nobles corazones de las muchedumbres laboradoras, cuyas inquietudes sabe compartir y está pronta a disipar. ¡Por algo sus manifestaciones públicas, desde el balcón de la Diputación Provincial, sobre el abrazo fecundo de los ríos Aragón y Cinca, tuvieron la honda vibración humana de la multitud enervorizada!

Misión social que se ha impuesto la Falange oscense ha si-

do y es revitalizar los impulsos colectivos hacia una mayor eficacia de las obras hidráulicas ya construidas y colaborar insistentemente en la puesta en marcha de las aprobadas para el vigente presupuesto por el Ministerio de Obras públicas, que se extiende: A la terminación del pantano de Mediano, recrecimiento de los de Barasona, la Peña y la Sotonera y construcción del de Torrecidad y canal del Cinca. Se aproximará a los 800 millones de metros cúbicos de agua la capacidad total del embalse en aquéllos, que regularizará además el curso de los ríos Cinca, Gállego y Esera, formándose, en fin, uno de los más importantes sistemas hidráulicos nacionales, que permitirá el riego de 220.000 hectáreas de tierra. Correlativamente a esta coyuntura económica se trata de impulsar también la línea social de acuerdo con el Instituto Nacional de Colonización, que proyecta la fundación, si es necesaria, de unos cien pueblos.

A la vista de perspectivas tan halagüeñas, que reafirma una política objetiva de realidades, adquieren dimensión y volumen exactos los propósitos que Franco manifestó al aceptar en Burgos la suprema carga de la Jefatura nacional española. Y con visión concreta del porvenir, merced a su iniciativa y actividad irreducibles, ha logrado dar vigencia absoluta a las preciadas consignas contenidas en aquellas tan expresivas frases del más reciente mensaje al pueblo español al proclamar que la justicia social es «el supremo criterio del Gobierno» y «la más alta preocupación política».

Así, atendiendo a calmar las esperanzas del campo y a cubrir sus más imperiosas necesidades de orden espiritual y material, así esta política social acertada y certera que se está realizando en el Alto Aragón...

YO ESTUVE CUATRO HORAS EN EL FONDO DE LA MINA

**ASTURIAS ES
UNA REGION
QUE JAMAS
HA CONOCIDO
LA MISERIA**

**HASTA EL POLVO DEL SUELO
PUEDE CONVERTIRSE EN ORO**



De izquierda a derecha: el ingeniero Antonio Retana, el capataz Fernández y el periodista Gómez Santos, autor de esta crónica

CUANDO yo era chico oí contar que durante la guerra del calor los mineros invadían en la capital de Asturias los salones de un café-concierto y pedían champán para lavarse las manos. Al parecer ganaban el dinero en cantidades fabulosas y no les importaba encender el veguero con un billete «de los grandes», lo que hacía a los parroquianos del café poner la boca en forma de o y hasta dejar caer la cucharilla.

Un viejo comerciante de paños me contó hace ya mucho tiempo

que los días de pago de jornales en la mina llegaba a Oviedo el ferrocarril de Langreo embutido de mineros, los cuales traían colgadas de la cintura unas bolsitas de tela repletas de monedas de plata. Según parece —lo oí contar después a otras personas— el obrero de la mina no era un comprador pelmazo ni mucho menos. Se acercaba al mostrador, ponía la saquita de las monedas sobre él, y pedía un traje, no del mejor paño, como podría hacer, sino que «de lo más caro». Porque pa-

ra él constituía un orgullo poder mostrar en la taberna una factura donde estuvieran expresadas cantidades grandes, escandalosas, sobre el clásico «recibo».

También los mineros compraban boinas, pero boinas en abundancia, como para formar colección de clases, tamaños y precios diferentes.

En la capital de Asturias corría el dinero alegremente y hasta la ciudad levítica que iba desde la catedral al convento de monjas y desde éste a la capilla del Cristo de las Cadenas, comió el pecado de abrir unas puertas verdes bajo el rótulo grande, atrevido, donde se anunciaba el primer cabaret de la ciudad.

Pero, así y todo, la plata de los mineros, a pesar de ser pródiga, no era la primera plata que sonaba en Asturias. Ya los viejos labradores muchos años antes formaban en el corro de la danza con sus trajes típicos de calzón corto que llevaban por botones monedas de plata... y hasta de oro.

Asturias no se deslumbra. Es una región que no ha conocido jamás la miseria. En sus caminos y en sus puertas no se ha sentado ni ha llamado jamás un mendigo, porque hasta el polvo de su suelo, que es carbón, puede convertirse en billetes del Banco de España. El asturiano es tan espléndido que hasta para echar sidra en el vaso deja que se derrame en el suelo.

DE LA MONTERA A LA BOINA

Entre corros de montañas, bien en sus faldas o en sus crestas, la



Con el martillo de aire comprimido, este minero arranca el carbón de las entrañas de la tierra



Cabeceando una mamposta. El picador empuña el hacha y sitúa el poste en el tajo. Ya está la sobreguía

mina se hace notar por su aparato inconfundible de andamiaje metálico llamado «castillete», que es donde va colocada la polea que mueve el ascensor o jaula a través del pozo.

Se hace notar la mina por el «castillete» y por sus escombros de tierra y pizarra que dan sombra al caserío como montañas artificiales de decorado teatral. Por eso y por una teoría de tejados negros, extendidos por la geografía astur, refugiados entre sus arrugas con la tenacidad de parásitos.

En las cuencas mineras el cielo plomizo, bajo, nuboso, da al lienzo ambiental un matiz de grises, de tristeza muda y perenne, como si la luz estuviese apagándose siempre, en una agonia de fin del mundo. Y sobre esa angustia de niebla y llovizna constantes, la rueda de la vagoneta minera, cargada de hulla, pasa chillando desacompañadamente como un can indefenso a quien le van pisando el rabo.

El pueblo minero está partido generalmente en dos zonas. Lo parte el ferrocarril que trae la madera para la entibación y lleva el producto de las explotaciones, el ferrocarril que enlaza con el mundo de las camisas blancas y de las playas donde las piedras son rubias como dobloines.

La negrura de los pozos mineros cierne sobre el césped verde un denso repertorio de sombras, una legión de fantasmas. Y por eso las flores, las plantas, los ojos de las mujeres y los rostros de los hombres están de luto.

Hace muchos años estos pueblos que hoy son mineros vivían en unos escenarios de verdura fresca, viendo crecer sus campos de maíz en el espejo del río Nalón. Un día unos hombres «sedientos de riqueza» cayeron sobre aquella tierra y, abriendo su epidermis de verdin, escarbando en sus entrañas, encontraron el oro negro de la hulla. Los mil diablos del ferrocarril minero entraron, entonces, por los tranquilos campos y la paz de la vida campesina quedó interrumpida para siempre.

Publícase el cielo con el humo del nuevo mineral y el río Nalón, que bajaba claro, con manchas rojizas de cientos de piezas de salmón que vivían en sus aguas, empezó a correr negro como un alma en pena. Y pasó aun más. Los labradores que trabajaban en sus tierras de arriendo dejaron los aperos de labranza y corrieron, monte abajo o monte arriba, para incorporarse a los trabajos de explotación de las minas. Fue así como se desterró de Asturias la montera picona, la clásica montera de la Arcadia feliz. Fue así como imperó la boina, que ya debía dominar también en las cuencas mineras de Vizcaya.

HAY QUE BAJAR A LA MINA

Los señores ingenieros de la Sociedad Minero-Metalúrgica «Duro Felguera» son personas admirables, que desde el primer momento nos brindaron toda clase de facilidades para que pudiéramos conocer lo que nos proponíamos referente a la mina.

Llegamos a La Felguera y los teléfonos interiores de dicha So-

ciedad empezaron a sonar dando órdenes, informándonos de horarios y haciendo toda clase de preparativos para que las facilidades del cronista fuesen completas.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, nos esperaba en el puente de Sama de Langreo el joven ingeniero don Enrique Moreno que, muy amable, nos dijo que por allí iba a pasar, para recogerlos, una locomotora de la Sociedad. El «Pozo María Luisa» está a cuatro kilómetros de Sama, en el pueblecito minero llamado Ciaño Santa Ana.

La locomotora traía unos vagones o jardineras bastante aceptables y en unos minutos, después de correr a orillas del Nalón, llegamos a las oficinas del «Pozo María Luisa».

Don Antonio Retana, otro ingeniero joven, fornido como buen vasco, estaba estudiando en sus libros con gráficos complicados, cuando entramos en su despacho. Al saber nuestro propósito, extendió la mano y con el dedo índice nos señaló el cuarto de baño. Allí había ropa apropiada; nos cambiamos y pusimos en condiciones de bajar al pozo.

Nuestra indumentaria de faena consistía en una camisa azul, un buzo, unas botas fuertes, unos calcetines gruesos de lana, que había que sacar por encima de los pantalones, y la boina, además del casco en forma de salacof, que nos protegería de las piedras y de los golpes en nuestro descenso al «Pozo de María Luisa».

Cuando salí al despacho con mi nueva indumentaria empecé a cavilar, como si despertara de un estado inconsciente, como si fuera a emprender una aventura fantástica a la luna. Era como una broma pesada tomada en serio; pero ya no había modo de volverse atrás, porque todo se había preparado de un modo formal y no era cosa de quedar como un mozo de cuerda.

Animo y adelante. Sin mirar atrás, sin ponerse pálido para no quedar en ridículo, sin acordarse de nuestro cafetín de la ciudad, ni de nuestro teatro del Campamor, ni de nuestra calle limpia con guardias de circulación y paso flamante de peatones.

El ingeniero, el joven Retana, que estaba ya preparado como yo, me hizo seña para salir a la calle. Cuando bajábamos las escaleras de la oficina me dijo, como quien deja caer una moneda de cinco céntimos en la acera:

—¿Qué tal de ánimo?

—¡Pchs, se hace lo que se puede...!—le contesté yo, sin hacerme demasiado el valiente, por si acaso...

«¡JAULA VACIA!»

—Don Angel Fernández, capataz del «Pozo María Luisa», que va a acompañarnos; el señor Gómez-Santos, que va a bajar al pozo para escribir una crónica.

—Mucho gusto.

—¡Eh, jaula vacía!—gritó el capataz.

A mí aquello de «jaula vacía» me sonaba a orden de ejecución, a grito de guerra. Imaginaba la jaula como una camilla de ruedas que conduce al quirófano. «¡Jaula vacía!», «¡jaula vacía!»... Esta frase me estallaba en la cabeza igual que un trueno.

—¿Quiere hacer el favor?... ¿Quiere hacer el favor?... La lámpara, coja usted la lámpara...—dijo el capataz entrando en la jaula, que ya había subido, y dentro de la cual nos aguardaba el ingeniero Retana.

UN POZO QUE SE LLA- MA MARIA LUISA

El «Pozo María Luisa», de la Sociedad Minero-Metalúrgica «Duro Felguera», está enclavado, ya lo dijimos, a cuatro kilómetros de Sama de Langreo, tiene 221 metros de profundidad, con tres plantas y dos más, intermedias, que comunican con las anteriores por medio de pozos balanzas.

Baja la jaula. Vamos tres, sólo los tres: el ingeniero, el capataz y el cronista. Ya no hay luz ni cielo, aunque sea débil la luz y gris el cielo. Ya no hay cielo...

Hemos entrado ya en el país donde siempre es noche, donde nunca amanece; este país secreto con algo de océano traidor que se lleva a los hombres, tragándose, esperándonos en un recodo para robarles la vida.

La lámpara alumbró nuestros pasos. Va delante el capataz, luego el ingeniero. Caminamos bajo una bóveda de cemento, semejante a un túnel de ferrocarril, donde también hay raíles. Sobre ellos corren las vagonetas tiradas por mulas. Nosotros nos perfilamos para poder seguir adelante. Pasamos pegados al túnel, entre las vagonetas, junto a la mula rebelde que da coces en el hierro: coces metálicos como truenos que se propagan allá en el fondo, con el eco, como la voz dominante de un monstruo. Y seguimos caminando. Y llegamos ya con las botas mojadas, cargadas de fango, al lugar donde empieza la entibación.

El capataz me advierte:

—Cuidado con las trabancas; baje la cabeza.

—¿Qué son las trabancas?

—Las maderas que sostienen el techo de la galería.

Seguimos caminando. Ahora empiezo a sentir verdaderamente los latidos del gran corazón de la mina. Son latidos de un corazón de fiera sentimental. Se la teme y se la quiere a un tiempo. Ellos, los mineros, saben que les está acechando siempre y sin embargo no pueden ir contra ella porque la tienen querencia.

Aquí dentro huele a bosque, a pinas húmedas, como si nos sorprendiera una tormenta en plena excursión. La madera de las entibaciones, mojada por el sudor negro de este gran monstruo de la mina, esparce por el ambiente su perfume.

Seguimos caminando por la galería: aquí bajamos las cabezas, allí saltamos un barranco, más allá nos arrimamos a la pared para dejar paso a una mula que tira de una hilera de vagonetas. A mí se me figura que tenemos algo de soldados preparando la emboscada, pues vamos agachados, sosteniendo la lámpara, y por añadidura, llevamos el buzo azul, el casco, las botas...

—¡Eh!, cuidado aquí; bajen la cabeza; ruido de vagonetas... ¡hay paso, Ramón?

—Sí, señor; están para arriba. Mil cien mineros trabajan aquí,

pegados a las entrañas de la tierra como parásitos; mil treinta toneladas de carbón sacan cada día. Son mil cien mineros; mil cien titanes que sueñan mientras sudan; que cantan mientras tienen la vida empeñada. Cada mañana, al coger la lámpara, dejan la vida colgada de un clavo, en el guardarropia de la bocamina. Alguna vez se la llevan cambiada; alguna vez alguien extravía su vida; alguien la pierde mientras sueña o mientras canta. Y los que la encuentran colgada del mismo clavo, salen a la luz del día poniéndosela con los forros hacia fuera.

BAJANDO POR UN POZO BALANZA

Estamos en la segunda planta del pozo. El ingeniero nos señala en la pared un boquete por donde, al parecer, tenemos que escurrirnos. Se trata de un transversal que baja, cortando los extractos, con una inclinación de 35° y una potencia de carbón de 90 centímetros. Tratamos de llegar al carbonero «La Agapita» y es necesario estirar bien las piernas y echar atrás la cabeza. Ha entrado primero el capataz; yo le sigo. Cierra la expedición el ingeniero.

Ahora veo bien el interior, a pesar de que lleva mi lámpara el capataz para que yo tenga libres las manos. Quise, como ellos, colgar la lámpara del cuello, pero no soporté su peso sobre el pecho. Fué quizá sugestión, porque al colgarla se me figuraba que me habían atado al cuello la sog a cuyo otro extremo estaba atada la piedra que me hundiría en las aguas del océano. Era, pues, una angustia soportar el peso de la lámpara sobre el pecho. Y me liberé de ella.

Este taller de explotación transversal está entibado como una galería. Por algunos sitios las trabancas están a la altura de nuestras cabezas. La sensación es exactamente la misma que si nos hubiesen enterrado en vida. A veces, además de las trabancas, tenemos que pasar bajo el tendido que conduce el aire comprimido para el funcionamiento de los martillos.

Son, al parecer, cincuenta metros verticales; sesenta y cinco o setenta en transversal para llegar a la tercera planta. Hay sitios por donde parece imposible poder pasar; pero por este procedimiento de tobogán de feria, encasillados en una especie de canaleta de cinc, nos dejamos resbalar, llevando el carbón por delante, abriéndonos así el paso como máquinas exploradoras.

Este taller de explotación tiene dos secciones: una es el tajo propiamente dicho y otra es donde se va apretando la tierra que sale con el carbón. A medida que se va deshullando, fortifícase el taller con la tierra para evitar desprendimientos. Los obreros están pegados al tajo y los martillos funcionan casi verticalmente, siguiendo la veta del carbón. Deben ser muchos los que trabajan en este taller; no se les distingue; se funden sus ropas negras en las sombras. Sólo de vez en



De entre la niebla, como una visión fantasmal, surge este grupo de mineros, que se dirige al tajo.



Antes de barrenar, estos obreros preparan la madera que se ha de consumir en la faena de entibar.

cuando unos ojos flotan en la oscuridad como espionándonos.

UN MINERO POETA

A 211 metros de profundidad, en la tercera y última planta del pozo, sabemos que hay un minero poeta y queremos verle. Caminamos por la galería: filtraciones de agua, grandes charcas, barrancos, cruces de vías, lámparas colgadas en las esquinas, olor a cuadra de caballo...

El capataz grita a un mozo que va subido en una vagoneta:

—Oye, Rufino, ¿está el poeta en el tajo?

—Sí, entró a las siete.

Manuel Fernández es un hombre de unos treinta años. Ha dejado de trabajar, amablemente, para contestar a nuestras preguntas.

—¿Dónde escribe usted?

—En «La Voz de Asturias»; hago las reseñas de deportes y firmo «Manfer». En el periódico no me pagan nada; sólo publico por afición.

—Y las poesías, ¿dónde aparecen?

—En los portafolios de fiestas de Sama, La Felguera, Noñera y donde me las pidan. Ahora publiqué dos libros.

—¿De cuántos ejemplares consta cada edición?

—De mil.

—¿Y los vendió todos?

—Sí, todos. A la salida de la

mina, los días de pago, «los colqué» todos. Yo había dedicado un poema al barrenista, otro al rampero, otro al trenista... y de esta forma todos estaban interesados por mis libros. Vendí también muchos en el hospital de la Sociedad a los compañeros accidentados.

—Pues es usted el único poeta de España que agota las ediciones de sus libros sin publicidad, sin intrigar en las peñas literarias... y además sin regalar ejemplares a los amigos para que publiquen un «bombo» con fotografía.

—Yo no tengo tiempo para eso; además no tengo amigos que escriban. En hacer versos y en venderlos empleo todo el tiempo de que dispongo.

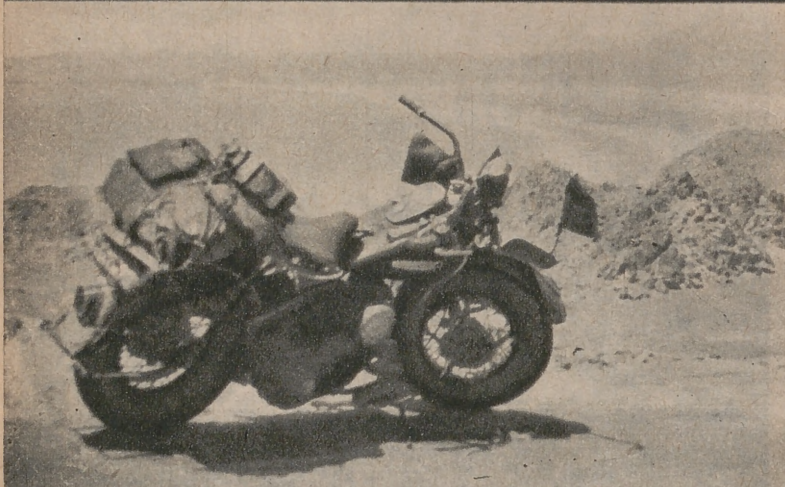
—¿Si le parece poco...!

¡CIELO, SOL...!

¡Cielo y sol...! Por fin abandonamos el país de allá abajo y respiramos como liberados de un extraño peligro.

Entregamos la lámpara, que es como entregar las llaves del reino de la mina, reino liberado, se, como una gran corteza de árbol carcomido, donde trajan cientos de hormigas. Así me imagino yo la mina ahora que estoy arriba, al aire y al sol... un sitio más poético que trágico, más sentimental que macabro.

POR LA RUTA DE LOS COJO



La cabalgadura simbólica del conquistador moderno es la moto. Aquí la vemos descansando en el camino.

CAPITULO IV

ME desperté con una extraña sensación. Tenía la cara hinchada y la piel dolorida y enrojecida, como si me hubiesen pasado papel de lija. Era el roce del viento, cargado de arena, que me azotó durante todo el camino hasta llegar a Olmos. La moto no estaba mejor que yo; la arena se había metido por todo el motor. Pasé toda la mañana limpiándola, rodeado por un grupo de vecinos, que me ayudaban lo mejor que sabían.

Chimbote es una confortadora sorpresa, con sus casas nuevas, sus cines, sus limpios establecimientos, a los lados de la carretera. Gran parte del comercio peruano está en manos de japoneses, y en un restaurante nipón entré a comer arroz ayudado con palillos. Perdí más del que llegó a mi boca, pero gracias al estómago ligero pude continuar el viaje en seguida, forzando la máquina a 150 por hora. Quería llegar aquella noche a Lima, y ni siquiera me entretuve en cargar gasolina.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA UN ANDALUZ

A la entrada de Barranca me quedé parado, sin una gota de líquido. No era eso lo peor, sino que no me quedaban soles y en este lugar no encontré quien me cambiase dólares. Con el humor, empujando la moto me fui hacia la plaza. Era día de mercado y las gentes llenaban las calles. Al instante hubo voluntarios que espontáneamente me ayudaron a empujar la «Harley» hasta la bomba de gasolina. Bueno, ¿y qué podía hacer? Me disponía a contar mi apurada situación cuando pasó un hombre delgado y garboso que, con una bandeja colgada al cuello llena de mercancía, iba pregonando:

—¡Pelotita americana! ¡Quién compra la pelotita americana!

Y en tan pocas palabras se le escapaba el acento más andaluz

que si fuera de Sevilla. Se acercó, vió la bandera, se le encandilaron los ojos y a voz en grito exclamó:

—¡Usted es español! ¡Bendita sea la hora en que veo un paisano!

Me echó los brazos al cuello, lo más estrechamente que le permitía su comercio ambulante, y me hizo que le contase de pe a pa el porqué me encontraba en aquellos lugares. El me dijo que era de Málaga, que tenía una hija, campeona de motociclismo en Lima, y que por eso era muy aficionado a aquel deporte. Cuando supo mi apuro con sólo medio sol en el bolsillo y nadie que me cambiase dólares, se volvió al de la bomba y le ordenó:

—¡Niño! ¡Empújale toa la que quepa dentro hasta reventar los tanques!

Cuando le dije de cobrar, ¡ni hablar! Era un obsequio que hacía él a un paisano. Ya se sabe: al encontrarse uno lejos las regiones no existen: Andalucía y

ARTURO MATEO SOLITARIO, CUE

CUZCO, SIN GRANDEZAS

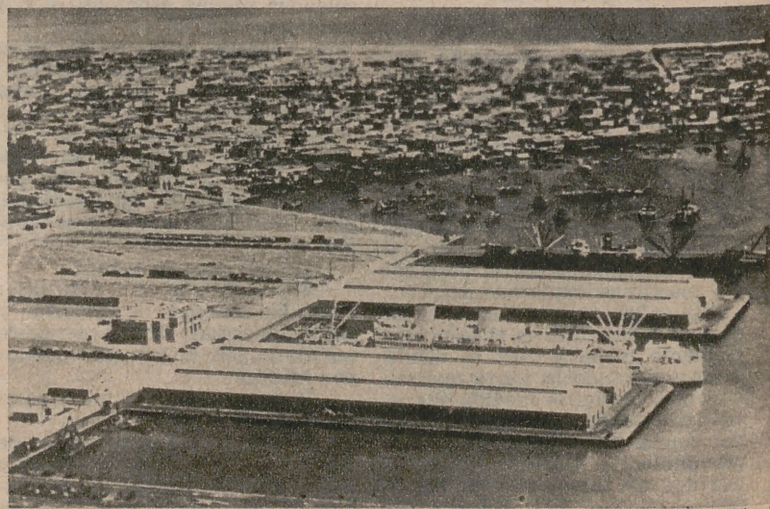
CUARENTA Y CINCO A TRAVES DE A

las Vascongadas es todo lo mismo.

UN MUCHACHO COJO
QUE AHORRABA PARA
CURARSE EN ESPAÑA

La carretera era ancha. ¡Qué bien se corría por ella después de las duras etapas anteriores! En algunos momentos iba a 160; el diablo de la velocidad me bullía dentro. Pero de pronto algo raro pasó, y el tanque de aceite comenzó a echar humo. Se había reventado uno de los pistones, y estaba todavía a 130 kilómetros de Lima. Por fortuna era domingo y a aquella hora de la tarde se sucedían los coches, motos y camiones que regresaban cargados de excursionistas. Tras algunas tentativas logré parar un camión que quiso recoger mi vehículo y llevarnos a los dos hasta la capital. En el trayecto trabé conversación con un muchacho cojo que iba a mi lado.

—Estoy ahorrando dinero — me dijo — para ir a España. Allí es el único sitio en que me pueden curar. Lo sé porque ya he escrito



Vista aérea del puerto del Callao, con la estación marítima y la Aduana a la izquierda

QUISTADORES

EL MOTORISTA
SU AVENTURA

LO DE LA
ESPAÑOLA

MIL KILOMETROS
ANOAMERICA

a un cirujano que me va a operar... Me quedará bien, estoy seguro... Pero aun me falta trabajar un año más para reunir dinero suficiente... y entonces...

Me conmovió aquel muchacho sencillo que con la porfiada paciencia de una hormiga reúne dinero para ir hasta España, donde espera encontrar la salud.

APUNTES DE LIMA

La Lima virreinal, la Lima hermosa que subyuga a los viajeros no es para cantarla un hombre que llega a ella rendido, después de 800 kilómetros de rápida carrera. Las barrocas líneas de un palacio no podían conmoverme aquella noche como el vulgar anuncio de un hotel. Y después de dormir, antes de recrearme en contemplar el cielo terso de Lima, tuve que sumergirme en la prosaica tarea de arreglar la avería de la moto.

El dueño del garaje, generoso y simpático, como buen peruano, me prestó las herramientas para que yo pudiera desarmar el motor. No me faltaron sus consejos para ayudarme; pero como los dos pistones estaban rotos, tuve que buscar al representante de la marca—un oficial del ejército—para que me facilitara los repuestos. Era ya noche cuando terminé y me fui a desentumecer las piernas por las calles de Lima, silenciosas y pintorescas, con un recuerdo español en cada piedra y, como pude comprobar, también en cada corazón.

Ver Lima a gusto, de día; no lo pude hacer a la mañana siguiente, pues todavía la moto me dió trabajo.

—Como hoy es fiesta nacional, esta tarde tenemos vacación—me dijo el dueño del garaje.

Y me invitó a ir con él y todos sus operarios a comer y pasar la tarde. Era un buen modo de conocer a los peruanos. Acepté. En un viejo automóvil me llevaron a un restaurante donde nos sirvieron platos típicos, remojados con *chicha*. La tarde nos la pasamos también visitando me-

renderos, comiendo aquí y allá, hasta llegar a un establecimiento renombrado por sus deliciosos fideos y *chicha* añeja. Durante la tarde todo habían sido vivas, canciones españolas y peruanas; pero uno de los muchachos no quedaba contento con las interpretaciones folklóricas de sus compañeros.

—Ahorita verá lo que son canciones peruanas.

Se fué al teléfono y llamó a una emisora de radio donde actuaba un cuarteto de canciones populares. «Venid acá a ofrecerle al gringo español lo mejor que sepáis», le oí decir.

A poco, los cuatro artistas estaban en el merendero. Se pasaron hasta la madrugada diciéndome canción tras canción, mientras la «chicha» añeja caía en los vasos.

A la mañana siguiente, antes de que pueda dedicarme a ver Lima, un grupo de «chicos de la Prensa» me hicieron una entrevista. El representante de la «Harley» me citó para charlar con él,

Típicas balsas de los pescadores indios de Huanchaco, en el departamento norteño de la Libertad



pues quería que le contase toda mi odisea...

Lima es única, maravillosa supervivencia del Imperio español. En las demás ciudades todo ha quedado en pasado, en recuerdo. Aquí, en Lima, España está en el instante mismo, como si aun viviera su luminosa época virreinal, y parece que de los portales anchos, con el escudo sobre la clave del arco, vamos a ver salir de un instante a otro damas medio veladas con la mantilla, mujeres pálidas y quebradizas, con una gracia de flor tropical... Aun resuena el coche de caballos del virrey por las empedradas calles que pisó la artista más famosa de todas las Américas...

La catedral, que está silenciosa, cerrada, parece en la luz postrera una prodigiosa custodia... A la mañana siguiente toda ella vibra de voces, de campanadas y música; ha llegado el obispo de Nueva York y los buenos católicos limeños le tributan un cálido homenaje. Lo último que me queda de Lima es la estampa de un desfile militar y de esta mu-



Estatua de Francisco Pizarro, conquistador del Perú, en la plaza de Armas de Lima

chedumbre fervorosa, que tiene las raíces de la fe tan hondas...

PASO POR EL CALLAO

Fuí en moto a ver el puerto del Callao. Los restos de los fuertes españoles son como muñones de enormes titanes. ¡Qué bien se repasa la historia así, con el libro vivo delante! Paseo por las calles concurridas. Voy muy despacio y el viento marino agita

la bandera de la moto. Es una bandera española, como aquellas que hace tantos años aquí se desplegaban.

Voy a la ciudad tan sólo para arreglar mi visado argentino. Dejo la moto a la puerta de la oficina y al salir un automóvil se para junto a mí. Acércase un señor que se presenta como miembro del Consulado español. Ha visto nuestra bandera en la moto, charlamos, me invita al Consulado, donde me encuentro entre compatriotas. Ceno con ellos, hablando de aquí y de allá..., y también es noche alta cuando me retiro a descansar. Decididamente, en Lima no se puede dormir. Por la mañana he de irme muy temprano por miedo a que me gane el encanto de la ciudad o de las limeñas.

UN MADRILEÑO EN LAS MONTAÑAS

Con la moto limpia y arreglada me hice 530 kilómetros de un tirón. Así daba gusto viajar, aunque tenía como solo paisaje la arena, que me azotaba sin piedad, hiriéndome la cara, y el agua resplandeciente del mar. Las cruces y los altarcitos conmemorativos se sucedían, así como los huesos calcinados, cosa no muy agradable para un viajero.

El camino hasta Ica había sido bueno; pero como la felicidad no dura mucho, terminó el asfalto y comenzaron otra vez los baches y el polvo. También cambió el paisaje; ahora eran montañas áridas, con curvas y barrancos pavorosos, pero, por fortuna, se veía algo de vegetación. Corría a buena velocidad. No vi una piedra que se me puso delante, y del revolcón quedé que no podía moverme, con un tremendo dolor en una pierna. Me vendé como pude la herida.

Ni un coche por el camino. Nada. El dolor y la soledad me resultaban inaguantables; entonces comencé a oír el ruido de un motor. Debe ser una impresión muy parecida la que experimenté a la que tienen los naufragos cuando divisan una vela en el horizonte. Se acercaba un coche. «Peugeot» nuevo, al que hice señas. Veo, al detenerse, que la parte de atrás está repleta de mercancías; es una mercería ambulante. Su dueño me habla. ¡Bien por el acento madrileño, que no se despegan tan fácilmente!

—¡Sí, señor, de Madrid, del mismo barrio de Chamberí!— exclama mientras me abraza, sorprendido y emocionado de encontrar a un compatriota perdido por aquellos andurriales.

Con su ayuda puedo llegar hasta Ocaña, donde nos detuvimos en una fonda, al modo de una antigua venta, llena de vendedores ambulantes y carreteros...

UNA NOCHE ENTRE CALAVERAS Y CIRIOS

La pierna me dolía un poco menos, y al día siguiente pude continuar la marcha. Por desgracia, el paisaje estaba otra vez formado por arenales, que dificultaban la ruta. Necesité muchas veces la ayuda de los carros que pasaban para salir de los baches. Todo eran subidas, bajadas, ba-

ches, barro y arena. Empecé, por fin, a subir un terreno árido y escarpado y en una revuelta me encontré con que había ocurrido un gran derrumbamiento de piedras. Tardé dos horas en pasar aquel lugar.

Entre unas cosas y otras se me hizo noche cerrada y me encontré en la montaña solo, sin gasolina, sin un lugar donde refugiarme. La situación no era muy halagüeña. Por toda arma tenía mi cuchillo. Por si esto no era bastante problema, la temperatura descendió de manera vertiginosa, como sólo sucede en estos sitios: al buen tiempo sucedió una gran helada. Estaba congelado a 3.000 metros de altura y sin más amparo que el de las estrellas. Pensé encender una hoguera, que además de darme calor me defendiese de algún animal nocturno. A tientas recogí unas matas espinosas, que se negaron a arder. La nieve comenzó a caer, empeorando la situación. El sueño me rendía, pero dormirme allí significaba tal vez no despertar al siguiente día. Para no dejarme vencer por el sueño me puse a andar por donde yo creía que iba la carretera. Al cabo de tres kilómetros, entre la nieve que caía divisé como la silueta de una casa, hacia la que me dirigí. Era una capilla de ladrillos y latas que protegía una cruz conmemorativa de un accidente. En su centro había dos velas, cera por el suelo, y una calavera pintada era la decoración. La capilla tenía sesenta centímetros de ancha por metro y medio de larga, y el lado que daba al camino estaba descubierto. Refugio poco cómodo, en realidad, pero siempre mejor que fuera, bajo la ventisca.

Decidí pasar allí la noche. Encendí uno de los cabos de la vela. Con gran dificultad logré apartar la cruz y parte del altar, que era de rústicas tablas. Lo puse de modo que pude meterme detrás, en una estrecha ranura que me obligaba a estar con las piernas dobladas, sin moverme ni casi ensanchar los pulmones. Bajo la cabeza puse unos papeles que llevaba; Dios sabe qué bichejos anidarian entre aquellas tablas. Si alzaba un poquito la mano podía tocar la calavera. Afortunadamente, la vela se apagó. Me tapé con los planos desplegados, que algo me quitaban el frío, o al menos esa ilusión tuve. Se me dormían las piernas, se me dormían los brazos; tuve que salir varias veces a desentumecerme, hasta que el viento cortante me volvía otra vez a la cruz, a los cirios y al símbolo de la muerte.

Nunca vi salir el sol con más alegría. Apenas alumbró la tierra me lancé fuera y, ¡tremenda sorpresa!, a menos de cien metros había un campamento formado por chozas de madera. Era el de los sobrereros que arreglaban el camino. La nieve me había impedido divisarlo. De allí me vino un rumor de voces y un hilo de humo me indicó que hacían fuego. ¡Fuego! Esta idea me hizo correr, aterido.

Un grupo de hombres y mujeres se entretenían terminando de arreglarse, sacando agua y char-



Itinerario que desde Olmos a Cuzco, en el Perú, recorre nuestro compatriota en este cuarto capítulo que ofrecemos a nuestros lectores



La huella de España en el Perú aparece por todas las partes, y un ejemplo revelador es este patio de sabor andaluz

lando. Quedaron mudos al ver semejante aparecido a aquellas tempranas horas por lugar tan solitario. Se recuperaron de su asombro para sostenerme, pues las fuerzas me faltaban. Bebí ron y café. Me hicieron acostar bajo una muralla de mantas, mientras varios, en un camión, iban a buscar la moto.

Cuando desperté una mujer, maternal y sonriente, me trajo tortas y leche. La hospitalidad de aquellas gentes, sus atenciones nacidas del corazón, sus rústicas moradas, tenían algo de estampita bíblica, que nunca podré olvidar...

Ya repuesto pude continuar el viaje. Al accidentado camino sucedió pronto una ancha carretera, entre arena y mar. Pasé Chala, Camana, bonitos pueblos donde todo el mundo me atendió estupidamente, y así llegué a la hermosa y legendaria ciudad de Arequipa...

EL INACCESIBLE CAMINO DE CUZCO

Quería ir a Cuzco en moto, como es natural. Cuando pregunté el camino me miraron con sorpresa y me dijeron que era imposible. Me dirigí a la Policía, que me aconsejó lo mismo: no intentar semejante locura.

Llovía; es decir, diluviaba. Yo emprendí el camino, en contra de todas las advertencias. Fué un día entero de inútiles esfuerzos. De él me queda el recuerdo de un paisaje de montañas inmensas, sobrecogedoras; el paso de rebaños de vicuñas, de llamas y corderos, y aquellos indios impenetrables que avanzaban bajo la tormenta. Aquello era un desierto alucinante, oscurecido por las nubes y los altos picachos, donde resonaba el trueno. Mientras tanto yo me hundía en más de dos palmos de barro pegajoso.

Todo el camino hacia adelante era así. Hay cosas imposibles para el hombre; una de ellas, continuar en aquellas condiciones, pues la moto se negó en redondo. Y tuve que volverme atrás...

AL FIN, EN CUZCO. EMPRESA DE LOCOS O DE DIOSES

Cambié a la «Harley» por el tren. Fué la única vez en todo mi viaje, pero yo no podía pasar adelante sin visitar Cuzco. Aquel paisaje me daba la idea como si la tierra se hubiera arrugado en aquellos parajes por capricho de un gigante. Pliegues y hendiduras, picos y abismos—estremecimiento geológico—llenaban mis ojos asombrados.

Y en lo alto, Cuzco, como el rido de un águila oscura, de un águila imperial. La última estrofa del épico canto incaico está escrita en sus oscuras piedras, en sus extraños monumentos. Lo contemplaba yo todo con admiración y orgullo. Un grupo de hombres de mi misma sangre se habían hecho dueños de tanta grandeza. Hombres letrados y rudos, místicos o guerreros; en la empresa se habían confundido, y así Colombia la creó un poeta y Perú un humilde pastor... Yo quisiera a mi lado, aquí, a mis camaradas de Riaño, de Covaleda, de El Escorial, recorriendo a lo largo y a lo ancho la historia de España. Para que vieran sobre la tierra viva, en el dolor de cada día, lo que costó aquel Imperio. Un grupo de hombres dominando este dilatado mundo es un milagro que la mente aun no acierta a comprender. Todas las corporales flaquezas debieron de-

jarlas a la orilla del mar. La fatiga, la sed, el miedo... Un grupo de hombres para dominar a los diez millones con que contaba el pueblo incaico. Para conocer a España hay que verla desde aquí, desde esta atalaya de Cuzco, y contemplarla desplegándose como un abanico por todo el continente americano. Hoy el abanico se ha cerrado, pero en estas tierras quedará aire de España, sangre y silencio hasta la eternidad.

Ninguna otra raza más que la nuestra hubiera podido sobrevivir en la titánica empresa de la conquista. Porque el español se crece, se multiplica ante el peligro de prodigiosa manera. Pensaba yo en Cuzco sobre todas estas cosas. El orgullo de raza no me caía en el cuerpo; tenía como el más alto honor ser her-



Templo de San Francisco en Lima, de gran belleza arquitectónica



Una vista de la plaza de Armas, con la catedral, en la capital del Perú

mano de sangre, ser español, como los conquistadores.

Y UNA JORNADA ALGO DRAMÁTICA

En este estado de ánimo entré en un restaurante a comer. Me distraían aún mis pensamientos cuando oí a la espalda unas frases, pronunciadas en mal español, que me sonaron como latigazos.

—Sí, es una lástima que los españoles saqueasen el oro y la plata de este magnífico pueblo sin ninguna consideración...

Otra voz asintió.

Me volví, ciego por la indignación. En la mesa contigua había un clásico turista inglés. El que había hablado era un mulato brasileño, un escritorzuelo que andaba recogiendo datos para escribir un libro. Faltó muy poco para que aquella noche pusiera la palabra *fin*. Dominándome, me dirigí a él:

—Levántese—le dije—. No acostumbro a matar a ningún sapo que esté sentado.

Me miró asombrado, no sé si porque no entendía el español muy bien o porque no creía mis palabras. Lo levanté yo por las solapas y le asesté un golpe tan

fuerte que fué a caer como un guñapo, derribando las sillas. Creo que le hubiera machacado con una de ellas si su amigo—que a pesar de ser inglés olvidó los prejuicios de su raza—no se hubiera abalanzado a defender al mulato. Me agarró por el cuello y tuve que soltar la silla para apretar su gaznate y lanzarle una buena serie de golpes, no sujetos a ningún reglamento. A los pocos instantes hacía compañía al brasileño. Entonces fué cuando los asistentes, prudentes en un principio, se lanzaron a sujetarme. Hicieron bien, porque yo estaba

ciego por la ira, por la injusticia que había escuchado. Los asistentes querían tranquilizarme; llegó la Policía, los dos hombres seguían en el suelo, pero empezaban ya a incorporarse. La Policía me permitió hablar y explicarme. Me encaré con el inglés y a voz en grito le solté:

—Puede ser que sea verdad que los españoles nos hayamos llevado de estas tierras oro y plata, pero vinimos aquí a buscarlo, jugándonos la cara, dejando, en cambio, una sangre nueva, una cultura y una fe... ¡No hemos hecho como vosotros, que con trampas, engaños y saqueando nuestros galeones nos lo robasteis! Nosotros hemos dado origen a pueblos nuevos. Este pueblo peruano ha nacido de nuestro dolor y de nuestra sangre... ¡Eso es lo que os da rabia a vosotros: que en Perú se hable una lengua que no es la inglesa! Pero ni un solo inglés nos hubiera acompañado en la empresa..., ¡costaba demasiado! Y si hubiera venido... hubiera dejado bancas a su favor, esclavos y todo sería aún colonia de vuestro Imperio.

Le grité aún cosas peores que aquí no pueden escribirse. Me estaba doliendo hasta Gibraltar demasiado en aquel instante.

El mulato entonces, envalentonado porque yo estaba sujeto y la Policía pronta a defenderlo, exclamó:

—Pero España no respetó los templos incas; edificó iglesias encima de tan hermosos monumentos...

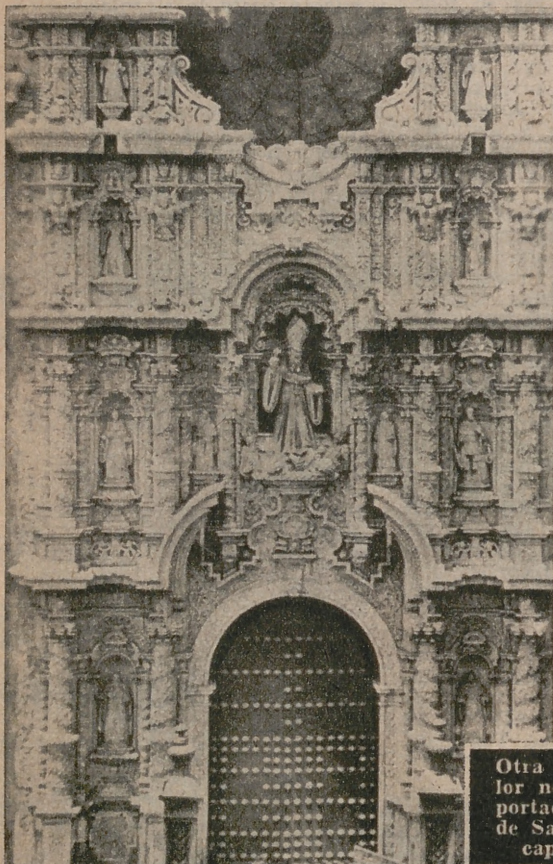
—Todo lo hermosos que tú quieras, pero no lo dirías tan alto si estuvieras tú sobre la piedra de los sacrificios con el cuchillo al cuello para degollarte... Muchos españoles murieron así, muchas víctimas inocentes han perecido de ese modo, y la mejor manera de venerar su recuerdo era edificar sobre las sangrientas rocas un templo al Dios verdadero... ¡Sí! Nos llevamos oro, pero les dejamos mucho más, lo que no se paga con dinero... Pero contigo—añadí con desprecio—yo no tengo por qué hablar ni tienes derecho a opinar, porque en aquellos tiempos tus antepasados no estaban aquí, sino en una salvaje tribu africana...

Ya era bastante. Entre los concurrentes corrió un rumor de aprobación. Muchos de ellos tenían tanto de sangre india como española, y podían juzgar mejor que nadie si lo que decía era verdad. Hasta los policías aprobaron en silencio. Sin dejar replicar a mis dos enemigos, cortésmente me hicieron salir. Salí triunfalmente, mientras el mulato y el inglés se frotaban el rostro dolorido. Creo que no olvidarán tan fácilmente esta lección de historia...

Cuando el tren me llevaba de regreso iba yo pensando que a España le ha tocado siempre la misma suerte. La envidia nos ha cercado desde siglos. Pero la envidia sólo se siente por lo grande y lo fuerte, por lo que es superior. Afortunadamente, España nunca ha tenido envidia de nadie...

Arturo MATEOS

(Continuará.)



Otra estampa de valor notabilísimo es la portada de la iglesia de San Agustín, en la capital del Perú

EARED



GIBRALTAR Y TANGER DESDE OTRO ANGULO

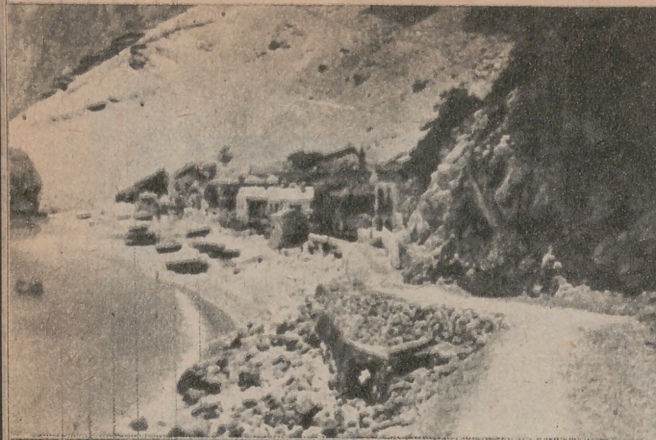
EN aquella época, Madrid no hablaba de Gibraltar, y Tánger fué remoto y raro sitio al que llegaban los yates ingleses y los «paquetes» italianos con nombres de princesas niñas. En esos barcos, entonces inmensos, a los que la marina-ría de puerto y potala puso tal rótulo, viajaban los turistas que después se lanzaron sobre el au- tomóvil para recorrer los países por el interior; entonces las gentes medias, ridículas y críticas, sólo iban a los puertos mediterráneos y pretendían comparar sus ciudades de origen con las visita- das. Es como si un vecino de la Puerta del Sol hablara desde su punto ciudadano de la plaza Mayor de Madrudejos, cuyo encanto se le escurre lamentablemente.

Los señores de Madrid, sentados en el Congreso y en el Senado, no querían oír nada que se refiriera a Gibraltar o a Tánger. Ellos, sus padres o sus abuelos habían firmado los tratados, y la Gran Bretaña tenía unos barcos y unos consu- les de carácter agrio y resoluciones prontas. El problema lo guardaban en el corazón, sin atrever- se ni a llorarlo. Pero los que vivíamos frente al Peñón lo teníamos delante. En el pueblo, tan gra- to y adormecido, con un muelle de madera que era inglés, un ferrocarril a Bobadilla, más in- glés que el gordinflón Eduardo, cuyos retratos se vendían en La Línea en postales iluminadas con escarchas plateadas en las condecoraciones, y unos barcos de ruedas que se llamaban «Aline» y otros nombrecillos femeninos británicos, en el pueblo se mascullaban rencores. En lo alto de la Chorrera, que es una sierrecita morena y calien- te, había unos cañones desmontados, porque a los del Peñón no les gustaban más que los suyos, y en la isla Verde un cabo y dos artilleros se abu- rriaban con el farista más modesto del escalafón, ante la mella de las troneras vacías. También en el pueblo había gentes muy conformes con estas



Una vista de la playa de Tánger, una de las más frecuentadas por el turismo mundial

cosas. Gibraltar derramaba por los montes de Ca- sares hasta las honduras de Ronda el contraba- do, y así la vida tenía cierto encanto. Se traba- jaba poco, ganándose más. En ningún lugar del mundo existían aquellas tiendecillas oscuras del pueblo, con seis canecos polvorientos de ginebra para disimular un tanto. Las jaramperas iban y venían, y treinta logias masonicas ponían a las claras sus casetas los días de feria, tan conten- tos los «hermanos». Luego estaban los obreros que



La Caleta de Gibraltar es un pequeño lugar de pescadores situado en el interior de la bahía del Catalán

todas las mañanas iban a Gibraltar a ganarse un jornal pequeñín, compensado con lo que se les autorizaba a traer de la plaza inglesa: el tabaco, azúcar, pan, café y alguna tela de seda blanca para camisolines de los señoritos.

Algún jefe de Carabineros o de la Arrendataría de Tabacos, perturbada esta apacible vida, pero entonces se decía que era germanófilo, hasta que le trasladaban por malhumorado e impolítico. Y todo continuaba igual. En la que llamábamos plaza Alta había una columna sin nada encima. Era un monumento inconcluso y feo y se decía que iban a poner allí la arrogante figura en bronce del primero que no pasara contrabando de cuantos nacieron, vivían o visitaban el pueblo. Era una broma de los bromistas que andaban el callejón del Muro y sus lugares de perdición.

A los que más fastidiaba el Peñón era a los chicos. Como a los gatos, nos enervaban los reflectores, que se pasaban las noches escudriñando nuestros rincones; como salvajes negábamos beligerancia a los que se ponían un «salacof» o cualquier otra prenda colonial, y nos liábamos a trompazos con los otros crios, los pediguñeos que se iban detrás de los ingleses pidiéndoles un «money». La cosa tenía su razón. Nosotros éramos los dueños del pueblo y su término municipal; algunos por vigilar el foque del falucho, jalar del rezon o amistad, hacíamos el viaje a Gibraltar con las mujeresucas de la jarampa, y en Gibraltar nos daban un cartoncito, reseñándonos, y sentíamos los ojos del centinela desde el monte. Ya teníamos en el ánimo un par de cursos del bachillerato y sabíamos ciertas cosas. Hasta sabíamos que aquel escudo en piedra gris, con sus águilas, era el de un hijo de Isabej la Católica. Y los señores ingleses nos roían la conciencia.

En las calles de Gibraltar los guardias, vestidos como en Londres, hablaban el mejor gaditano de la raya de Málaga; todo estaba escrito en castellano para que lo entendieran los ingleses, y los indios, los moros y los malteses, súbditos de S. M. británica, en cuanto tenían dos perras se alquilaban una casa en el Chorruelo, que era el mejor lugar de nuestro pueblo. Los judíos, no, pero nos reíamos de sus levitas y sabíamos que ellos daban a los faluchos lo que era menester para alijar en cualquier cala del Saladillo a Barbate. Lo que nos avinagraba el humor era aquella ceremonia de cerrar las puertas con música y el cañonazo de las ocho de la noche, que debía cogerlos en el muelle, para evitarnos líos. Ellos se

estaban en nuestro pueblo hasta que les daba la gana, y a veces se colaban en nuestra casa y subían a la azotea para contemplar la bahía con una sonrisa que nos ponía ariscos delante de la escalera. No comprendíamos cómo Madrid no se ocupaba de estas cosas, y así fermentaba el rencor, que ahora dicen que es cosa de unos pocos.

Tánger era otra cuestión. Cuando yo tenía nueve años una mañana mi padre me levantó de la cama para llevarme al moro. Fuimos a Ceuta en un barquito afilado que se llamaba «Virgen de Africa» y allí nos montamos en unos caballos atiborrados de papelotes y buen humor. Con tres indígenas delante y otro en la retaguardia comenzamos a andar por los sitios que fué Prim. Mi padre me contaba a media voz, para no ofender a nuestros acompañantes, todo lo que hicieran los españoles y cómo a los moros les ayudaban los ingleses hasta convertir la victoria en lo que resultó. En Tetuán había dos frailes y un cónsul. Estuvimos una semana y recuerdo que en la puerta de la ciudad había unas cabezas renegridas clavadas en garfios. No me parecieron entonces de verdad, pero me dieron idea del lugar en que vivíamos. Así estuve por primera vez en Marruecos meses antes de lo del Barranco del Lobo.

Tánger lo conocí después. Y luego. Dentro del Protectorado era su perturbación. Conocí la «Villa Harry» y a muchos que engordaban también con las penas de España. Y como en Gibraltar, siempre me enfurecieron las aduanas, que aquí hablaban francés y no querían entender otra cosa, aunque después para jugar al chanelo lo hacían en castellano aquellos aduaneros. Ningún morito de los que ofrecen al estúpido aventuras a lo Pierre Loti emplea más que nuestro idioma, y todo respira español, menos en ciertos lugares oficiales. Continuamente después he ido por allí, y el convencimiento infantil se aseguró, naturalmente. De chico no supe por qué tenía que encontrarme a gentes extranjeras en los lugares que eran españoles. Presentí que algo hacían que no era beneficioso para nosotros. Con ese concepto claro y sencillo de la infancia sabía que lo indudable era que me fastidiaban. Aquellas gentes distintas, herméticas, que se movían como dueñas de la tierra, limitaban mi alegría. En Gibraltar y en Tánger, que eran como míos, no estaba a gusto. Cuando la curiosidad me llevaba a un sitio aparecía el soldado para lanzarme. Y lo hacía en otra lengua y con otro ademán diferente al para mí habitual. Era humillante. Luego, ellos llegaban a mi pueblo y nadie les decía nada. Comparaba, y la rabieta dejaba su poso.

Hacia las preguntas naturales y mis mayores explicaban el caso con medias palabras, en las que entendía que aquello no era conforme a la marcha natural de las cosas, pero que por el pronto no tenía remedio.

La generación de los chicos del pueblo creció con esta rabieta. Y fuimos soldados. El año 21 éramos soldados y nos llevaron a Marruecos. Gibraltar estaba delante, negociador y con sus características. Tánger, con sus aduaneros, que no hablaban castellano. Y delante la lucha, alimentada por algunos. El día que el cabecilla atacó Fez bebimos a la salud de Francia.

Después vino la guerra última, y ya éramos marroqueses. Tánger iba a convertirse en un centio de discordia, y los soldados españoles y las fuerzas jafifianas le llevaron la paz. Otro paso más en los años, y España, aislada y con hambre, dió abundancia a Tánger. Comimos allí un pan que ya quisieran los españoles. Desde dentro y detrás de las cortaduras de influencia venían a por el los protegidos de Francia.

Todo esto es lo que ha levantado el espíritu de mi generación hacia los viejos problemas de Gibraltar y de Tánger. No es cosa de un partido político ni bandera de un grupo, como dicen, sino de todos los españoles que no tienen nada que ver con aquellos que tenían a los barcos y a los cónsules ingleses. Se ha hecho carne la cuestión que nunca se cicatrizó del todo. O que, cicatrizada, en la huella estaba el rencor de la herida.

Que no se puede lograr por la brava lo sabemos bien. Pero que un día... ¡vamos!, eso es viejo, como dicen en el pueblo, ya no tan adormecido en la blanda bahía y sin aquellas casetas durante la feria, para que los «hermanos» contritornizaran levantándose de las sillas de paja al entrar el «grado» con domicilio enfrente.

Luis DE ARMINAN

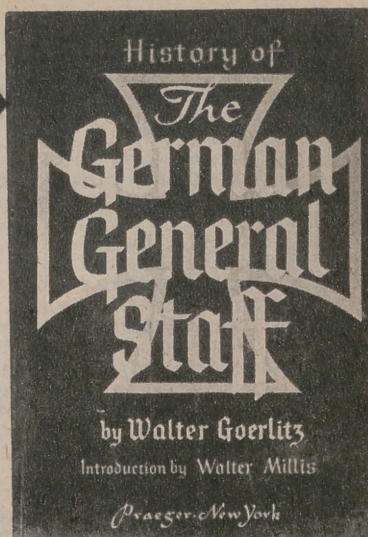
Una vieja estampa de Gibraltar desde la bahía



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

HISTORIA DEL ESTADO MAYOR ALEMÁN

Por Walter GOERLITZ



A partir de la Revolución Francesa, la irrupción de las masas populares en los ejércitos y el progreso técnico hicieron posible la movilización, el abastecimiento, el despliegue y la maniobra de fuerzas militares en una escala hasta entonces insospechada. Un nuevo fundamento ideológico y un perfeccionado aparato técnico permitían lanzar a la batalla la totalidad de las energías nacionales.

En el libro de Walter Goerlitz, que hoy presentamos a los lectores de EL ESPAÑOL, vemos la solución que dió el Estado Mayor alemán al problema de cómo habían de ser controladas esas fuerzas tremendas, cómo había que mandarlas, cómo, en fin, habían de ser adscritas a los fines políticos y sociales del Estado al que servían.

La «Historia del Estado Mayor alemán» ha sido editada últimamente en los Estados Unidos. El traductor que hizo la versión inglesa —de la que nos hemos servido— advierte que ha suprimido trozos demasiado farragosos o alusiones difícilmente comprensibles para lectores que no fuesen alemanes. Nosotros, al hacer el resumen, tenemos que prescindir de toda la riqueza minuciosa del relato histórico para centrarnos en la valoración de hombres, hechos y épocas que dan la clave de la interpretación del tema. Solo excepcionalmente referimos una cuestión de detalle, porque afecta directamente a nuestra política y confirma una vez más que, como en tantos otros aspectos providenciales de su vida, en las relaciones internacionales el Caudillo Franco sabe llevar a cabo las negociaciones con maestría sin igual.

«History of the German General Staff»: Walter Goerlitz.—Editorial Praeger, 1953. Nueva York. 508 páginas.

LOS COMIENZOS

El Estado Mayor prusiano es el producto de una fase específica del desenvolvimiento histórico europeo. Surgió de la combinación de la monarquía absoluta con los ejércitos permanentes que fueron un fenómeno típico después de la Guerra de los Treinta Años.

La dirección de la guerra va quedando cada vez más en manos de especialistas. Este proceso, que se acelera con el progreso técnico del siglo XIX, tiene sus orígenes en las guerras de la Revolución Francesa. Es un proceso de despersonalización en el que imprime claramente su impronta el espíritu de la edad de las masas. Dos influencias vivamente contrapuestas han venido, pues, a formar el carácter del Estado Mayor alemán: la sociedad de rígidos estamentos feudales de la vieja Prusia y el nuevo nacionalismo de la Revolución Francesa. Al gran reformador Scharnhorst le incumbió la tarea de hacer una síntesis de estos dos elementos contradictorios y reconciliar lo nuevo con lo viejo.

GNEISENAU

Al empezar la última guerra contra Napoleón se encontraba al frente del Estado Mayor prusiano

August Wilhelm von Gneisenau. Los oficiales que componían este organismo estaban cambiando por completo el aspecto del Ejército. Gneisenau desarrolló deliberadamente el concepto de la responsabilidad conjunta de los jefes de Estado Mayor por cualquier decisión que pudiese tomar el comandante del Ejército. Creó igualmente la técnica típicamente prusiana en la forma de dar órdenes, con su insistencia en la claridad, perfección de forma y certidumbre de la comunicación. También creó el sistema de directrices generales, que dejaban al mando subordinado campo suficiente para la iniciativa individual y para la acción independiente. Bajo su dirección, el Estado Mayor se convirtió en un soberbio instrumento de dirección, aun cuando todavía no estaba bien definida su situación constitucional y funcional.

EL FILOSOFO DE LA GUERRA

Siendo Müffling jefe del Estado Mayor, escribió Clausewitz su clásica obra «De la guerra», que había de orientar el pensamiento de los intelectuales del Estado Mayor durante más de cien años.

Con su negativa a limitar los medios —decía Clausewitz— este acto humano esencial que es la guerra se va aproximando cada vez más a su verdadera naturaleza y a su absoluta perfección. La estrategia y la táctica están determinadas siempre por el carácter de una época histórica. Los nuevos tiempos exigían una nueva forma de guerra. Ahora ya no se trataba de ganar una fortaleza o una provincia, como en las guerras dinásticas. Los pueblos luchan por su derecho a la vida misma. Por eso —argüía— la esencia de la moderna dirección de la guerra consiste en lograr una decisión por el medio más rápido y despiadado.

Esta fué la revolución prusiana de la guerra. La guerra del siglo XIX se convirtió en una lucha de decisión y aniquilamiento.

Sin embargo, para Clausewitz el terror no puede ser nunca un fin en sí mismo. Era contemporáneo de Hegel y, aunque nada prueba una influencia directa de éste, no cabe duda que ambos respiraban un mismo ambiente. Clausewitz pensaba también en el Estado como un superindividuo que se revelaba en el acontecer histórico. Para el oficial prusiano, la realidad esencial no es el pueblo, sino el Estado. La política es la inteligencia de los diversos Estados y el resultado de su interacción es la manifestación del pensamiento divino. De aquí su famosa conclusión: «La guerra es la continuación de la política por otros medios».

Esto lleva implícita la idea de que un día puede llegar a ser superfluo este último instrumento de la política: una vez allanado el camino de la justicia, podrá establecerse un orden duradero para la comunidad de los pueblos. Mientras no se haya logrado esto, el soñar con una paz perpetua representaría un pecado contra el orden divino en los asuntos humanos. La guerra seguirá siendo para los pueblos su «última razón».

EL HOMBRE DEL SILENCIO

Von Manteuffel había conseguido supremacía sobre el Estado Mayor para el Gabinete Militar del Rey. Resulta, pues, curioso que fuese él mismo quien propusiera para la Jefatura del Estado Ma-

yor a Helmut Karl von Moltke, el hombre silencioso y eficaz que había de invertir definitivamente los términos.

Después de la victoria sobre Austria en Königgrätz —una perfecta batalla de cerco— el nombre de Von Moltke fué conocido en toda Europa. Cuando terminó la batalla de Sedán, en la que fué cercado y obligado a la rendición el ejército que mandaba el mismo Napoleón III, Moltke y sus colaboradores del Estado Mayor prusiano fueron considerados por los militares como semidioses.

Moltke halló un obstáculo infranqueable para la aplicación de sus doctrinas de guerra ilimitada en la persona del propio Bismarck. Por otra parte, la guerra popular que desencadenó en Francia León Gambetta contra el invasor hizo tambalearse a Von Moltke en sus convicciones. «Es un error —escribía a su hermano Adolf— lanzar a un pueblo contra otro. No es progreso, sino la vuelta a la barbarie.» Moltke se enfrentaba con los preludios de la que había de ser la guerra del futuro, a la que él mismo había preparado el camino. Una generación más tarde, Ludendorff consideraba que la guerra de 1870, con sus batallas clásicas, no había sido una guerra de verdad.

Mientras tanto, en la mente de los hombres, al Estado Mayor alemán se le veía rodeado de un nimbo de invencibilidad. La extrema reserva que sus oficiales mostraban contribuía a fomentar esa impresión. Se forjó así una verdadera leyenda, como si dispusiese de una oscura fuerza, más que humana.

Mientras en todo el mundo se procuraba copiar el modelo del Estado Mayor alemán, en Prusia, una orden del Gabinete, en 1883, aseguraba a su jefe el derecho al «*Immediatvortrag*», o sea el acceso directo al Jefe del Estado y comandante de las Fuerzas Armadas, incluso en tiempos de paz.

WALDERSEE

Lo esencial de la organización militar se había mantenido sin alteración durante cien años, y, en cambio, las circunstancias de la vida no. En la estructura económico-social se habían producido grandes modificaciones. Un hombre de genio habría introducido grandes reformas en el aparato militar. Pero el sucesor de Von Moltke, Waldersee, no lo era, aunque estaba dotado de inteligencia y energía. Para él, la reforma del Ejército era una simple cuestión de números. Ni siquiera mostraba interés por las grandes innovaciones técnicas que se estaban produciendo. El valor y la disciplina habían dado a Prusia sus victorias y lo importante era tener más soldados. Parecía creer firmemente que Dios está al lado de los batallones grandes.

Waldersee compartía la convicción de Bismarck de que el sufragio universal era una especie de cáncer y se pasó la vida esperando el momento de asestar un golpe de Estado que barriese a los liberales. No lo pudo hacer por la oposición de su Soberano, contra cuyo criterio resultaba inconcebible la rebeldía para un oficial prusiano, ligado por un solemne juramento.

EL PLAN MAESTRO

El creador de la Reichswehr, general Von Seeckt, señaló repetidamente que la tarea del Estado Mayor no consistía en producir genios, sino que debía concentrarse en la preparación de hombres corrientes capaces de dar pruebas de eficacia y sentido común. Su ideal era una situación en la que un oficial de Estado Mayor pudiese en cualquier momento sustituir a otro, aplicando los mismos principios. Quería que la identidad de la preparación diese por resultado la unificación del tipo. Esto imponía a sus hombres las limitaciones características del técnico. Semejante tendencia se afianzó aún más con el nombramiento del conde Schlieffen como jefe del Estado Mayor.

Enfrentado ya con el clásico problema de que, en cualquier guerra, Alemania tendría que luchar en dos frentes, Schlieffen se preocupó de estudiar y aprovechar todos los medios existentes para resolver este problema militar. En el año 1905 surgió el plan que lleva su nombre y que había de hacerse famoso en la Historia. Consistía, en términos generales, en una gran fuerza que ejecutase un movimiento envolvente a través de Bélgica, girando sobre el pivote de Metz, para alcanzar la cuenca del Sena y arrojar al enemigo occidental hacia la frontera suiza, sin que le pudiesen servir de nada sus fortificaciones. Mientras tanto, una débil fuerza cubriría las fronteras del Este.

No alcanzó Schlieffen a ver su plan puesto en

práctica; pero si se tiene en cuenta lo excelente que era el Ejército imperial alemán en 1914, no cabe duda de que habría hecho morder el polvo rápidamente a los franceses si hubiese sido ejecutado por un hombre, por ejemplo, de la energía brutal de Ludendorff.

Schlieffen previó acertadamente el aspecto técnico de las futuras guerras. Pero hasta su muerte, en 1912, su pensamiento estuvo viciado por la errónea creencia de que, por necesidad económica, la guerra sería muy breve. Y una sola batalla gigante traería la decisión. Este error habría de provocar la tragedia de Alemania en la guerra de 1914 y abrir el camino para la segunda catástrofe mundial.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Gran parte de los principios elaborados por el Estado Mayor alemán en el devenir histórico han quedado definitivamente plasmados en el pensamiento militar de todas las grandes potencias. Las tradiciones de absoluto divorcio entre lo militar y las cuestiones políticas, la minuciosa preparación de proyectos para cualquier eventualidad militar posible, el anonimato corporativo en la planificación y el mando unido al más alto nivel de competencia individual y responsabilidad dentro de la corporación, el más rígido código moral e intelectual y la devoción al Soberano y al Estado cuajaron merced al Estado Mayor alemán en el siglo XIX como la solución básica de los problemas del mando militar en la sociedad moderna.

En el período anterior a Hitler, después de la catástrofe de la guerra, el Estado Mayor subsistió pese a la prohibición del Tratado de Versalles bajo el nombre de «*Truppenamt*» (Oficina de Tropas). A partir de entonces, la historia del Estado Mayor alemán es la historia de Hindenburg, Seeckt, Schleicher, Beck, Blomberg, Halder, Rundstedt, Keitel, Guderian, Jodl y otros hombres eminentes, sin omitir al brillante Von Stauffenberg, que organizó la conspiración de julio de 1944, en la que perdió la vida al fracasar trágicamente su plan para librar a Alemania de las locuras de Hitler.

Es poco conocida la historia moderna de este organismo. El Estado Mayor no fué destruido por el Tratado de Versalles, pero sí lo fué por Hitler. El Führer creó el Oberkommando der Wehrmacht bajo la dirección de Keitel, con su propio Estado Mayor a las órdenes de Jodl. Las diferencias de opinión y de fines entre el mando supremo del Ejército y el Estado Mayor se hicieron de extrema agudeza. Durante mucho tiempo todos los planes preparados por el Estado Mayor a petición de Hitler entrañaban un plan contrario que le privaba de eficacia. Estos planes contrarios nunca fueron puestos en práctica hasta es atentado de julio de 1944, pero resulta asombroso el gran número de conspiraciones en las que participaron los oficiales formados en la vieja tradición de fidelidad al juramento del Estado Mayor alemán.

HITLER Y FRANCO

Hitler, en el mes de octubre de 1940, se entrevistó con Franco y su Ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, en la frontera de Hendaya. Los españoles demostraron ser fríos realistas. A Franco no le hicieron la menor impresión las características arengas inflamadas de Hitler y mostró un terrible apetito por hechos concretos y no palabras. La discusión que empezó en Hendaya continuó durante meses. Después, Hitler dijo que prefería que le sacasen varias muelas antes que tener que negociar de nuevo con Franco. Sin embargo, Hitler no abandonó la idea de lograr la ayuda de Franco para su empresa contra Gibraltar, y con este fin ordenó la fabricación de nuevos cañones gigantes de 60 cm. de calibre.

El día 12 de noviembre se envió la «Directriz número 18», respecto a la operación «Félix» (España) e «Isabel» (Portugal). Preveía la conquista de Gibraltar por tropas alemanas con artillería pesada, y, si así se creía conveniente, la ocupación de Portugal, que proporcionaría bases submarinas muy útiles. Igualmente se estudió la ocupación de las islas portuguesas de Cabo Verde, Madeira y Azores y se preparó la defensa de las islas Canarias, pertenecientes a España.

Reichenau estaría encargado de dirigir las operaciones y el almirante Canaris fué enviado a Madrid, donde tenía muchos amigos.

España concentró tropas en los Pirineos en previsión de un posible ataque alemán. En el mes de diciembre Hitler abandonó finalmente la operación «Félix» porque vio claramente que no podía contar con el apoyo español.



ERA una trocha para las patas del diablo. El caballo a veces resbalaba en las guijas y el jinete iba un trecho rozando el tojo que flanqueaba el atajo. Siguiendo hacia arriba la escarpadura del monte se veía un espesor de pinos temblones, nevados de palor lunar. Por abajo, ya tierra de labranza, se escalonaban los viñedos, densos de clara fronda estival. Un río que macheteaba los mazaizales salmodiaba, allá lejos, apagadamente.

En un recodo del sendero, calvo de maleza, Senén el Rouco detuvo la bestia y, sin descabalgár, lió un pitillo en un hoja de panocha. Dió dos golpes de eslabón al pedernal del yesquero y el ruido puso en fuga a un mochuelo que velaba en la copa de un roble. Sobre la cabeza del Rouco, el vuelo pesado y bajo del pájaro hizo un signo oscuro.

La tierra se estremecía con una honda crepitación unánime. Subía del terrazgo un vaho saludable, entreverado y tibio.

El Rouco recogió las riendas y la bestia bajó lentamente una rampa quebrada. Ya en el llano picó espuelas y la caballería se puso al trote. La montura de cuero reseco crujía bajo la presión de las piernas poderosas del Rouco.

En la explanada albeaban las tapias del camposanto, paredaño a la iglesia. Corría un aire levisimo, que le sacaba un fino son apagado al bronce de la campana inmóvil. Los cipreses estiraban su sombra en las losas del atrio.

Cuando pasó frente al cementerio, el Rouco se quitó el sombrero y devotamente, juntas ambas manos, rezó a las benditas ánimas.

El caserío próximo aparecía como una masa tenebrosa, esquinada de perfiles contra la claridad del cielo. Rompiendo aquella tiniebla se redondeaban en las eras los almiarés, que parecían casi blancos.

Ya sobre la carretera, que corría a un costado del poblado, el Rouco desmontó y se metió por la cuneta para evitar que el choque de los cascos de la bestia en los pedruscos de la carretera le delatase. Guñó una linterna de aceite en un corral y Senén el Rouco se detuvo, encorvado, ocultándose al amparo de un muro. Se oyó descorrer el pasador de madera de la puerta de un establo y la luz desapareció. El Rouco volvió a la marcha, siempre por la cuneta, que a trechos estaba encharcada a causa de las aguas corridas del riego de las fincas linderas.

Senén el Rouco salió de nuevo a la carretera

cuando ya había andado cosa de media legua y se paró frente a una casa de planta baja, muy encalada de paredes, que destacaba una gran chimenea negra sobre el rojo tejado de doble vertiente.

El Rouco dió una vuelta alrededor de la casa, pegando el ojo a las rendijas de puertas y ventanas. Estaba todo apagado, pero del interior venía un sordo rumor de juerga.

Senén sacó la escopeta de una alforja de la bestia y con la culata dió un par de golpes secos a una puerta. Esperó unos minutos y la golpeó de nuevo como para derribarla. Desde adentro, una voz hendida y soliviantada preguntó:

—¿Quién rayos va a estas horas?

El Rouco, con los dientes apretados, mandó:

—Abre.

El que estaba por dentro, con rabiosa zumba, aventuró:

—Debes de ser de la curia, por las prisas.

Acercando mucho los labios al ojo de la cerradura, el Rouco dió el santo y seña:

—Animas.

Saltaron las dos trancas de hierro, rechinó la cerradura y se abrió una hoja de la puerta. El Rouco casi derribó de un empujón al que estaba dentro.

—Eres más bestia que esa que dejo fuera. Santo y seña y fe de notario te he de dar otra vez para que me abras, galán. Pero ha de ser con ésta—y señaló a la escopeta, que llevaba terciada en el brazo izquierdo.

El otro, dando un escandaloso tufo a aguardiente, se disculpó:

—Vostede mismo, mi amo, me dió la orden de que no le abriese a nadie sin la seña por delante.

—¿Y cuándo vas a saber que el que hace la ley no la cumple?

—Disculpe, santo.

Un candel de petróleo, que ardía sobre el mostrador de madera de pino desnuda, apestaba el ambiente.

Era un local pequeño, rectangular, de piso terri-zo y techo bajo, del que pendían hojas de bacalao, madejas de cuerda de esparto y racimos de uvas mustias, que las arañas habían convertido en muestrario de su artesanía.

Encima de una mesa había una jarra de porcelana blanca lagrimeada de tinto y un naípe en desorden. El Rouco reunió la baraja y la estuvo peinando durante un instante. La volvió a dejar

encima de la mesa y después habló, calmadamente:

—Tengo prohibidas aquí, entre mi gente, dos cosas: barajas y mujeres. Soy perro viejo y sé que las faldas y la flor del naípe traen la discordia.

Caían estas palabras sobre un jaleo de milonga que venía de la bodega. Era un murmullo opaco, un rumor mezclado y ronco. El Rouco aguzó el oído y distinguió una voz de mujer.

—Está bien, hermano. Hay zorra en la espelunca. Fiesta mayor.

Sacó un vergajo que llevaba enroscado a la cintura y lo hizo silbar en el aire. Sentenció:

—Hoy, para que no vuelvas a olvidarlas, te escribiré mis órdenes en los lomos.

El otro se hincó de rodillas en el suelo. Tenía, humillado y lacrimoso, ese aire dramático de los penitentes que en los pueblos van de hinojos siguiendo los «pasos» en las procesiones. Se disculpó, empavorecido:

—Mía no fué la culpa, patrón. Por estas cruces que no fué mía la culpa. Bien les dije que vostede tiene el aire contrario a estas farras, pero no me hicieron caso. ¿Qué había de hacer, mi amo?

—Dejarte matar antes de alcahuetearlos. Te pago para que me sirvas.

El borracho, sollozando, besaba la tierra. Senén el Rouco bajó hasta la bodega por una escalera fija, de travesaños al aire. Sin descender el último peldaño, estuvo contemplando la escena sin que los juerguistas advirtiesen su presencia.

En el techo, colgada de una alcayata, penduleaba una lámpara de acetileno, cuya luz azulencía recortaba agriamente el perfil de los reunidos. De espaldas a Senén el Rouco había tres hombres, sentados en un largo banco sin respaldo. Con movimientos de la cabeza seguían el compás a una moza que, muy arremangada de faldas, bailaba encima de una mesa. En otro banco, que estaba pegado a la pared, dormía, boca abajo, otro de la partida.

La moza bailaba anárquicamente, con estilo inclusero, pero con mucho meneo de las ancas. Era alta y abultada de carnes y llevaba el pelo, muy negro y largo, partido en dos trenzas caídas por la espalda.

El Rouco se fué acercando con sigilo, evitando cuidadosamente el chapoteo en el suelo cubierto de vino que corría de una vasija cuya canilla de madera habían dejado abierta.

Al dar una vuelta en su danza la moza se encará, espantado el gesto, con Senén el Rouco. Antes de que pudiese proferir un grito, el Rouco le cruzó la cara con el vergajo. Cuando Senén iba a repetir el castigo, la moza, aturdida, giró sobre los talones y fué a caer de cara contra la pared de piedras sin revocar. Se sostuvo un momento apoyada de busto en la pared y después, sin sentido, se fué derrumbando hasta dar de espaldas en el suelo enfangado. Del rostro mellado le manaba sangre abundantemente.

Los tres hombres que contemplaban el baile se pusieron en pie de un salto. Miraban asombrados al viejo Rouco, que los fué zamarreando sucesivamente.

La voz de Senén chascaba el denuesto como un látigo.

—¡Perros! Así cumplís lo que os mando, puercos borrachos. Vino, naípe y faldas... Estáis cavando mi sepultura, pero un día os colgaré en racimo.

Se acercó al que estaba tumbado en el banco y le aplicó el vergajo a las nalgas. El que dormía berreó brutalmente, y levantándose aturdido de sueño y de vino, echó mano a su escopeta, que había dejado arrimada a un bocoy.

El Rouco le arrebató el arma de un tirón.

—¿A tu padre te atreves, mastín? Vete a criar antes de enfrentarte con un hombre cabal, perdulario.

La moza comenzó a gemir. El Rouco ordenó:

—Echad «eso» fuera.

Dos de los hombres alzaron a la moza y, tomándola de los brazos a la altura de las axilas, la llevaron, casi a rastras, escaleras arriba. La mujer, medio recobrada ya del desmayo, iba diciendo:

—Soy muerta, soy muerta...

Senén el Rouco se sentó a la mesa y mandó a uno de los que quedaban que le sirviese una jarra de vino. Abocó la jarra en un trago largo y se limpió los labios con un pañuelo de yerbas.

Cuando volvieron los que habían sacado fuera

a la mujer, el Rouco ordenó a sus hijos que se sentasen en torno a la mesa.

Con un tono gravemente profesional, pero muy suavizada su violencia de antes, Senén el Rouco habló a la manada de vástagos:

—Tenemos faena delicada para esta noche. Vuestro padre vela mientras vosotros dormís, verracos. El cura de Baamorto ha de estar hoy en Sarria, al romper el día, con cien onzas. Dentro de dos horas nos ha de pasar, por el camino hondo de la Foz, rozando las narices.

Uno de los hijos, rubio y pálido de piel, que tenía una apariencia inocente de doncel peregrino escapado de una tabla medieval, preguntó:

—¿De dónde vino el chivo, padre?

—Del «Coxo».

—Entonces es seguro.

Otro de los mozos—éste de cabeza cuadrada, fuerte mandíbula y ojos sumidos—trató de saber:

—¿Puede haber criba?

—No creo que el cura y el sobrino, que irán solos, den cara. Pero hay que ir preparados. ¿Tenéis todos la ferralla?

El Rouco buscó por la bodega, con una mirada circular, las escopetas. Estaban. Alguno dijo:

—Y hay munición abondo.

—Para el cura y la compañía no serán menester muchas finezas.

Senén el Rouco se levantó y echó escaleras arriba, seguido de los cuatro lebreles. El tendero secuzó y la moza bailarina dormían apoyados de codos en la mesa. Estaban muy juntos y roncaban a dúo.

Por una puerta interior de la tienda salieron los cinco de la partida a un patio tapiado. Era alta noche y había relente.

Senén el Rouco dispuso:

—Fuera plumas, que hay que espabilarse.

Los cuatro mozos se desnudaron de cintura arriba.

De un pozo de garrucha Senén el Rouco sacó cubos de agua y los fué arrojando a la cabeza y el torso de sus hijos.

La casa de Senén el Rouco era la mejor de la contornada. Rompía el estilo de las construcciones del país, pues tenía las ventanas muy altas y defendidas por barrotes de hierro. Sus paredes eran de granito azulencio y las piedras estaban encintadas, en las juntas, con masa blanca. En unos soportes de hierro incrustados en la fachada principal descansaban las traviesas de roble de una parra. A la parte posterior había una especie de rotonda formada por cipreses muy juntos, que le daban un lejano aire funeral al recinto. Cerca de los árboles se ordenaban unos bancos de piedra cuyo asiento tenía forma de herradura.

La casa estaba plantada en un altozano y desde ella se veía toda la extensa posesión territorial de Senén el Rouco. Era una tierra oscura y rica, agradecida a la mano del hombre, cuyo esfuerzo retribuía con largueza. En su tiempo se veían los pomares apesadumbrados de fruto, los densos maizales, los húmedos prados, las parcelas rizadas de verdura rastrera. Fuera de aquel dominio menudeaban los terrenos ingratos, los calveros inhóspitos, la estéril posesión de la retama, las superficies resacas y hendidas, garrapateadas por el jaramago.

Por el camino que corría a un lado de la casa del Fouco apareció una mujer enlutada, renegrida de hambres, descalza y lamentosa. La seguían zagueros, a saltos de cabra de los pies desnudos sobre las guijas del camino, dos mocosos. Uno, como de diez años; como de cinco el otro. El más pequeño dejaba entrever por un roto de la blusa un vientre monstruosamente hinchado, una sucia vejiga estallante y trémula. El niño ventruado, de gran cabeza abatida y belfo baboso, terqueaba un estribillo:

—Mamá, eu quero xo-xo, eu quero xo-xo.

El otro muchacho tenía un rostro canino y triste, y esa expresión sobresaltada y huidiza de todo el que ha recibido mucho mal trato.

La madre salmodiaba una confusa letanía con voz congojosa. De cuando en cuando, con un extremo del pañolón negro que llevaba anudado bajo la barbilla, se secaba las lágrimas.

El grupo traspuso la cancela de hierro y acudió un mastín hirsuto y agresivo, que se estremecía en un gruñido rabioso. El rapaz deforme se pegó al anca de la madre, ocultándose a la mirada del



perro con un pliegue de la falda. El otro se agachó buscando una piedra, y el mastín fué tras él mostrando los colmillos espumajeados de baba. Un criado, asomando la jeta entre los barrotes de una ventana, gritó:

—¡Quieto, «Pachín»!

El perro, sosegado ya, pero rosmando aún, fué a tumbarse en el hueco de un banco de piedra adosado a la pared.

El criado apareció en la puerta y pidió las novedades.

Rosa Peneiras atizó su Jeremiada ante la pregunta, y el otro, impaciente y cansado de lágrimas, le dijo:

—Si habías de venir a moquear, mejor te quedaras en casa, mujer. Aquí no hay tiempo que perder en velorios.

La mujer, picada por el tono, abrió el papo:

—Parece que heredáis todos el alma negra del amo. ¡No tenéis palabra sin soberbia, Cristo! Ese mastín tiene mejores entrañas.

—Mal toque traes para pedir, rapaza.

—No lo tenéis mejor vosotros para dar.

En el umbral de la entrada se destacó la figura de Senén el Rouco. Con una navaja picaba en la palma de la mano una tagarnina. En el labio inferior tenía pegado un papel de fumar. Estaba en mangas de camisa y llevaba polainas ajustadas al pantalón de montar, de pana negra acanalada. Por la abertura que dejaba el botón superior de la camisa, desabrochada, le asomaba la maleza del pecho. Era de aspecto férreo, enjuto y ágil y muy alto. Un tizne de crueldad le tachaba la frente. En la boca, de labios gruesos y cuarteados, destacaba la poderosa herramienta carnífera. Las patillas, en borrasca, muy canosas, casi le ocultaban las orejas.

Lió el tabaco con parsimonia y después, sin mirar a Rosa, preguntó al criado:

—¿Qué trae esta mujer?

El criado se encogió de hombros.

—Con el aquel del moco no da razón, mi amo.

Senén el Rouco se pasó el dorso de la mano derecha, a contrapelo, por el mentón y produjo el sonido agrio de un afeitado en seco. Sin separar la mano de la barbilla, interrogó a Rosa:

—¿Se puede saber a quién le haces el funeral?

Rosa Peneiras estuvo un instante sin responder, ahogando los sollozos en una punta del pañolón que llevaba a la cabeza. El hijo imbécil la contemplaba con ojos vidriosos, mientras mascaba pámpanos que iba arrancando de los nudos de una cepa del emparrado. El otro pequeño estaba a espaldas del Rouco, apoyado de hombros en la pared, con un gesto recogido y hostil. Cuando el hipo del llanto se lo permitió, Rosa Peneiras dijo, recogiendo la pregunta de Senén el Rouco:

—El funeral que traigo ojalá fuese por mi alma.

—¿Tan mal te va?

La mujer, ajena al tono de escarnio del Rouco, añadió, como en una súplica bíblica:

—A Dios le pido la muerte antes de verme por esos caminos con los hijos a lomos.

El Rouco, haciéndose de nuevas, volvió a preguntar:

—¿Qué bicho te picó el desespero, así, de pronto?

—Vostede lo sabe mejor que yo, mi amo. Por mandado de vostede la curia me deja sin techo,

patrón. ¡No hay entrañas para el dolor del pobre, Cristo!

—Con lágrimas no has de remediar lo que sólo se arregla con onzas.

—Onzas tuviera y le bañara en oro, mi amo. Pero mi hombre no escribe y ando penando un pan para mis criaturas.

—No tengo que ver con eso. Dinero di a tu hombre para el pasaje y dinero pido, que es pedir lo mío, ante la luz de Dios. Donde no, con la casa y el terrón me quedo, que ésa es la ley.

Los dos pequeños se habían acercado a la madre, y las tres figuras componían un motivo de retablo patético. Rosa Peneiras, empujando a sus dos hijos hacia Senén el Rouco, consultó dócilmente:

—¿No le ablandan estos inocentes?

El Rouco, brutalmente imperativo, replicó:

—¡Vete de aquí, bruja! ¿Qué tengo yo que ver con hijos ajenos?

La mujer, sin lágrimas ya, como si aquella situación irremediable le hubiese iyectado una súbita energía, tomó a sus hijos de la mano y salió al camino público. Llevaban andados cincuenta metros y el Rouco seguía cruzado de brazos a la sombra de la parra viendo cómo Rosa se alejaba. De pronto ella se volvió bruscamente y agitando los puños sobre la cabeza gritó al Rouco:

—¡También un día llegará para ti la justicia, ladrón! Hay un Dios en lo alto, Rouco. A Ese no lo comprarás con onzas. A la hora de estirar la pata, de poco te servirá lo que robas al pobre. ¡Morirás como un can y el demonio irá a tu entierro, ladrón!

Plantada en un ribazo, la figura de Rosa Peneiras, recortándose oscuramente sobre un fondo de cielo cándido, tenía un extraño prestigio augural.

Senén el Rouco le ordenó al criado:

—Bájame la escopeta, que voy a tumbar a esa raposa negra.

Los jinetes fueron saliendo con intervalos de cinco minutos, después de que el tabernero compinche anunció que la carretera estaba desierta. Cada uno de ellos, siguiendo las órdenes de Senén el Rouco, buscó un camino distinto para llegar al punto de reunión.

Senén el Rouco salió el último, fiado en los bríos de la mula castellana que montaba.

Cerca del camino hondo de la Foz se agruparon de nuevo, a la hora señalada por el Rouco, que llegó el primero.

Uno de ellos adentró las bestias en un tojal espeso. Los hombres se ampararon en la sombra de un roble. De cuando en cuando uno de ellos trepaba al árbol para otear el camino por donde había de pasar el cura de Baamorto.

Transcurrieron un par de horas y el cura no daba señales de aparecer.

—Si no viniese del Coxo el chivo empezaría a temer que hoy marrábamos.

—A ver si el cura anda con una indigestión de lardo.

—Por ese lado no hay caso: la gente de iglesia no cena de carne.

—Pues mejor; el mal que le deseo al Baamorto, que a mí me venga.

Rieron, ahogando las carcajadas. Uno de los hijos sacó de entre los pliegues de la faja una botella de caña. Disimuladamente, para que el viejo no advirtiese el trasiego, la fué pasando a sus hermanos. Pero al Rouco le dió pronto el aroma del aguardiente.

—¡Venga esa botella! ¡Ya ni el trabajo respetáis, cerdos!

El que había lamido el vergajazo en la bodega, que estaba aún medio adormilado, a pesar del remoión, pronosticó con voz estrepitosa:

—De esta echa acabará usted por meternos a sacristanes, padre.

—Con una piara te voy a meter a ti, borrachón.

El Rouco arrojó la botella a una espesura de maleza. Después se levantó y consultó su «Roskopf» al claror de la luna. Volvió al grupo y comentó:

—Si tarda una hora más hay que levantar la tienda, porque se nos echa el día encima.

Un son lejano de herraduras apagó los cuchicheos de la partida. El viejo pegó la oreja a la tierra y tras un rato de escucha anunció:

—El pájaro se acerca a la gayola. Prepararse. Tenemos cinco minutos.

Se enmascararon con pañuelos negros. Uno volvió con las caballerías.

El Rouco dispuso:

—Tú, Xanete, corre la orilla del camino hasta dar con el cura. Si no hay peligro, déjalo llegar hasta nosotros sin aviso. Acércate detrás de él y quédate al ojeo.

Trotó Xanete a cumplir la orden. El Rouco mandó que dos de sus hijos quedasen en el borde de un talud, desde el que sus escopetas dominaban todo el escenario de la operación. El padre y el cuarto de los lebreles bajaron por el talud y llegados al camino de la Foz se situaron el uno frente al otro, de cuneta a cuneta.

Se acercaba a buena marcha, con mucho ruido de hierros, el tilburi del cura.

Una nube embozó la luna y el camino se oscureció espesamente.

Senén el Rouco atravesó la caballería en el camino y, con la escopeta levantada sobre su cabeza, dió el alto. Chirrió el freno del tilburi y el vehículo se detuvo rozándole el morro a la bestia que montaba el Rouco.

El cura, con voz sin temblores, inquirió:

—¿Qué se le ofrece a la buena gente?

—Una necesidad que usted podrá remediar con cien onzas, señor cura.

—Mucho dinero me parece.

—Venga, sin más paliques.

—No sé de él.

—De mí mano corre encontrarlo.

Descabalgó y subió al tilburi. Le palpó la cintura al reverendo y rogó con zumba:

—¿Me quiere mostrar esa alhaja, por favor?

El cura puso en manos del Rouco un cachorri-
llo de dos cañones, de culata con cachas de nácar. Se lo echó por el aire al hijo, que lo recogió al vuelo.

Senén mandó al cura y al sobrino que se pusieran de pie y levantó la tabla del asiento, que hacía una especie de cajón. Allí estaba el dinero. Cuando el Rouco se inclinó para coger las onzas el sobrino del cura hizo un movimiento rápido y sacó su revólver. No pudo usarlo, porque el hijo del Rouco descargó su escopeta sobre él.

Al ruido de los disparos, los tres hijos del Rouco que estaban de ojeo se echaron con los caballos por el barranco.

El cura sollozaba, abrazado al cadáver del mozo.

En marcha ya la partida, el Rouco se detuvo, y abriendo el saquete de las onzas arrojó una moneda hacia el tilburi.

—Para una misa por el alma de ese inocente.

Reapareció la luna, y bajo su luz el hilo de sangre que le corría al muerto de la sien sembraba un trazo de azogue.

Temblaba ya la indecisión del amanecer en el horizonte. La partida puso al trote las caballerías y se alejó del escenario de su sangrienta faena cortando por lo más fragoso del monte. Cuando la mañana se descaró, Senén el Rouco ordenó la dispersión del grupo. Entonces él descendió hasta

la carretera y puso la bestia al paso para gozar el frescor de aquella hora inicial. Sacó de una alforja un trozo de pan de centeno y sobre él, con una de esas navajas chatas que se usan para injertar, iba cortando a pequeños tacos un buen pedazo de tocino crudo. Puso en banderola el piezgo lleno de tinto, para que se airease. De cuando en cuando detenía la mula para beber a gusto, a chorro muy fino y trago largo.

Las tierras de labor comenzaban a animarse de gentes y ganados. Al rumor orquestal del campo les prestaba una dominante y áspera nota el chirrido reseco y prolongado del eje de los carros de bueyes.

Los que trabajaban en las fincas lindantes con la carretera saludaban al paso de Senén el Rouco tocándose el borde de la boina. A veces quedaban haciendo comentarios en cuchicheo y seguían con una mirada oblicua, durante un rato largo, al jinete.

Al pasar por un casal le salió al encuentro un perro, que siguió tercamente a la caballería, ladrando con furia. El Rouco desenroscó el vergajo que llevaba a la cintura y lo aplicó brutalmente al hocico del perro, que huyó ensangrentado, quejándose.

Un mozállon cuya cara cuadrada parecía que había sido tallada a golpes de hacha contempló la escena con la cabeza asomada por un vallado. Apretando los dientes, dijo en voz alta:

—¡Tienes hígados de lobo, rediós!

El Rouco, que iba ya lejos y no oyó bien, se paró y preguntó al gañán:

—¿Qué quedas rosmando, tú?

—Nada.

Cuando el Rouco reemprendió la marcha, el mozo hincó hondamente la punta de una hoz en la juntura de dos piedras del muro.

Era ya la mañana redonda cuando Senén el Rouco llegó de nuevo a la taberna del compinche. Afó fuera la caballería, metiendo las riendas por el ojo de una herradura hincada en la pared. El Rouco empujó la puerta, que estaba entornada. Sentados a la mesa, el tabernero y la moza del baile comían galletas mojadas en vino blanco.

El secuaz se puso de pie, tembloroso como una vara verde. La moza rompió a llorar, con mucho hipo.

Senén preguntó, con sorna:

—¿Te ha dado llorona, prenda?

La del baile se llevó una mano a la cara y la sacó manchada de sangre.

—No hice yo crimen que mereciese este castigo.

El Rouco, sin hacer caso de la queja de la mujer, le dijo al tabernero:

—Bájanos algo a la bodega, que quiero consolar a esta buena mujer.

Senén le mandó a la moza, con un movimiento de la cabeza, que le siguiese. En el arranque de la escalera de la bodega la esperó y bajaron juntos, muy abrazados por la cintura.

El día había madurado mucho. Era una hora encendida y quieta, sin un temblor de brisa.

Por la mañana, obedeciendo órdenes del Rouco, el tabernero metió la mula en el patio. Pasaron muchas horas y Senén el Rouco y la moza seguían en la bodega. Llegaba arriba, aunque apagado, un rumor de risas y de conversación casi gritada.

Sobre el patio chorreaba un sol inmisericorde. La mula comenzaba a impacientarse a causa de aquel implacable castigo solar. Tenía la boca espumajada y todo el cuerpo—eléctricamente inquieto—envuelto en el brillo cálido del sudor. El tormento de los tábanos ponía en los ojos de la bestia una expresión de locura.

La caballería estaba atada a una palomilla de hierro cuyo espigón se hundía en la juntura de dos piedras del muro. A lo largo del muro había una espesa ringlera de mazorcas de maíz puestas a secar pendientes de un alambre por las hojas. A la mula le llegaba el olor goloso de las panochas y levantaba la cabeza en un esfuerzo angustioso por alcanzarlas, pero no lo conseguía. Alrededor del brocal del pozo había agua encharcada. La caballería, sedienta, se alargaba para beber, sin lograrlo. Después de sus vanos esfuerzos para apagar la sed, la pobre bestia descansaba, contemplando el agua con una ansiosa tristeza casi humana. Los insectos—tercos, zumbadores, pe-

gajosos—volaban en nubes rozando las orejas de la caballería.

Cuando Senén el Rouco asomó al patio de la taberna advirtió que la caballería había estado muy largo rato expuesta al sol, sin comer ni beber, y comenzó a chillarle brutalmente al tabernero compadre. Le frenó el arrebató de curtirlo a vergajazos en aquel mismo instante la presencia de dos hombres que bebían aguardiente pegados al mostrador.

El Rouco sacó un cubo de agua del pozo y se lo puso delante a la mula. El animal bebió ávidamente hasta agotar el líquido.

Senén volvió a coger el cubo para llenarlo nuevamente, y al pasar rozando la grupa de la mula le dió una suave palmada cariñosa en el anca. La bestia—frenética aún de calor, y de hambre, y de tábanos—retribuyó aquella caricia dándole una tremenda patada en el pecho a Senén el Rouco.

El hombre cayó de espaldas y se golpeó la nuca contra el perfil del brocal del pozo. Las piernas le quedaron abiertas en compás y la cabeza se le hundió, hasta cerca de las orejas, en el charco fangoso que había alrededor del pozo. La mula soltó una segunda coz y el cubo salió disparado a chafarse contra el muro.

Al estrépito acudieron el tabernero y los dos clientes, capadores de cerdos, que iban de camino. Entre los tres levantaron al Rouco y lo metieron en la tienda. Tendido sobre la mesa, el tabernero le abrió la camisa y se le vió que tenía la tabla del pecho hundida. Senén el Rouco hizo un pesado movimiento rindiendo la cabeza y de la boca le brotó un chorro de sangre.

—Este cristiano está tocándolas—dijo uno de los capadores.

El tabernero se echó las manos a la cabeza, en un ademán de desesperación, y se lamentó:

—Nunca faltan centelladas en la casa del pobre. Me veo envuelto en papel de escribanos, que es peor que una mortaja.

El tabernero estaba como alelado, sin decidirse a nada.

Los castradores le quitaron la faja al Rouco. Pidieron una botella de aguardiente y le rociaron el pecho. Después lo envolvieron en la faja, muy apretado, desde la altura de las axilas hasta la cintura.

Por la escalera de la bodega apareció la moza del baile restregándose los ojos con el dorso de las manos. Al ver a Senén el Rouco medio muerto encima de la mesa, comenzó a retorcerse en un histérico ataque de risa. El tabernero la cogió por un brazo y, sacudiéndola, le dijo:

—¡Vete, loba, que con esas risas agouras la muerte!

Inesperadamente, sin transición, la mujer se echó a llorar con escándalo:

—¡Ay, Dios, que la justicia de arriba ampara a la mujer desvalida! No meneas ahora el vergajo, ladrón. Tienes ya la pata en el infierno.

El tabernero, a media voz, pegando la boca al oído de la mujer, le aconsejó:

—Ten la lengua, tú, que aun no está muerto.

Ella, como una sibila, escrutó el rostro del herido y sentenció:

—Si el diablo no hace un milagro, se le acabó el morder a este lobo.

Con los dedos índice y meñique de la mano derecha, la moza le hizo el desplante de los cuernos a Senén el Rouco.

Uno de los capadores le dijo al tabernero:

—Si usted no quiere que entregue aquí su ánima, tiene que ponerse con él en camino sin demora.

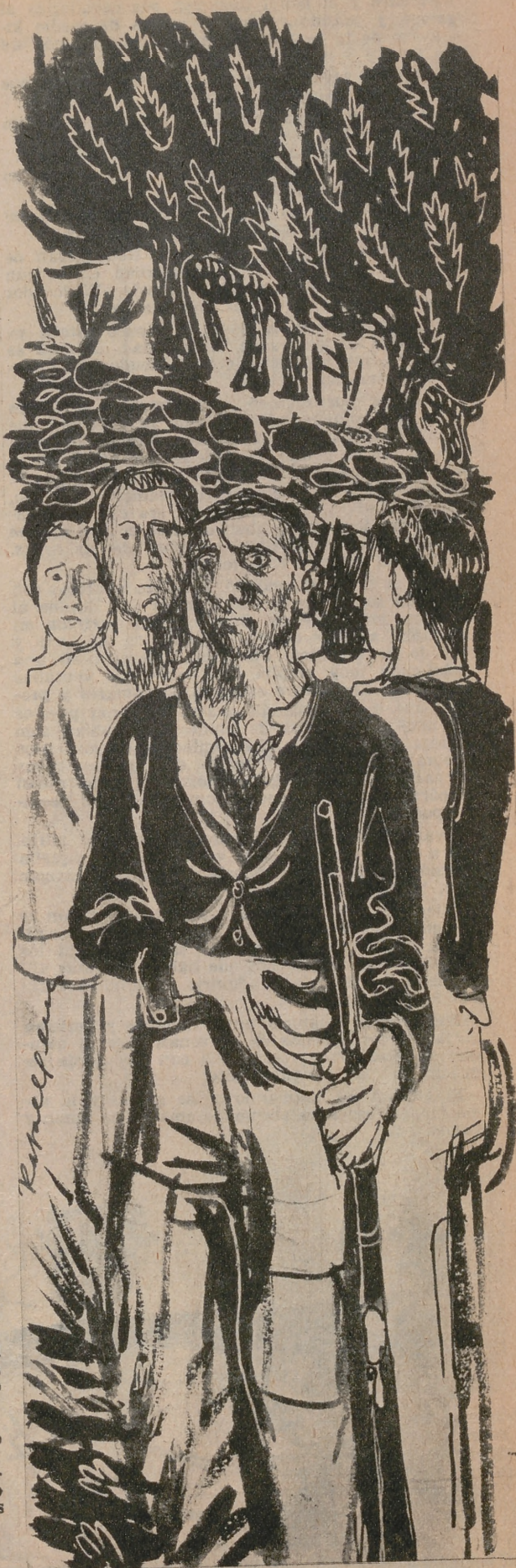
El tabernero tomó el consejo y, con remilgo miedoso, aparejó la mula para llevar a Senén el Rouco a su casa. El herido tenía una respiración quebrada y débil. Entre todos pusieron al Rouco terciado sobre la mula. La mujer comentó:

—Tiene el peso de la muerte.

El tabernero metió la mula al monte, buscando sombras y atajos.

Al llegar a una zona espesa de pinos, el tabernero hizo un alto para cachear al herido. Sólo llevaba encima cuatro onzas de oro y unos duros en piezas.

Aunque llegó vivo a su casa, Senén el Rouco ya no recuperó el habla y murió sin confesión.



Uno de sus hijos había salido para San Fiz a caballo en busca del cura.

El cura y el lebrél iban con sus caballerías al galope, y cuando estaban a menos de medio kilómetro de la casa de Senén el Rouco un hombre les detuvo y anunció:

—Llegan tarde. Hace cosa de media hora que entregó el ánima.

Al hijo se le ensombreció la cara, pero no dijo ni una palabra.

El cura consultó:

—¿Te parece que me vuelva? De momento no tengo nada que hacer allí.

—Pienso que será mejor que me acompañe. Así ya se podrá ordenar lo tocante al entierro.

El cura sabía que los hijos del Rouco eran de tan duro temple que no necesitaban en ningún caso una palabra de consuelo. Desde allí, los dos jinetes hicieron el camino en silencio.

Cuando llegaron, la casa del Rouco estaba ya concurrida de gentes de la vecindad. El cura se metió en una habitación con los deudos del muerto a tratar del entierro.

Avistados por alguien, aparecieron dos de los hijos que andaban fuera desde la hora en que robaron al cura de Baamorto. Traían bastante vino a bordo, y uno de ellos se tiró en el banco de piedra que estaba adosado a la fachada de la casa y comenzó a sollozar ruidosamente. El otro, que en medio de su borrachera era capaz de advertir que los vecinos iban a darse cuenta de que aquel planto escandaloso era obra de las copas, se llevó al llorón a empujones.

Caía la tarde cuando un jornalero apareció con el ataúd soportado en una pértiga que llevaba al hombro, muy ladeada. Unos criados metieron en el cajón al muerto, que había sido afeitado y vestido de domingo. Pusieron el féretro en una habitación muy amplia, que tenía dos ventanas abiertas a una alegre estampa de pomares y prados. Una mujer encendió cuatro hachones puestos en unos candelabros de bronce que habían sido traídos de la iglesia. La oscilación de los cirios quebraba el color del rostro del muerto, cuyos párpados habían quedado entornados y mostraban la córnea turbia y acuosa, como el ojo del pescado podrido.

Avanzada la noche, llegaron hombres y mujeres a hacer tertulia en el velatorio. Para aquella reunión había sido dispuesto un cuarto contiguo a la habitación mortuoria.

Mientras hubo gentes de tránsito, la reunión se dedicó a las condolencias y a ponderar las cualidades del difunto. Pero más tarde, cuando los reunidos eran los íntimos que habían de estar allí hasta el día, la velada adquirió un tono desenfadado y nada fúnebre.

Había en el velatorio, entre hombres y mujeres, cerca de dos docenas de personas, jóvenes algunas de ellas. Una criada traía con frecuencia repuesto de café y aguardiente.

El alcohol iba animando a las gentes y la atmósfera se espesaba abrumadoramente de humo y vahos.

Hubo primero historias de muertos y aparecidos y después se pasó al capítulo de los cuentos obscenos, esos brutales cuentos aldeanos destinados a gente sin imaginación, de las que piden que a cada cosa se le llame por su nombre. Las risas, discretas al principio, se hicieron pronto descaradas.

De cuando en cuando aparecía un hijo del muerto, que abandonaba por un instante la reunión estrictamente familiar para beber una copa con la gente menos contristada.

Los hombres jóvenes habían procurado sentarse al lado de las mozas.

En dos pequeñas mesas, colocadas en ángulos opuestos de la habitación, ardían sendos candiles de aceite. Uno de los mozos, como por chiste, sopló al candil que iluminaba el rincón ocupado por la gente joven. Cuando se apagó el candil, un viejo hociquido de boca mellada y ojos saltones, con aspecto de sátiro jubilado, comentó:

—Hiciste bien en apagar, rapaz. Para los bordados que vosotros hacéis os sobra con un candil.

A favor de la penumbra, en el rincón de los mozos había un alegre desasosiego.

Al filo del alba, algunos, reclamados por obligaciones urgentes, abandonaron la reunión. La habitación se fué clareando con la luz tierna del amanecer, que venía con temblorosa lentitud por encima del paisaje.

Fuera se iba animando el rumor de la faena cotidiana. Sonaban carros, voces, mugidos del ganado.

El cristal de la alborada vibraba con el son de la campana parroquial, que doblaba a muerto casi sin pausa.

En la habitación, los que habían velado al difunto tenían las faces desencajadas y con ese tono de verdín que producen el alcohol y las traspachadas.

Apareció la criada con aguardiente y bollos caídos para el desayuno. Poco después principió un trajín intenso en la casa, y los que habían velado se ocuparon en menudas tareas. En la cocina movían un tráfago endemoniado, como si estuviesen preparando el banquete para una boda. Se veía que los deudos de Senén el Rouco querían mostrarse rumbosos en el almuerzo que habían de ofrecer a los que desde lejos acudiesen al entierro. Desde el corral subía el balido de los corderos que iban a ser sacrificados.

Como en las aldeas todo se arregla en alegre componenda de compadres, los deudos de Senén el Rouco obtuvieron el permiso de enterramiento bastantes horas antes de que hubiese transcurrido el plazo legal.

Era cabalmente el mediodía cuando el cortejo fúnebre se puso en marcha. Los cuatro hijos llevaban a hombros el féretro. Se abrió una ventana con mucho estrépito de cristales y apareció en ella, con un gesto muy desgarrado y patético, la viuda, que hizo, entre alaridos, un cumplido elogio póstumo de Senén el Rouco. La comitiva marchaba lentamente por el pedregoso camino de herradura que conducía al camposanto, y la viuda iba situándose sucesivamente en las ventanas de

la casa que le permitían dominar con más proximidad el tránsito del cortejo.

—¡Adiós para siempre, compañero del alma, alegría de esta casa, amparo de los pobres! ¡Adiós, bocado de pan trigo, corazón de mieles, que nunca tuviste una mala razón para mí! ¡Ay de mí, malpocada, que me quedo sin amante!

Un labriego de Budián que iba en el acompañamiento comentó con el paisano que marchaba a su lado:

—Diez años serví en la casa del Rouco y sé que menudearon las tundas sobre los lomos de la que es hoy viuda. Y, en cambio, ya ves cómo ella le guarda ley en el planto. ¡Corazón de oro!

En la encrucijada del camino viejo se incorporó al entierro un personaje extraño. Era un hombre alto, seco de carnes, moreno casi prieto, de mediana edad, y vestía de luto riguroso.

Se puso en la fila de los deudos del muerto y caminó con aire de estar metido en muy hondas meditaciones. Llevaba el ala del sombrero inclinada sobre los ojos, de mirar hondo y desconfiado. Vestía a lo señor, con una elegancia melancólica, un poco al margen de la moda. Tenía un pisar tenso y saltarín, que recordaba lejanamente el andar de las cabras.

Por el cortejo corrió el comentario de que aquel personaje era absolutamente desconocido de todos.

El incógnito amigo de Senén el Rouco entró también en el camposanto. Todos repararon en que el desconocido no pagó ni un solo responso. Se quedó el último en el cementerio, y su figura negra extendía una sombra muy larga sobre la tierra santa.

Dejó a los demás que habían formado en el acompañamiento que se distanciasen y él tomó, al llegar a la encrucijada, un camino que le alejaba de la casa de Senén el Rouco.

Aduvo un buen trecho bajo un sol furioso, y al llegar a una finca donde estaba cavando Rosa Peneiras se detuvo. La mujer trabajaba de espaldas al camino y no advirtió la presencia del extraño personaje.

A la sombra de un laurel que crecía en el borde de un pozo estaba sentado el hijo imbecil de Rosa Peneiras, repitiendo su ritornelo perpetuo:

—Mamá, eu quero xo-xo, eu quero xo-xo.

El desconocido llamó:

—¡Eh, mujer!

La mujer avanzó hacia quien la llamaba. Arrastró con ella el azadón y se detuvo a un metro de distancia del desconocido.

—No fuiste tú, mujer, quien le dijo a Senén el Rouco que el demonio acompañaría su entierro?

La miró extraña, turbadoramente, con una mirada que no era de este mundo. Bajo aquellos ojos la aldeana sintió la medula penetrada de espanto y echó a correr gritando.

Chillando también como un condenado, el mocoso imbecil vió cómo su madre se alejaba.

Poco después, al frente de un grupo de vecinos armados con hoces y escopetas, apareció de nuevo Rosa Peneiras. Pero ya no hallaron rastro de hombre ni de diablo...

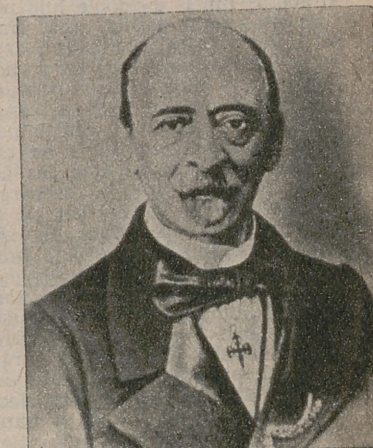
(Ilustraciones de Pena.)



EL TELEGAFO ESPAÑOL



DESDE LOS ASPAVIENTOS DE LA TORRE OPTICA HASTA EL «TELEX» A DOMICILIO



Don José María Mathe, constructor y director de nuestros primeros telégrafos ópticos y eléctricos

El reloj de la telegrafía siempre fué en España retrasado. Aclaremos: el «reloj de Gobernación», ombligo del tiempo de los españoles, y la telegrafía organizada como servicio público. Sin embargo, el ingenio ibérico no estaba dormido. No pretendemos chafarle a Tesco su código de ve-las anunciadoras de la conquista

del vellocino de oro, invento ineficaz por olvido del héroe que, embriagado del triunfo, omitió cambiar el color de su velamen e hizo precipitarse al buen Egea, padre desesperado, en el suicidio azul y salobre de su mar. Pero ¿quién sabe si nuestros pintores de Altamira se harían entender a distancia por medio de señales? ¿Cómo explicar las concentraciones de tribus y clanes frente a los invasores sin un sistema de telecomunicación convenida, desde la caracola urgente e inmediata a la hoguera previsor y distante? La faz de España está cubierta de vestigios árabes que acreditan la existencia de torres de humos en los collados estratégicos. Prevenciones puramente militares que no interesan a nuestro propósito.

Aplazando para otra cuartilla el inicio de la telegrafía óptica regular, primera organización sistemática—y desde luego retrasado—de una telegrafía civil, recordemos que dos españoles—Bethencourt y Salvá—presentan en públicas experiencias sendos métodos de telegrafía eléctrica a distancia. Salvá también vaticina la telegrafía sin hilos «a través de los mares». Antes que nuestros compatriotas intuyeron y teorizaron Paracelso, Santanelli, Maxwell y otros ingenios mixtos, para su época, de sabios y de brujos. Pero en punto a intuiciones—más bien profecías de vate—ninguna ventaja a la de nuestro dramático del Siglo de Oro:

*Con la rapidez del rayo
las noticias han venido.
¿Quién sabe si con el tiempo
vendrán por el rayo mismo!»*

EL INGENIO ESPAÑOL

Un escocés, Marshall, a mediados del XVIII describe un procedimiento de telegrafía eléctrica con tantas líneas como letras del alfabeto—líneas de doble hilo, por supuesto—combinando una emisora con los electros copios receptores que habían de atraer a unos papellitos. Veinte años después Lesage inventa un telegrafo análogo al de Marshall: veinticinco líneas dobles, veinticinco bolitas de medula de saúco atraídas alternativamente por la descarga de una botella de Leyden en el cabo opuesto. También teoriza Volta. Genialmente prevé la propagación a largas distancias por medio de alambres de hierro colgados y propugna el cierre del circuito con la vuelta por tierra suprimiéndole un hilo. Y surge un principio que parece un refrán igualmente idóneo para electricistas prácticos y para románticos navegantes: «La mejor tierra es el agua». Lomon, Reiser, Carallo y Ronalds, siguiendo a Volta o discuriendo por su cuenta, proponen diferentes sistemas ingeniosos que se prueban en los laboratorios.

Agustín de Bethencourt y Molina, tinerfeño y descendiente del conquistador de las Afortunadas, ensayó en Madrid y Aranjuez—en los palacios reales—con positivo éxito la telecomunicación eléctrica, año 1787, por un sistema propio «más sencillo, rápido y perfecto que los anteriores». Pero sin duda afligido por la mutetilla del «vuelva usted mañana»

derivó sus impetus de Ingeniero capacitado, hacia prácticas actividades en obras e industrias, desplazóse a San Petersburgo, llamado por el Zar, y en Rusia alcanzó dos altas dignidades: jefe de ingenieros civiles y teniente general de los ejércitos.

El famoso médico y polígrafo barcelonés Francisco Salvá y Campillo presenta a la Academia de Ciencias de Barcelona otro sistema de su invención que pretende establecer entre Barcelona y Mataró, ciudad satélite predilecta de «las musas de la Ilustración», puesto que asimismo cayó en suerte ser estación de término de la primera línea ferroviaria. Salvá aplicaba a su sistema—también ensayado en Aranjuez—un generador electrostático y una batería de vasos, en los que, por la electrólisis producida en el líquido, se comprobaba la emisión de la letra correspondiente a cada uno. «El método de Salvá—escribe Esteban Terradas—señala el apogeo de la telegrafía eléctrica estática.»

EL PRIMER TELEGRAFO OPTICO Y SU ENEMIGO LA NIEBLA

Treinta y ocho años transcurridos desde que el seminarista Chape reveló a la Convención francesa, su invento del telegrafo óptico—inmediatamente adoptado por necesidades de guerra—entre París y Lilla—, cuando en España alzáronse torres comunicantes de Madrid a La Granja por el Norte y de Madrid a Aranjuez, por el Sur. Fué en el año de 1831, reinando todavía Fernando VII. El telegrafo era un sencillo sustituto de los correos urgentes en el servicio de la Casa Real y su enlace con el poder ejecutivo. Trece años después, 1844, «cuando en los Estados Unidos lleva una década de vigencia el invento definitivo de Samuel Morse y las vías férreas inglesas usan ya un quinquenio el telegrafo eléctrico de Wheatstone», el Gobierno español abre concurso para adoptar un modelo de «máquina»... con destino al telegrafo óptico que va a establecerse entre Madrid e Irún. Se elige el del brigadier Mathé y se le encomienda la dirección de los trabajos constructores y de la explotación. Comienza la edad heroica del telegrafo español y la nueva toponimia de los «cerros del telegrafo», que a pesar de su corta vida como tales dejaron imborrables improntas en la geografía local. La calificación de «heroica» no es un adjetivo caprichoso. Una de las primeras prevenciones del Gobierno a raíz de inaugurarse la línea en 1846, consiste en dotar a los toreros y ordenanzas de 240 carabinas «y otros armamentos», provistos por los almacenes de Artillería, suministro que nos hace temer si al pie de alguna torre sería menester un cañoncito de montaña. Eran tiempos de revueltas políticas, de postguerra civil, con el novelesco epílogo de los que hacían la guerra por su cuenta.

No fué empresa baladí la elección de los emplazamientos de las torres, que Mathé planeó corriendo la ruta a caballo y a pie. Salvado el Guadarrama por el Alto de los Leones, en cuyas inmediaciones perduran los cimientos de

la torreta, el discurso fué coser y cantar, hasta la divisoria cantábrica, por Adanero, Monterredondo, Olmedo, Valladolid, Tarragona, Astudillo, Burgos, Miranda, Quintanilla, La Puebla de Arganzón, Esquivil, Vitoria, Guevara y Ciordia... Aquí empezó el via crucis del brigadier. El peligro del torero podría ser el «maquisard» prehistórico, pero el enemigo mayor del telegrafo era la niebla. Don José María Mathé y de Arangua, milite distinguido del Estado Mayor, hubo de observar los cejos de los valles, como vellones de incenso, y las boiras de las cumbres, como barbas de humo, para elegir vértices intermedios, y no pudo eludir, ya en servicio la línea, un suplemento de torres levantadas en 1847, a fin de que los catalejos, no preparados para la perforación de las opacidades, cumplieran sus deberes serios y puntuales.

LAS «COSAS» DE PALACIO...

Entre febrero del 47 y agosto del 48 se dictan disposiciones diferentes para la construcción de las líneas de Barcelona por Valencia, de Cádiz por Toledo, Ciudad Real, Córdoba y Sevilla, de Extremadura con empalme en Toledo y de Galicia conectada en Valladolid. También se ordena un ramal para Pamplona que ligue en Alsasua con la línea general, y más adelante se proyecta el enlace de Cuenca por Tarancón y el de Murcia y Cartagena.

Pero «las cosas de Palacio van despacio». La comunicación de Madrid con la frontera de Irún era una realidad el año 46. La de Valencia a Cataluña comienza a funcionar a mediados del 49. Las de Andalucía y Extremadura no completan el 54. Un año más y hubieran coincidido con la invención por Hughes de su aparato impresor en la telegrafía eléctrica. La estación cabecera de la primera línea, fué instalada en la torre del cuartel de Guardias de Corps (Conde Duque), antiguos calabozos militares. Al extenderse la pomposa red hacia otros vientos se construyó una torreta ex profeso sobre el tejado de la casa de Correos carolingia, ya entonces Ministerio de la Gobernación, entre el patio de la izquierda y la esquina de Carretas con San Ricardo. La segunda torre de la línea sur se emplazó en el Buen Retiro. Y desde ésta por ese lado, como desde el cuartel de Guardias por el norte, los bastidores de Chape-Mathé lanzaban sus aspavientos, que captaban y retransmitían, respectivamente, los aspaventeros del Cerro de los Angeles y de Aravaca. Torres «de postín»: en Sevilla, la Fábrica de Tabacos (por allí andaba «Carmen»); en Burgos, el insigne castillo de la ciudad; en Barcelona, el de Montjuich; en la costa valenciana, el de Murviedro; en Tarragona, la muralla romana... Los edificios religiosos estaban exentos. Las campanas, no obstante, desde tiempos remotos usaban un código telecomunicante para anunciar sus ceremonias y sus alarmas: muerte, funeral sencillo, doble, medio doble, gloria, fiesta mayor, ángelus, vísperas, queda, fuego, invasión... En las grandes ciudades, por el

número, de campanadas epilogales del rebato, se conocía en que barrio ardía Troya.

EL BRIGADIER MATHE VIAJA POR REAL ORDEN Y EMPIEZA CON EL TELEGRAFO ELECTRICO

Entre tanto que las torres ópticas iban levantándose con morosidad se caía en la cuenta, ¡oh Lisardo!, de que había algo más. A la fecha de 28 de noviembre de 1849 se ordena la instalación de un telegrafo eléctrico de Madrid a Aranjuez, «que servirá al propio tiempo, de ensayo para otras líneas que en adelante puedan establecerse». Poco después, otra de Madrid al Escorial y La Granja. En 7 de mayo de 1852 se dispone por R. O. que el brigadier Mathé pase a Francia, Bélgica, Inglaterra y Alemania «con el objeto de examinar por sí mismo y adquirir completo conocimiento del estado, en que se encuentra la telegrafía eléctrica en los puntos en que más perfeccionada se halla». En octubre, ya convencidos de que «los rumores no eran infundados», se manda establecer una enseñanza teórico-práctica de telegrafía eléctrica «relativa» a la teoría científica, al establecimiento de las líneas y al uso y manejo de los aparatos e instrumentos que se emplean para su «servicio». Son elegidos los alumnos entre los torreros más idóneos, haciéndolos suplir por los ordenanzas «sin gastos de ninguna especie». En enero de 1853 sale Mathé a campaña con su equipo para el estudio y preliminares trabajos de la primera línea general—única proyectada—, que es la de Madrid a Irún, ahora por Zaragoza, «puesto que la capital de la Monarquía tiene una línea óptica en perfecto estado de servicio que por las provincias de Valladolid y Burgos se extiende hasta Irún». ¡Dos años se emplean en la construcción de la línea matriz del telegrafo eléctrico español! Y ojo al catastrófico precedente: «Se atenderá a los gastos de las obras con la suma consignada en el presupuesto del Ministerio de Fomento para el presente año con destino a la construcción de torres telegráficas», que no por eso se declaran en caducidad. Se viste a un santo, con la ropa de otro, bien que a este último se le iba perdiendo la devoción. Adoptado el telegrafo eléctrico, el óptico era innecesario; pero su construcción seguía a ritmo lento, porque había en curso unas contratas. Las torres aspaventeras pasarían al poco tiempo, desmontadas sus «máquinas», a ser refugio y observatorio de la Guardia Civil, de las parejas a pie, cuyos tricornos típicos denunciaban a los maleantes su presencia en el horizonte visible. Indotada la conservación de las torres, las lluvias y los vientos las pulverizaban, ayudados por los espontáneos incautadores, que con los cimientos de ellas fundamentaban sus chabolas rurales.

España y Francia concluyen en noviembre del 54—año tormentoso—un convenio para la transmisión de despachos telegráficos entre ambas naciones, y con tránsito por Francia para las de Europa que enlazan a su red. En 1 de marzo de 1855 entra en vi-

gor el citado convenio y «Su Majestad la Reina (q. D. g.) se digna disponer que en el mismo día se abra al público el servicio eléctrico en el interior del Reino», según la instrucción y la tarifa aprobadas por el Ministro de la Gobernación, don Francisco Santa Cruz.

LA INDUSTRIA, BUROCRATIZADA

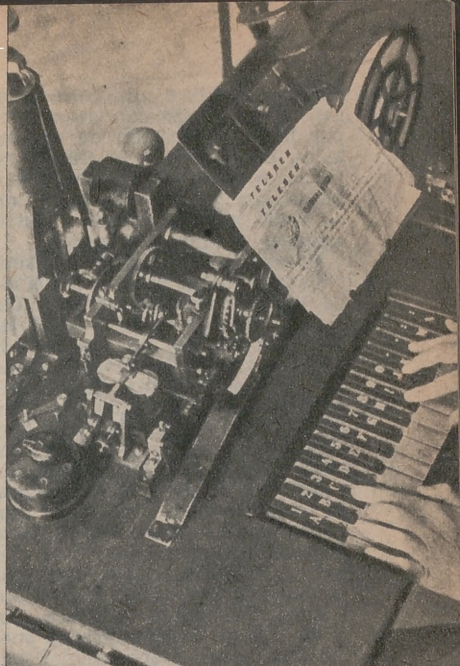
El 22 de abril del mismo año, por un decreto histórico e inconvencible, se aprueba el plan de la red general de comunicaciones eléctricas y se sientan las bases para la creación del Cuerpo de Telégrafos «como una organización burocrática más». Por un lado, en los presupuestos generales del Estado, los gastos de sus nóminas, de las construcciones, de la reparación y de la renovación, como si se tratase de papel de barbas y balduque fungibles e improductivos. Por otra parte, los ingresos, en sección distinta del presupuesto estatal. Poco después estos últimos, a través... del impuesto del Timbre. Para recaudarlo, todos los estancos del Reino, en función continua. Para atender debidamente al servicio, para ampliarlo según los apremios de su extensión, los créditos consignados anualmente o bienalmente por lo común—y, de tarde en tarde, los créditos extraordinarios. Entre su necesidad y su incoación, copias de meses; entre la petición y el otorgamiento, la rémora burocrática, la rémora parlamentaria, la rémora politiquera...

El aparato Hughes impresor—sugerente como un clavecín—se implanta a los veinticinco años de su aparición en los Estados Unidos, ya industrializado. El Baudot—aparente pianillo infantil de cinco teclas—, múltiple y rápido, hasta seis comunicaciones simultáneas por un solo hilo, adviene a los quince años de servir en Francia y es adoptado con cauteloso ritmo hasta llegar a utilizarse en todas las grandes arterias con sus combinaciones maravillosas, que permiten simultáneas sus seis transmisiones distintas en tres localidades diferentes. En su día, los teletipos hoy popularizados. «Su día» fué contado con la anchura de los seis de la Creación.

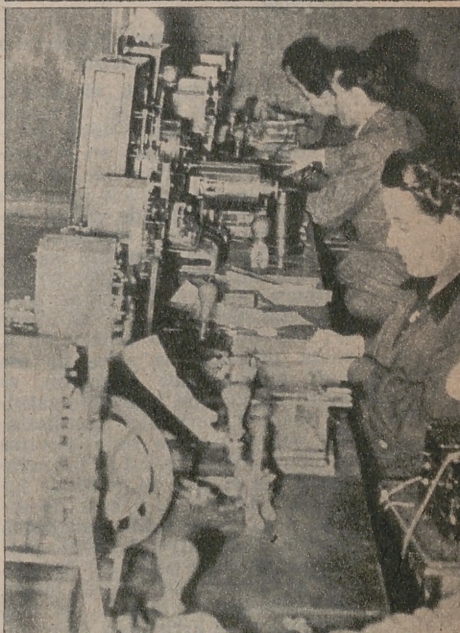
Pero la maravilla del Baudot era un juego de niños comparándolo con la taumaturgica acción de las corrientes portadoras de alta frecuencia, que, con instalaciones adecuadas, consienten la multiplicación de los canales de comunicación por un circuito único, la simultaneidad de la telegrafía y la telefonía con cualesquiera sistemas de aparatos, inclusive la convivencia con las líneas terrestres de enlace entre los puestos de trabajo y las emisoras de radiodifusión y televisión, llegando a obtenerse centenares de canales de comunicación utilizando el cable coaxial que, explicado vulgarísimamente, es un solo circuito metálico de un hilo eje y otro enrollado, en espiral sobre el anterior, con los debidos aislamientos entre sí y con la intemperie.

YA ESTA AQUI EL «TELEX»

En la utilización de las corrientes portadoras se basa el servicio



El aparato «Hughes», impresor, con aspecto de clavecín mecánico, acapara durante medio siglo la devoción de la telegrafía española



El «Baudot sextuplex», mágico recurso de las administraciones menesterosas de líneas, que por un circuito unifilar rinde seis comunicaciones simultáneas

«télex» que acaba de instalarse; de momento, para dar paso a las comunicaciones directas entre Francia y Portugal, en cuyas fronteras con España aguardaban los terminales de sus líneas, ya dispuestas hace más de un quinquenio. También por el mismo sistema podremos comunicar los españoles de algunas ciudades con casi toda Europa, a través de Francia, y con el país luso. Consiste el «télex» en la comunicación directa y automática, de domicilio a domicilio, entre dos abonados a aquél, y es uno de los servicios de telecomunicación más reproductivos, según las estadísticas de las naciones que lo tienen en práctica. Pero, no cerremos los ojos a la realidad. La producti-

bilidad de las comunicaciones avanza en progresión geométrica por la multiplicación de sus enlaces. Hoy por hoy, el «télex» español es como una columna vertebral que corresponde a un torso vacío y cuya cabeza y extremidades no nos pertenecen.

Nuestro por ahora modestísimo «télex» nace y bajo el maleficio de los precedentes funestos. Como la primitiva línea eléctrica Madrid-Irún, se ha instalado aquél «con los recursos ordinarios del presupuesto». No sabemos a qué santo se desnudó por atender los apremios de la vecindad. Vamos con un retraso de tres lustros, que en telecomunicación equivale a medio siglo de otrora. El telégrafo tiene ante sí un problema análogo al que se planteó en telefonía cuando, en 1924 Primo de Rivera tuvo que «tirar por la calle de enmedio». Con democracia, Parlamento, partidos, Comités, ley de Contabilidad y pueblo teóricamente soberano, España hubiera desconocido veinte años más el teléfono automático, la comunicación interurbana inmediata y la extensión del servicio a millares de pueblos. Y esto nos obliga a reanudar la reseña histórica.

HISTORIA DE OTRO ERROR

En agosto de 1884, el Estado español recaba para sí el monopolio de la telefonía. No se piensa entonces más que en el teléfono urbano. Comprende el Gobierno que un servicio que tan directamente depende de la voluntad del público requiere que se atiendan con prontitud las peticiones de abono y que, en un régimen económico estatal que proyecta sus cargas y sus ingresos con un año de antelación y, en la práctica, se sirve de ese plan durante dos ejercicios, es punto menos que imposible calcular cuántos materiales se solicitarán por el público para servirse de ellos. Fruto de estos inconvenientes es el decreto de 13 de junio de 1886 por el que se da estado a la explotación telefónica privada, como arrendamiento parcial de un monopolio del Estado. La red urbana de Madrid queda por subasta en manos de una Empresa y se arriendan otras redes de poblaciones importantes.

La telefonía interurbana se trata de establecer por decreto de 18 de marzo de 1891 sacando a subasta la construcción de cuatro sectores: Noreste, Sureste, Suroeste y Noroeste, con arrendamiento sujeto a un canon y reversible al Estado. Sólo hay rematante para la primera red, que enlaza entre sí a Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Vitoria y Pamplona, o sean cinco poblaciones de primer orden demográfico y económico y tres que se hallan en la ruta. La concesión im-

plica, además del uso natural del teléfono, que es la conversación o conferencia personal, la facultad de cursar mensajes escritos—telefonemas—, creándose el Estado una competencia irregular. Hasta 1907, el resto de España carece de tan vital medio de comunicación. Harto dulcificadas las condiciones de la concesión, y siempre con la botijuela singular de los mensajes escritos, en octubre de dicho año se anuncia la subasta de las tres redes complementarias y también para la construcción de la línea internacional Madrid-Irún. La remata el concesionario del Noreste, que conecta la antigua y las nuevas redes por las puntas de la primera, y así quedan incomunicadas Soria, Cuenca, Teruel y Albacete, que cogen a trasmano, y se da el caso de que una comunicación entre Madrid y Alicante se alcanza por Zaragoza, Vinaroz y Valencia, o por Ciudad Real, Jaén y Guadix.

Por otra parte, la Diputación de Guipúzcoa en 1908, y la Mancomunidad de Cataluña en 1915, obtuvieron la concesión de sendas redes provincial y regional, con sus correspondientes centros urbanos libres de anterior compromiso. El Estado hizo por su cuenta otras construcciones esporádicas: redes provinciales de Vizcaya y Ciudad Real, con ciertas aportaciones de las haciendas provinciales, y numerosos centros urbanos inconexos con las líneas interurbanas. ¡Un caos! Porque imagínese qué serían los grandes ríos si nutrieran sus corrientes de los manantiales nativos y de las fuentes y lagunas que encuentran al paso sin la afluencia de sus tributarios, privados a su vez de aportaciones y de salidas. España sería como una constelación de charquitos en evaporación.

LO QUE NO SE HIZO EN 1917

Un periodista ilustre, Francos Rodríguez, director general de Correos y Telégrafos, afronta el problema con toda claridad y valentía. Bajo su impulso fórmase el gran proyecto de «Telefonía Nacional», fechado en marzo de 1917. Le precede una extensa y documentada Memoria que exhaustivamente estudia la cuestión. En ella, con una visión exacta de la realidad, se confiesa la ineficacia de las soluciones parciales y la evidencia de un atraso de veinticinco años en relación a los países progresivos y prósperos. Francia posee por aquellas fechas un teléfono por cada 143 habitantes; Bélgica, por cada 133; Inglaterra, por cada 63; Alemania, por cada 43; Dinamarca, por cada 23; España, ¡por cada 571! Al mismo tiempo—y ésta es la característica más interesante del notable proyecto—se demuestra la imposibilidad de establecer y explotar un servicio de tan acusados perfiles industriales sin un régimen económico autónomo. La solución es la empresa estatal, el «Instituto Nacional de Telefonía» con finanzas propias. Cuando el proyecto sale de la imprenta sobreviene un cambio político y allí queda arrumbado. La demostración del acierto con que la cuestión se había enfocado nos la da cumplidamente la obra realizada

por la Telefónica a partir de 1924. Entre ambas fechas—1918—y a la vista de aquel proyecto, Cambó funda el suyo de Ordenación Ferroviaria en las mismas normas. Hasta parece haber inspirado aquel nonato I. N. T. la espléndida concepción del floreciente I. N. I.

LO QUE SIN DUDA HABRÁ DE HACERSE

Paralelamente desenvolvióse la radiotelegrafía en régimen de concesiones privadas. Las Compañías de ferrocarriles, por su parte, se sirven del telégrafo y del teléfono como indispensable servicio auxiliar de su tráfico. Al Estado le quedan las virtudes de la telecomunicación, que no son antieconómicas por sí, sino por la desconexión de elementos que, unidos, coadyuvarían en una explotación concertada, ahorrando los índices de costo. Asombro causa advertir con frecuencia, desde la ventanilla de un tren, que a dercha e izquierda de la vía corren dos líneas de postes con hilos telegráficos del Estado y de la Renfe, obligada por antiquísimos concertos a colgar en sus apoyos cierto número de conductores estatales; unos metros más allá discurre otra fila de cadáveres de pinos con alambres del Estado; un poco aparte, paralela, va la línea encrucetada de la Telefónica; en algún punto, oculta a los ojos, la subterránea de Radio Nacional. Parecido espectáculo, disminuido por la ausencia de la Renfe, se observa a lo largo de las carreteras principales. Se cruza la frontera, por Hendaya o Cerbère, por Barca d'Alva, Vilar Formoso o Marvão, y el panorama cambia por completo. Las comunicaciones eléctricas aparecen unificadas.

Se impone, pues, el «bloqueo de las telecomunicaciones». Precisamente el Movimiento, entre sus magnas realizaciones, ha resuelto el problema de la explotación racional de las industrias de público interés por medio de las Empresas nacionales, con fórmulas elásticas que consienten implantar por el Estado las inexistentes, aportar su colaboración a las retrasadas y, por último, concertar la economía del Estado y la privada por medio de las Empresas mixtas. España es la única nación de Europa en que carecen estos servicios, en parte—concretamente la telegrafía terrestre—de unas finanzas flexibles que, amén de ponerlos al día, al minuto, favorezcan la productibilidad. Y, por supuesto, es también la única en que se duplican o triplican instalaciones y equipos personales de servicio que en un solo bloque aumentarían la eficiencia y disminuirían notablemente el costo de la explotación.

Federico ROMERO

Federico Romero, autor lírico-dramático y telegrafista, colaboró activamente (1917) en el proyecto de telefonía nacional aludido en el artículo y desempeñó (1938-52) la Secretaría de Estudios, Legislación y Publicaciones de Telecomunicación.

Asigúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.

ENTREVISTA CON SANCHEZ JULIA

18 AÑOS PRESIDENTE
DE LA ASOCIACION
CATOLICA DE PROPAGANDISTAS

«LOS PRIMEROS
MILITANTES
SE LANZARON
A LA AUTENTICA
PROPAGANDA
ORAL DE MITINES»

EL ESPIRITU CREADOR DE LA ASOCIACION ACTUAL

CON Fernando Martín Sánchez Juliá, motor de la Editorial Católica, presidente hasta hace unos días de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y muchas otras cosas importantes, como importante es él en muchos aspectos de la vida pública española, gusta de ejercer su potencia y de estar en ella sin que su rostro ni su nombre aparezcan demasiado en esa vida pública a la que dedica sus desvelos. Pero éstos se orientan preferentemente a la formación de quienes han de ocupar puestos clave en la sociedad, es decir, la base no visible, a simple vista, de aquella vida pública. Por ello preciso es reconocer que su personalidad guarda evidente paralelismo con su obra.

Para mí que hoy ha hecho una excepción recibíendome, a sabiendas de que mi propósito era el de conseguir una entrevista. El señor Martín Sánchez está en San Sebastián asistiendo a las Conversaciones Católicas Internacionales, como en años anteriores, desde que aquéllas se iniciaron. Me recibe en uno de los salones del hotel de Londres, desde cuyos ventanales se divisa la tarfeta postal de la bahía.

RAZONES DE UNA RENUNCIA

—¿Cómo ha sido esto de renunciar a la reelección como presidente de los Propagandistas Católicos?

—Como usted sabe, en Loyola se ha celebrado la Asamblea de Secretarios, que es la que tiene el poder decisorio. Cada Asociación tiene un secretario, que es el que ejerce las funciones de presidente, y así resulta que sólo hay un presidente, que es el nacional. Lo mío ha sido un acto normal de transmisión de poderes. Herrera dejó de ser presidente en septiembre de 1935. Entonces me eligieron a mí, y por reelecciones sucesivas de seis en seis años he sido presidente hasta ahora, o sea dieciocho años. Ya en mi anterior reelección, año 1947, dirigí al Consejo una carta rogándoles que pensarán en otra persona. Entonces me convencieron de que no había posible sucesor; yo vi que efectivamente era así.

—¿Por qué?

—Martín Artajo estaba en la política; Ruiz-Giménez, fuera de España, y no había otras personas que me pudieran suceder. No obstante, tenía pensado des-

de hace cuatro años renunciar. Y cumplí una de mis consignas: lo primero que debe hacer quien ocupa un cargo es formar al sucesor. Así, hace cuatro años nombré secretario general a una persona de San Sebastián, por cierto. Chico listo, orador y escritor estupendo. Francisco Guijarro. Durante esta época he visto que se realizaban mis esperanzas. En julio dirigí al Consejo una carta renunciando a una reelección tan segura como innecesaria.

—Quizá al gran público le gustase conocer por usted mismo las líneas generales de la Asociación.

—Se fundó en 1909 con el nombre de Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas. La presidió desde el primer momento Angel Herrera. Se puede decir sin jactancia que nadie que quiera escribir de historia interna del catolicismo español en lo que va de siglo puede dejar de consultar la historia de los propagandistas. Esto es lo que dijo Guijarro en Loyola, y con razón.

—¿Cuál era la situación del catolicismo español al nacer la Asociación fundada por Herrera?

—Quien realmente la fundó—apunta, siempre preciso, don Fernando—fué el padre Angel Ayala, jesuita. El catolicismo español estaba a la defensiva, dividido y subdividido y entregado a actividades políticas. Los primeros propagandistas se lanzaron a la auténtica propaganda oral de mítines. Los mítines entonces eran

republicanos o socialistas, y decir mitin católico entrañaba casi una antinomia de los términos. Su lema eran las palabras de Pío X a los católicos españoles: «Un mismo pensar, como un mismo querer, como un mismo obrar.» Había que unificar el pensamiento, las voluntades y la acción, coordinándolos. Las primeras campañas, que yo no conocí, pues era un crío, se dirigieron contra el laicismo de Canalejas, la ley del Candado, etc. Pero luego la Asociación adquirió un carácter de precursora y de creadora y un espíritu positivo. Por ejemplo, como precursora ha abierto caminos que no todos han podido recorrer y que ahora siguen con éxito otras instituciones. Como ejemplo de su carácter creador y positivo diré que entonces se discutía sobre si había o no buena Prensa o si había que hacerla, y la Asociación zanjó el asunto, cortó el nudo gordiano diciendo que ante todo había que conseguir Prensa buena; entonces nos leerían también los afines e iríamos hacia los indiferentes. Se fundó «El Debate» y se organizó en forma nueva, con un Consejo de Redacción, con un archivo, con revistas, con libros, con todo lo que hace falta para escribir y hoy es pan comido, pero que por aquella época era completamente nuevo, pues los artículos de fondo se los sacaban Burell y compañía de la manga, según la inspiración que surgía en la tertulia nocturna.

—Para aprender la nueva técnica periodística, ¿qué hicieron?

—Unos fueron a Estados Unidos, otros a distintos países de Europa. Nosotros viajábamos mucho, por entonces.

**«NI POBRES NI RICOS,
SINO TODO LO CON-
TRARIO»**

—Me ha dicho usted que viajaban mucho. Recuerdo haber oído a algún alumno de sus clases de Geografía Económica de España, de la primera Escuela de Periodismo, que por usted supo mucho del cuerpo de España. Díganos, ¿qué posibilidades tiene España de superar su suerte de país pobre?

—Soy enemigo de tanta ponderación de nuestra pobreza. En estilo de «La Codorniz» diría, que ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario. O mejor, pobres, pero no tanto. Somos la segunda nación europea en extensión, y quien tiene mucho solar puede edificar mucho; no como en Bélgica, donde les ocurre lo que en Eibar, que no caben ni de pie.

—¿Qué desarrollo económico, pues, nos espera?

—El día que se inventara la lluvia artificial, maravilloso, lo que usted quiera.

—¿Y sin ella?

—Mientras tanto se debe ir hacia una ordenación agrícola, concretamente hacia una autarquía triguera; mayor ganadería para comer más carne y disponer de otros alimentos derivados. En fin, sobre todo esto di una conferencia en la pasada Semana Social de Córdoba. Allí dije que ahora, después de que los extranjeros nos habían tenido condenados al hambre, nos echan en cara ciertos detalles de nuestra pobreza. Pero no piensan lo que España

hubiera sido de haber recibido la ayuda norteamericana que han tenido otros países. Concretamente los ingleses han recibido por cada persona el equivalente de 8.000 pesetas, y de 11.000 por cada hectárea de terreno. Reúna usted a los de su casa alrededor de una mesa, deles 8.000 pesetas a cada uno y calculará mejor lo que eso supone. Los problemas de la vivienda y del coche económico podían estar resueltos. E imagine lo que un campesino podía haber comprado con 11.000 pesetas por hectárea.

Volviendo al tema primero, ¿cómo ha quedado integrada la nueva Directiva de la Asociación de Propagandistas?

—Tenemos ahora un estupendo presidente y un equipo magnífico. De secretario, a un Silva, que ha ganado simultáneamente dos oposiciones: la de abogado del Estado y la de letrado del Consejo de Estado—un pequeño fenómeno—, y de tesorero a un Carlos de la Mora. y no olvidemos a Agesta, gran muchacho. Yo me quedo como consejero.

**«HACE FALTA LIBER-
TAD DE PRENSA, PERO
NO EN EL ESTADO, SI-
NO EN LA EMPRESA»**

—Ha hablado usted antes, refiriéndose a la Asociación, de una «area precursora, de la apertura de caminos que hoy siguen con éxito otras instituciones...

—Ejemplos, la primera Escuela de Periodismo, de la que salieron casi todos los grandes directores de agencias y periódicos de hoy: Gómez Aparicio, de la Efe; Juan Aparicio, director general de Prensa y de la actual Escuela y ex profesor de la otra. Otro ejemplo, la tarea de arrebatar los Ateneos a las izquierdas, la conquista de las cátedras universitarias, los Consejos de Redacción en los periódicos, la independencia de las Redacciones con relación a la Empresa...

—¿Cree usted que existe tal independencia?

—Institucionalmente, no. Yo no digo que no la haya en algún periódico. Pero haría falta modificar la reglamentación legal de la propiedad de los periódicos. Hace falta libertad de Prensa, pero no en el Estado, sino en la Empresa. Más claramente, un periodista piensa en atacar o defender algo en desacuerdo con los intereses concretos de los propietarios, y o no llega a realizar su campaña o es un suicida. Se puede exigir de un periodista que sea honrado, pero no se puede pedir que un padre de familia periodista sea héroe todas las noches.

—¿Cree usted que efectivamente, como es comúnmente admitido, los propagandistas y las instituciones por ellos creadas han puesto en circulación un determinado tipo humano?

—Sí, un tipo de hombre que es legítimo, moderno, muy firme en sus principios religiosos, de intensa vida espiritual, creador, positivo, eficaz. Este es el arquetipo. Posiblemente haya por ahí muchos que se llaman propagandistas y no sean así, ¡qué le vamos a hacer! En cambio, hay muchas figuras señeras que hoy son como cuando eran propagandistas. Ahora formamos las sucesivas ge-

neraciones, a los que ya no hicieron la guerra, a los que les faltan vivencias de confraternidad y un módulo de sacrificio para valorar lo que vale la paz en que viven.

—¿Tiene usted algo que decir en contra de un criterio que ve en aquel tipo humano el defecto de no conceder atención al cultivo de las virtudes de arrojo, de gallardía?

—Onésimo Redondo era propagandista, y en los propagandistas se formó Angel Rivero, el del Alcazar, que era secretario del Centro de Toledo, y Marcelino Oreja, que fué protomártir, asesinado por la revolución del 34 en Mondragón. También era propagandista Federico Salmón, que fué Ministro de Trabajo, asesinado en Paracuellos; él fué el Ministro que deshizo el monopolio socialista de los Comités paritarios. Y así, entre la gente que mataron los rojos y la que murió en el frente cayó el 12 por 100 del censo de los propagandistas. En cuanto a mí, todos saben que siempre he sido partidario de las posiciones de vanguardia y de eso que la gente llama gallardía, aunque físicamente me esté ya vedada.

—¿Cómo se recluta a los propagandistas, cómo se ingresa en la Asociación?

—Los que tienen interés por ingresar vienen a nuestros Círculos de estudios, y después de conocer la obra ingresan o no.

—¿Labor de la Asociación desde el final de nuestra guerra?

—Colegio Mayor San Pablo, el Voto Nacional Asuncionista, toda la labor referente a moral profesional... ¡Cualquiera se acuerda!

—¿Tarea por delante?

—A eso podrá responder el nuevo presidente.

EL CONCORDATO, DO- CUMENTO UNIVERSAL

—¿Qué opina del Concordato?

—De eso se podría escribir un libro.

—Sintetice.

—Primero, que es un documento universal, porque es de tesis; se consultará como se consulta una enciclopedia y se copiará sobre todo por las naciones católicas. ¡Quién sabe si para Italia ni es un precedente! En el Concordato hay mucha benevolencia paternal del Papa y mucho trabajo, muy español, de monseñor Tardini, y por nuestra parte una catolicidad sincerísima del Jefe del Estado y de sus colaboradores, especialmente los que han tenido la fortuna histórica—díjalo así—de intervenir en él directamente: Martín Artajo, Ruiz-Giménez y Castiella. Hay otros precursores, como, Serrano Súñer, Yanguas, Ibáñez Martín, Fernández-Cuesta, etc. El Concordato tiene una importancia extraordinaria y supone un triunfo diplomático y político extraordinario, de Franco y de España. Y un triunfo magnífico de la Iglesia, porque un Concordato es siempre una carta de garantías para la religión.

—Aparte de la de trabajar, ¿cuál es su mayor afición?

—Viajar, moverme constantemente. Creo que conozco España como pocos.

ALBERTO CLAVERIA

NUESTRO CINE EN VENECIA



Casanova, en representación de la delegación española, habla a los periodistas extranjeros

LA DELEGACION ESPAÑOLA OFRECE UNA RECEPCION

353 PERIODISTAS ACUDEN A LA BIENAL



16 NACIONES EN SETENTA Y SIETE HORAS DE PROYECCION

NO es tan fiero el león como lo pintan. Al menos el ambicionado «León de oro de San Marcos», símbolo y prestigio de la Bienal veneciana no tuvo esta vez fuerza en su reclamo para movilizar talento o fantasía a que entregarse. Nadie se lo llevó y ninguno lo mereció. Los rusos intentaron a última hora su captura por la grava, sin conseguirlo. El león es italiano y tiene habilidad en la esquiva.

El oro ahorrado dió de sobra para aumentar a seis los leones de plata y promover una inesperada generación de leones de bronce, con los que el Jurado montó un número acrobático en el hilo del halago que no gustó al respetable. Las películas habían ya decepcionado; ahora decepcionaba el Jurado para que todo quedara a todo en esta XIV Bienal, la Bienal de la desilusión.

En el toma y el daca de las complacencias, «La guerra de Dios»—película que representaba al cine español—perdió un premio superior al otorgado. Era



El director general de Cine y Teatro preside la mesa reservada a los españoles en el banquete oficial de clausura



hasta última hora un «León de plata» indiscutible, que en el laberinto de las maniobras ajenas se transformó en «León de bronce». La ovación del público, en noche tormentosa, dió a este bronce mejor tañido que el de la plata regalada.

De Venecia han salido, desde luego, seis leones de plata. También seis toros hacen corrida y ya saben luego lo que pasa. No, no es tan fiero el león como lo pintan. En la jungla del cine por lo menos.

LAS HORAS PERDIDAS

Dieciséis días ha durado el festival; 16 naciones presentes, 16 banderas formando festón al Adriático; 30 películas, 22 documentos, 42 fragmentos de films retrospectivos; setenta y siete horas de sala de proyección. Horas perdidas en la sombra. Un minuto de luz en el pálido atardecer de la plaza de San Marcos vale mil veces más que esas setenta y siete horas asomadas al melancólico panorama de la pantalla.

Cien mil metros de celuloide han necesitado estas gentes del cinema para contar la vulgar historia de 12 adulterios, de 22 minutos de besos, de cinco estupros, de 10 prostitutas, de cinco homicidios, de cuatro detalladas escenas de seducción... Una tela de seis metros bastaba al Tíepolo, puede verse ahí mismo en cualquier palacio veneciano, para conmover durante siglos a los hombres. La blanca tela de la pantalla, convertida durante setenta y siete horas en suburbio del arte, a nadie ha conmovido. ¿Se nos muere el cine, triturado en la máquina de su física efímera? Un día, en la sesión de las cuatro, nos dieron «El nacimiento de un arte» (selección desde Louis

Lumière a Gerard Burgeois); dos horas después desfilaban por el mismo lienzo las inocuas imágenes yugoslavas de «Jara Gospoda», 1895-1953. La pantalla dió la sensación de lápida tapiando el cadáver de un arte inútil. Cinco años atrás, ni uno solo de los films proyectados en esta XIV Bienal habría sido aceptado por un benévolo jurado de admisión. Casi todos los aquí llegados—naciones, directores, intérpretes—tienen en los anuarios reseñadas películas mejores que la última enviada a Venecia. Y en cine todo vale lo que la última película. ¿Es esto síntoma grave? Meditado en Venecia, a mí me lo parece; puede que no lo sea a la hora de animar la desolada tarde del domingo provinciano.

Setenta y siete horas perdidas en este tren cargado de viejos pasajeros conocidos, sin paisaje en sus ventanillas, sin estación de término interesante; dieciséis días para que el «León de San Marcos» se declarara desierto. Es ya un resumen. Lo haremos más amplio, puesta la clave del tema en su adecuado tono menor.

MADE IN U. S. A.

Hollywood sabe hacerse el importante en estas cosas del cinema. Siempre destaca por algo. Su lote, cinco películas, fué el más numeroso. Abrió el festival con «Roman Holiday» (vulgares vacaciones romanas de Gregory Peck y Audrey Hepburn, organizadas por un Willyam Wyler, que también dió vacaciones a su habitual talento) y lo cerró con la «bomba» del cinemascopio, brillante promesa de una nueva era de «colosalismo». Hollywood, a vueltas con tanta dimensión, ha mareado su brújula. Se explica así que presentara en humilde sesión

de tarde, cuando el festival tenía demasiado sofoco para aguantar más butaca, la delicia de «The little fugitive». Con la traición que suponía a su marca de fábrica, fué la sorpresa del certamen. Aquel pequeño Joseph Burstyn, que bullía continuamente por el lido con su figura de hockey envejecido y un humilde «Is it good?» en los labios, había producido la película más sensible, primorosa y humana de todo el festival. Pudo llevarse el «León de oro» si Hollywood la hubiese aupado en su propaganda, pero en Hollywood no se lo creyeron. Habría supuesto aceptar que una solución a la crisis del cinema es también realizar buenas películas. Lo que, al parecer, sólo pueden hacer ya productores tan independientes—independientes hasta en el ejercicio de su inteligencia—como el simpático Joseph Burstyn.

«The little fugitive» revela que esa preocupación por la tarada infancia de la posguerra, que «sacó a angustia» el cine italiano, no es problema exclusivo de Europa. El pequeño Joey del film no es un niño delincuente, sino víctima de ese miedo actual que deja huellas en el alma. Tres directores firman la película: Ray Ashley, Morris Engel y Russ Orstein. Trío de la buena fortuna, hay en su relato intensidad expresiva, rica observación de la psicología infantil, conmovedor realismo, lírica sencillez, todo montado sobre una anécdota de aérea heredad: un niño de siete años, hijo de una vendedora de Brooklyn, huye por un miedo nimio; el pequeño se pierde entre la densa marea humana de coney island. Apenas nada más lo suficiente para ofrecer una narración de ritmo sin pausas en la emoción, un transido poema



España estuvo dignamente representada con «La guerra de Dios». Ganó el primer premio de la O. C. I. C. y un «León de bronce»

de soledad, todo un mundo de observaciones captado con retícula proustiana. Y la suerte de encontrar al pequeño Richie Andrusco, niño de origen italiano nacido en Brooklyn, de sorprendente intuición expresiva. Ha sido el «León» más justo y una de las mayores ovaciones oídas en Venecia.

También Hollywood se llevó el «León» más injusto: el de bronce concedido a «Pickup on south street». Lo protestaron todos; también los rusos, aunque en ellos pesaba esa ideología que no abandonan ni a la hora del baño. Por ellos nos enteramos de que «Pickup on south street» era una película anticomunista; antes sólo sabíamos que era una mala película. Trata un caso tonto-policíaco en torno a un secreto atómico. Ya se adivina, dónde hay un átomo rodeado de espías; Moscú se siente aludido. La protesta tuvo más interés que los puñetazos sin restricción que reparte Richard Widmar R. y las sospechosas andanzas de Jean Peters. El Jurado sólo pudo justificar en el acta la habilidad técnica de Sauner Fuller.

Buen ejercicio de director el de Irving Reis al mover en el único decorado de una alcoba los dos personajes de «The Fourposter», la comedia de Jan de Hartog, estrenada en España con el título de «Historia de un matrimonio». Transplante íntegro de la obra con breves retoques y un



Un fotograma de «I Vitelloni», un tema que en otros tiempos habría tenido tratamiento desolado



«The four posters», interpretada por Lili Palmer, que recibió el premio a la mejor interpretación

buen hallazgo: el paso del tiempo resuelto en dibujos animados. Una gran interpretación, la mejor de la Bienal, de Lili Palmer y una interpretación a secas de Rex Harrison. Película de fatiga, que hacía desear otro lecho «four-poster» en la sala.

Los productores de Hollywood han pecado mucho. Ahí queda para su castigo este Jonathan Shields, cuyas semejanzas con el productor Selsnick parece que no son mera coincidencia. Con sus seis «Oscar». «The bad the beautiful» («El bruto y la bella») era el «grueso calibre» americano. Se disparó una noche de expectación, con pleno de «estrellas» en la sala. Había también morbosa curiosidad. Es de nuevo «el Hollywood por dentro», sus intrigas, su lucha feroz, sus seres de una pieza, su selva. No entra la nostalgia como en «El crepúsculo de los dioses». Opera sobre la carne viva, actual e histórica del Hollywood de cada día. Jonathan Shields, encarnado por el «duro» con piel de simpático de Wir R. Douglas, representa la máquina que debe elaborar buenos productos. Ambición de éxito en la que fracasa el amor de la «estrella» Georgia Lorrison (Lana Turner), la amistad del director Amiel (Barry Sullivan), la paz espiritual del guionista Bartlow (Dick Powell), la pretenciosa rutilancia del divo Ribera (Gilbert Roland). Todos los sentimientos, todo lo que en Hollywood tiene presentación y gloria, machacados a los pies de un productor que quiere «el éxito». El «éxito», suprema razón de cine. Es la máquina de Hollywood, que Vicente Minuelli ha puesto del revés para apreciar sus muchas faltas. Película de calidades artísticas, cruda, agresiva, con una interpretación perfecta. Tal vez todos vivían trozos de su propio papel en la vida. Pasó por el agua de Venecia sus seis flamantes «Oscar» y sólo se llevó el león que había traído, el de la M. G. M., símbolo acreditado del producto «made in U. S. A.»

«EL VUELO DEL MOS-CARDON»

Los rusos volvían a Venecia por primera vez desde 1947. La propaganda del Certamen lo presentó como número fuerte. Ellos trajeron dos banderas: el nombre de Pudovkin, un día maestro indiscutible del cine, y la música de Rimsky-Korsakov. Pudovkin ha muerto hace poco, físicamente se entiende; para el cine murió cuando el tractor se convirtió en «vedette» principal de la pantalla soviética. Repartieron su «acondicionada» biografía en cuidados folletos; presentaron al director Pturcko como su discípulo predilecto; le citaban siempre. Pero tuvieron la mala idea de presentar su última película: «El retorno de Vassili Bortnikov». Imaginen un tratado sobre la psicología de la regadora. A veces Pudovkin insinuaba su antiguo genio cinematográfico, en la escena aparecía entonces un tractor para demolerlo. Para los campos de Rusia había sido eficaz el regreso de Vassili; no lo ha sido para el cine y mucho menos para Pudovkin, a quien el «signore» Petrucchi rindió públi-

co homenaje en la solemne ceremonia de la apoteosis.

El viceministro Semionov decidió conquistar Venecia con el halago de la música. Pero en el cine los ojos cuentan más que el oído. Bajo la luz «infrarroja» que puso el director Gregori Kascial a la biografía de Rimsky, el músico aparecía como un pionero del progresismo soviético que intentaba derrumbar a fuerza de corcheas el edificio burgués. Por un momento temimos que «El gallo de oro» contara para dar la entrada a los obreros de una fábrica. Quizá no captaron la posibilidad revolucionaria del momento. Ellos echan valor a la mentira. En el films, Rimsky-Korsakov afirma con orgullosa fiereza: «Durante toda mi vida sólo he pisado suelo ruso y sólo oí voces rusas.» Si recuerdan que Rimsky era marino de guerra, reconocerán que como xenofobia es de aupa. Y como declaración de pacifismo, ni Molotov la habría mejorado.

Con «Sadko» dieron más Rimsky-Korsakov. «Sadko» es un cuento infantil que Alexandro Ptuscko ha montado con sentido escenográfico, utilizando buenos «ballets», lujoso vestuario y excelentes decorados. Hay que reconocer que con «Sadko» estuvieron más prudentes en la propaganda. Sin duda el juglar de Novgorod todavía no ha ingresado en el partido. En la relación al cine soviético, la película supone avance considerable, comparada con el cine occidental aun no ha llegado a los tiempos de «El ladrón de Bagdad» en technicolor. Sólo una calidad apreciable: el «gagficolor», tan bueno como cuando era manejado por sus legítimos dueños.

Era una delegación nutrida, moviéndose siempre en pelotón hasta eligiendo en la playa el trozo de Adriático sin «bikinizar» y, por supuesto, sin contaminaciones del cercano Tito. Al principio despertaron curiosidad, luego resultaban una lata. De Rimsky-Korsakov sólo les queda «el vuelo del mocardón» en tono desafiado.

FIN DE UN ESTILO

El «neorrealismo» está en período agónico. Cuatro películas ha presentado Italia: «Napolitani a Milano» (Eduardo de Filippo), «I vitelloni» (Federico Fellini), «Anni Facili» (Luigi Zampa) y «I vinci» (Michelangelo Antonioni). Les queda el estilo en la realización, en esa libertad de movimientos que la cámara ganó con el «neorrealismo», en la forma directa de tratar la escena. Por la pantalla italiana cruza ahora una brisa de optimismo. Sigue preocupada con sus problemas sociales: la crisis de vivienda que enfrenta a napolitanos y milaneses; la corrupción burocrática para llenar la bolsa de los años fáciles; la delincuencia de los niños, vencidos en la contienda bélica; el señoritismo zángano de los «vitelloni», problemas todos que se sienten en la condolida carne italiana. Pero ya están tratados de otro modo, sin desconsuelo, con humor y cierta benevolencia. No es el aguafuerte de antes. Si acaso la acuarela. Como si Zaratini hu-

iera cambiado la boina por un «borsalino». En esta evolución el cine italiano ha perdido personalidad. La suple con la bella arquitectura de sus «estrellas» femeninas, aunque en la Bienal procuraron que hubiera poca anatomía en la pantalla. La señorita Pampanini se encargó de exhibir en la playa ración extraordinaria.

EL FRANCES CON LA GRIMAS

Tuvo un «León de plata» la capacidad de maniobra de Marcel Carné. Como cebo diplomático para llegar felizmente a un acuerdo de coproducción franco-italiano, «Les orgueilleux» se llevaron otro «León de bronce». Pueden airearlos la publicidad. En el ánimo de los que asistimos al festival está bien claro que el cine francés no ha sido galardonado. Ya es signo de la actual debilidad cinematográfica que las dos películas francesas premiadas —«Teresa Raquin» y «Les orgueilleux»— y una de las italianas ...«I vitelloni»—sean coproducciones. El arte no es cosa de sociedad anónima.

«Le bon dien sans confession» (Claude-Antant Lara) —no es ni mejor ni peor que las otras dos del lote francés. Puede colgarse el premio a la mejor interpretación masculina concedido a su protagonista Henri Vilbert. Un título más legítimo desde luego que el de «Teresa Raquin», donde el mucho nos tememos acabado Marcel Carné ha convertido en crónica necrológica el desacreditado naturalismo de Zola. Más legítimo también que el «bronce» de «Les orgueilleux», con cuyo argumento Jean Paul Sartre se entrenaba en la náusea a base de meter los dedos en la boca. Cine de vómitos, de cadáveres en primer plano, de cuadros pintados por el portero de Solana, que arrastra en su fracaso a esos dos intérpretes de primerísima categoría que se llaman Gerard Philippe y Michel Morgan.

Queda lejos, a juzgar por estos envíos a Venecia, la tradición del buen cine francés. Al salir de «Teresa Raquin» todos recordaban a Jacques Feyder. Lo que no es una alabanza para Carné.

LA CLAVE FANTÁSTICA

En las calles y estancias de sus «escenarios» naturales el cine ha ido perdiendo imaginación, inventiva, ambiciones creadoras. Le preocupa más lo que sucede en la casa del vecino. La fantasía vino al festival vistiendo kimono. «Ugetsu-monogatori», la película japonesa premiada, cuyo título puede traducirse por algo así. «Cuento de la luna misteriosa y pálida después de la luna», ha sido uno de los pocos alardes fantásticos del Certamen; desde luego, el más logrado. Son relatos populares del cerrado Japón medieval, con sus historias de amores fabulosos entre princesas y guerreros de complicada armadura; con sus personajes recargados de simbolismo: La lúbrica serpiente, la envidia, los celos; con sus bellos atardeceres alumbrando espíritus malignos de la noche. Película con encanto, bellas imágenes, admirable trabajo de composición. Proyectada en

las primeras jornadas, su éxito y la baja calidad de las restantes dieron al diminuto director Mizoguchi la aureola de vencedor que paseaba por toda Venecia, siempre flanqueado por las dos «estrellas» niponas cubiertas hasta los tobillos, con los de la «vedette» india, fueron los únicos que no se vieron en la hora cómoda del «Excelsior». En aquel mundo unificado por el «bikini», ellas seguían concediendo importancia a la tela. Vestían empavesados kimonos con una gran flor a la espalda, frágil paracaídas para protegerlas de un aterrizaje en amor.

El otro film japonés—«La saga de Anathan»—fué un japonés falsificado por Sternberg, que ahora arrastra por allí su decadencia.

LOS FILMS SIN HISTORIA

Poco cabe ya hablar de los otros films presentados. Sólo una mención especial para «Moulin rouge», con sus aciertos ambientales, su plástica bellísima y la nostalgia de aquel París enviciado y perverso de Toulouse-Lautrec: el «Moulin de la Galette», la Goule, Montmartre, la calle solitaria, la muchacha con el cigarrillo en la boca y el coñac que arruinó la vida del artista deforme. Sigue página a página con breves variaciones de detalle, la novela de Pierre la Mure que no gustó a los franceses. John Huston revalida su sentido artístico en un estilo apartado del suyo habitual. José Ferrer hace una interpretación de Toulouse-Lautrec más apreciable por el esfuerzo físico que supone que por su calidad dramática. Detalle a recordar: por primera vez el color ejerce una función activa en la calidad de la película.

Alemania envió dos films—«La gran tentación» y «No olvidar el amor»—, dos comedias a lo Hollywood, pero sin los elementos de Hollywood. Cine de aburrimiento, paso atrás considerable.

Menos vale la pena hablar de esas malas ilustraciones para el «Decameron» que mandó Suecia y si consignamos algunas secuencias de la brasileña «Sinha moca» (realizada por el inglés Tom Payne), podemos resumir que todo lo demás no era cine, sino simple curiosidad por ver lo que se hace tras la frontera caviar. Y lo que se hace fué la «ganga» de un festival mediocre.

TODO EL PANORAMA DE
LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID



Claude Layda y Fernando Sancho en una escena de la magnífica producción «La guerra de Dios»



Una patética escena de «La guerra de Dios», interpretada por Francisco Rabal y la pequeña María Eugenia

«LA SPAGNA»

La sala del palacio del Festival se caldeaba, para nosotros, con una particular emoción cuando por el altavoz, hecho ya el oscuro, se anunciaba: «La Spagna presenta...» España, que por la tarde había presentado fuera de concurso «Sierra Morena» («Carne de horca»), premiada con el «Puñal de Murano», por la noche ofreció la sorpresa de «La guerra de Dios». Tardó en entrar un poco el público—los primeros trescientos metros son fríos—. Pronto sonaron los primeros aplausos, repetidos varias veces y convertidos en ovación al terminar. Ganó el primer premio de la oficina del Cine Católico y un «León de bronce», que debió ser de «León de plata» sin las malas artes del Jurado. (El buen sacerdote español de la película tenía también guerra que hacer en la «mina» del Lido.)

Un periódico propuso que se diera el «León de oro» vacante a las seis «estrellas» españolas presentes en Venecia. Con su belleza, su alegría y también con su discreción en aquel mundo de locos fueron lo mejor de la crónica al margen de la pantalla. Como cada delegación, la española ofreció una fiesta. Todavía se

comenta. A pesar de su aparente frivolidad, aun hay que enseñar a estas gentes cómo se pasa bien honestamente, sin necesidad de corregir a la Naturaleza.

VANIDAD DE VANIDADES

La crónica registra 15 recepciones, 21 cocktails, 12 conferencias de Prensa y el baile de la condesa Volpi. Poco tiempo de «mundanidad» si se tiene en cuenta el que necesitan estrellas y directores para hablar en su propia vanidad y en detrimento de la ajeña. Y menos mal cuando se murmuraba, el resto era aburrimiento.

Desfilieron por Venecia durante las jornadas del festival, 13 directores, 21 actores y 16 «estrellas» de primera magnitud. Todos procuraron que sus nombres no fueran el limbo de «los que sentimos no recordar». Nombres de prestigio ganado o prefabricado, que en el cine tanto monta; 353 «enviados especiales» hemos contado al mundo la desilusión de esta XIV Bial. Unos kilómetros más allá. Tito se moría de envidia ante tanta estilografía movilizadora en un trabajo inútil.

Alfonso SANCHEZ
(Crónica especial desde Venecia para EL ESPAÑOL.)

LA BOMBA DE COBALTO



UN EXPLOSIVO DE TERRIBLES CONSECUENCIAS QUE PUEDE DESTRUIR LA HUMANIDAD

SU RADIOACTIVIDAD PERMANECE EN LA ATMOSFERA DURANTE CINCO AÑOS

CON la traición de los físicos ingleses Fuchs y Nun May, espías de Rusia, se interrumpió el intercambio científico de la investigación atómica entre Estados Unidos e Inglaterra, las cuales organizaron y prosiguieron sus trabajos con entera independencia y con el mayor secreto posible.

En Inglaterra se encomendó la investigación a la figura culminante de William George Penney, formado en la escuela de lord Rutherford, en los famosos laboratorios de Cavendish (Cambridge). Penney había trabajado, además, en Los Alamos y en otros centros atómicos norteamericanos.

Bajo su propia dirección Penney preparó la primera serie de ensayos ingleses en la isla de Montebella (Australia), donde se explotó la primera bomba atómica de Inglaterra el 3 de octubre de 1952. Otras experiencias del campo de tiro de Woomera pusieron a punto una verdadera familia de armas atómicas, incluidos los cohetes de intercepción teleguidados. Estos resultados motivaron en Churchill la esperanza de una variación en el sistema de defensa de Occidente establecido por la N. A. T. O., ya que el valor de la aviación ordinaria como arma de agresión había disminuido en considerables proporciones. Además podía obtenerse la ventaja de un menor coste en las armas atómicas que habían de sustituir a las clásicas.

Así Inglaterra obtenía el fruto de los descubrimientos iniciales de lord Rutherford y de los estudios atómicos realizados en los centros de Birmingham, Oxford, Harwell y otros.

EL MONOPOLIO ATOMICO DE OCCIDENTE Y LA BOMBA «H» RUSA

Pese al diligente espionaje ruso y al daño causado por la traición del espía Claus Fuchs—que fué el científico de primera línea que comunicó los secretos atómicos a Rusia por intermedio del vicecónsul en Nueva York, Anatoli Yakvlev—, los Estados Unidos tenían confianza completa en su superioridad atómica sobre los rusos. Pero aquel espionaje tuvo la enorme importancia de encauzar a Rusia sobre los caminos seguros del conocimiento. Y, sin el gasto y tiempo que todo descubrimiento exige en los primeros instantes, la situó de golpe en un nivel bastante elevado en

lo que a la investigación nuclear bélica se refiere.

La declaración de Malenkov ante el Soviet Supremo el 8 de agosto sobre la posesión por Rusia de la bomba de hidrógeno y la confirmación posterior del ensayo de explosiones termonucleares en su territorio causaron una gran impresión en la opinión mundial. Y estimularon al Occidente para intentar nuevos avances.

NUEVAS EXPERIENCIAS ATO- MICAS EN AUSTRALIA. — LA BOMBA DE COBALTO

En tales circunstancias y cuando se están preparando las experiencias atómicas de Woomera (Australia), que han de realizarse en la segunda mitad de octubre próximo, y cuya importancia queda patente por el viaje del propio ministro de Suministros, un físico inglés, cuyo nombre, por el secreto con que ahora se llevan las investigaciones, se mantiene desconocido, expresa públicamente su opinión de que en lugar de impresionarse por la bomba «H» rusa sería más útil considerar el tremendo poder de la bomba de cobalto, o bomba «C». Añade el referido investigador que la mencionada bomba «C» se «hallaba aún en términos de proyecto, pero que se basaba en principios muy sencillos y bien establecidos».

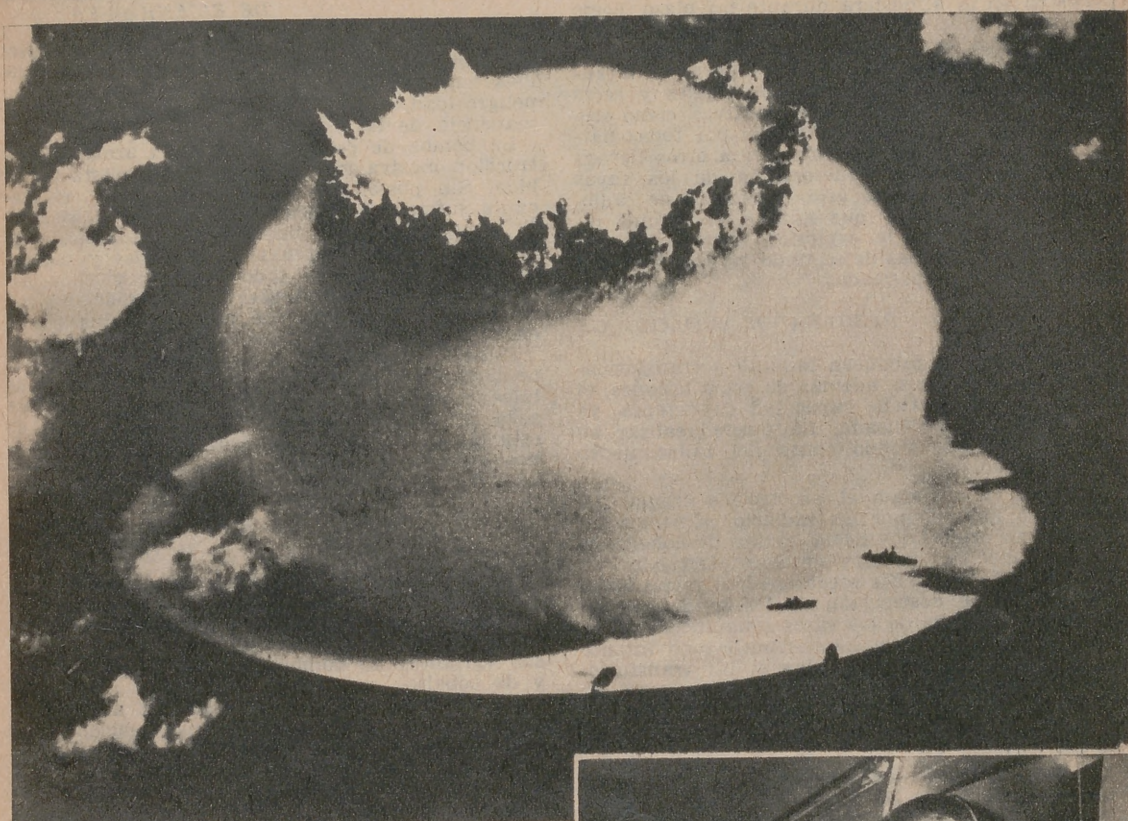
Esta declaración—rompiendo el secreto bien guardado de las investigaciones atómicas inglesas—, relacionada con la manifestación de que los ensayos de Woomera recaerán sobre «armas» trascendentales, es el único origen que puede encontrarse al revuelo mundial de las últimas semanas que atribuye a los ingleses el propósito de experimentar en Australia la primera bomba de cobalto.

EL COBALTO.—SU ISOTOPO 60 ES RADIOACTIVO DURANTE CINCO AÑOS

El cobalto, por su semejanza, forma grupo con el hierro y el níquel; pesa cerca de nueve veces más que el agua, funde a unos 1.500 grados y hierve a los 2.900. Es más blanco, más duro y más brillante que el níquel.

Su nombre deriva de la palabra alemana «kobald», que significa espíritu maligno. Los meta-

LEJA EN MANTILLAS A LAS OTRAS



lúrgicos antiguos aplicaban el vocablo a aquellos minerales que tratados por los métodos ordinarios no daban metal alguno. El fenómeno era explicado por la superstición en forma de poder diabólico. Se decía que el mismo demonio no consentía que los hombres obtuviesen sin su permiso ninguna clase de resultados favorables. Sin embargo, el metal fué aislado en 1775 por Brandt.

El cobalto se encuentra en el hierro meteórico de los aerolitos, y sus minerales se han utilizado desde muy antiguo en la coloración del vidrio; además tienen empleo, en la forma de silicatos, para la fabricación de esmaltes.

Es muy interesante señalar que los compuestos de cobalto son, en general, tóxicos y que ejercen sobre el organismo animal una determinada acción de entumecimiento muscular.

El isótopo 60 del cobalto es radioactivo, con un período de vida no menos a cinco años, y produce emanaciones beta y gamma fuertemente penetrantes.

BASE TECNICA DE LA BOMBA DE COBALTO

Las investigaciones inglesas se conservan bajo el más riguroso secreto. Por tanto, únicamente por conjeturas pueden deducirse las posibilidades científicas de los trabajos realizados en los centros atómicos de Gran Bretaña.

Se admite, desde luego, que la bomba de cobalto es de las llamadas de triple detonación. Utilizada como fulminante, la bomba atómica ordinaria causa la explosión de los compuestos de deuterio y tritio en una bomba de hidrógeno. La reacción termonuclear produce los efectos ya conocidos. Pero si la bomba de hidrógeno se halla revestida de una espesa capa de cobalto, la desintegración de este metal origina una «radiación penetrante» y persistente que supera los efectos dañinos de la bomba de hidrógeno.

El cobalto, bajo el bombardeo neutrónico, se convierte en su isótopo 60. Este isótopo es fuertemente radioactivo y posee gran número de emanaciones beta y gamma, que son, como se sabe, las más peligrosas.



Sir William Penney, investigador atómico, visita con sus hijos una Exposición donde se exhibe el hombre del futuro atómico

EFFECTOS PARTICULARES DE LA BOMBA DE COBALTO

Al añadirse el cobalto como nuevo elemento en la reacción termonuclear de la bomba los efectos

explosivos no quedan incrementados, como tampoco sufren variación los efectos energéticos materiales.

Pero lo que hace verdaderamente terrible esta nueva arma es la enorme cantidad de emanaciones radioactivas del cobalto. Estas emanaciones persisten en la atmósfera durante un plazo, como ya hemos dicho, no inferior a cinco años. Un solo proyectil es suficiente para contaminar, en plazo más o menos largo, pero seguro, la totalidad de la atmósfera, aguas superficiales y seres de la tierra. Las partículas radioactivas, como «cenizas» de la explosión, penetrarían por todas partes y pasarían de unos continentes a otros llevando la contaminación poderosísima de los rayos gamma, dotados de una gran capacidad de radioactividad. A esto hay que añadir los efectos directos derivados de la explosión misma, que, verificados en milésimas de segundo, no son, por ello, dignos de ser despreciados.

RESULTADOS BIOLOGICOS

Las radiaciones producen lesiones y transformaciones celulares. Pero, además de estas lesiones, el cuerpo celular no tiene capacidad de defensa, ya que la célula, inutilizada, no puede realizar su función orgánica, siendo causa del fallecimiento del individuo.

Aunque, en realidad, el proceso de ataque del organismo humano por las radiaciones de los rayos gamma originarios de la bomba de cobalto es casi desconocido, diversos ensayos efectuados en animales—generalmente roedores—han revelado un efecto lento de destrucción de los tejidos, deformaciones y roturas de los vasos sanguíneos y múltiples hemorragias, que hacen inútil todo intento de transfusión de sangre. Mas si las transfusiones fuesen factibles, volvería a correrse el peligro de la contaminación de los donantes, sin que éstos hubiesen sentido todavía síntomas claros de su enfermedad.

La contaminación de animales, vegetales y cosas, así como la de las aguas de superficie, plantea un problema de defensa, problema para cuya solución se carece, hoy por hoy, de medios auténticamente eficaces.

La densidad de las radiaciones se mide en «röntgens». La densidad de radiación inferior a 100 unidades no resulta peligrosa; si se eleva a 400 unidades, la mortandad es del 50 por 100, y si la radiación es de más de 600 unidades, la muerte resulta inevitable.



Dos aspectos nada agradables de las consecuencias de la bomba atómica



Las radiaciones penetrantes del cobalto 60 se emplean en medicina para la curación del cáncer.

ESTIMACION DEL VALOR BELICO DE LA BOMBA DE COBALTO. — UN LLAMAMIENTO DE EISENHOWER

La bomba de cobalto produce los mismos efectos luminosos, térmicos y mecánicos que las demás explosiones de naturaleza nuclear. Pero su peligrosidad, como se ha dicho, reside en la permanencia de las radiaciones.

La bomba de cobalto, pues, es el arma de destrucción masiva más completa hasta ahora concebida. Sin posibilidad alguna de defensa, el atacante sufriría los mismos efectos que el atacado. Y, aunque esto no sucediese, la intoxicación de las aguas, la destrucción de animales y plantas y la desaparición de todo vestigio de vida durante la acción persistente de las radiaciones haría inútil la obtención de ventaja alguna por el empleo de medio de destrucción tan absoluto.

Estas circunstancias de peligrosidad universal, si la técnica no consigue el empleo localizado de tales explosivos, ha de conducir necesariamente a la intervención internacional de las armas de esta clase. Este es el propósito del general Eisenhower en un próximo llamamiento al mundo civilizado.

LA «CARRERA ATOMICA» MUNDIAL

Las tres potencias atómicas mundiales—Estados Unidos, Rusia e Inglaterra—se hallan hoy en condiciones de relativa igualdad. Las tres pueden utilizar los explosivos atómicos y termonucleares en sus variantes de bombas atómicas, de hidrógeno y de cobalto.

Existe, pues, entre dichas naciones una «carrera atómica». Cada centro de investigación busca nuevos avances en la teoría y en la práctica. La salida fué dada en el instante que el físico atómico Bohr, al desembarcar en Nueva York en 1939, declaraba que dos investigadores, entonces desconocidos, del Instituto Emperador Guillermo, de Berlín, habían obtenido la «fisión» del átomo de uranio; eran los doctores Han y Strassmann.

La última etapa ha sido cubierta con la superación de la bomba de hidrógeno por la bomba de cobalto, que por su efecto de «veneno radioactivo» puede causar el exterminio total de toda señal de vida en nuestro planeta.

¿SERA O NO EXPERIMENTADA LA BOMBA DE COBALTO?

El profesor Oliphant, eminente físico atómico australiano, al recoger el rumor de la proyectada experiencia de la bomba de cobalto en Woomera, ha dicho: «Sólo un loco se atrevería a usarla. Es la ocasión más clara para que se produzca el envenenamiento de todo ser vivo de la tierra.»

El jefe de la oposición australiana, mister Ewatt, ha requerido al Gobierno, en el Parlamento de Camberra, para que manifieste si tal propósito es cierto. Y, contestando a esta interpelación, el jefe del Gobierno, mister Menzies, ha respondido en el sentido de que «las experiencias atómicas de octubre, al igual que las del año anterior, no encierran ningún peligro para la población por haberse tomado toda clase de precauciones».

Las proyectadas experiencias han sido protegidas con un secreto tan impenetrable que el propio mister Menzies agregó que «desconocía la naturaleza de las operaciones y que tampoco pensaba solicitar del Gobierno inglés informaciones más precisas».

Por nuestra parte nos atrevemos a opinar que tal experiencia no se podría llevar a cabo en Woomera. Sería difícil limitar o localizar en una zona o territorio concreto los efectos previsibles de la explosión de una bomba de cobalto. Mas esto no impide que en los centros de investigación nuclear se hayan efectuado las comprobaciones necesarias para prever los resultados si se produjese una explosión de este tipo.

Como dice el profesor Oliphant: «Un ensayo de tal clase podría ser la última catástrofe mundial.»

Emilio NOVOA
Director de la Escuela de
Telecomunicación

UNA EXPOSICION DE PRODUCTOS ESPAÑOLES EN NUEVA YORK



Los periodistas entrevistan a Alejandro Muns, representante de la casa americana que va a exhibir los productos españoles

ESPAÑA EN LA QUINTA AVENIDA

EL MUSEO DEL PRADO. CENTRO MUNDIAL DE LA MODA FEMENINA

UN corresponsal español, desde Nueva York, fué el primero que lanzó hace meses la noticia del proyecto de la firma Franklin Simon de organizar una venta-exposición de productos españoles a través de su gran cadena de almacenes. Y como el proyecto ya es una realidad y se habla y se comenta en los círculos bien informados sobre la espectacularidad que los organizadores piensan dar a esta interesante exhibición española en Norteamérica, para no andarnos por las ramas hemos creído de sumo interés el entrevistarnos directamente con el delegado en nuestro país de esta firma, don Alejandro de Muns, para así conseguir el mayor compendio de noticias y detalles y poder completar una buena información.

Y se organiza el corro de preguntas en torno al señor De Muns, en su residencia de Madrid, confortable y acogedora. Bellos cuadros, bellos muebles y una hospitalidad encantadora encaramada en un carrito con temblores de cristalería y sonoros trocitos de hielo, que mitigan el calor y hacen que la charla sea fluida y vivaz.

UNA CADENA DE MAS DE VEINTICINCO GRANDES ALMACENES

Para entrar, como si dijéramos, en situación, el señor De Muns



Los modelos de la muñeca «Mariquita Pérez» son transportados al avión que los llevara a Nueva York

nos da el siguiente detalle: «La firma Franklin Simon es una organización comercial que posee una cadena de más de veinticinco grandes almacenes distribuidos por las más importantes ciudades de los Estados Unidos.»

Seguidamente comienza el ametrallamiento de la entrevista:

LLOP.—¿Dónde se encuentra la casa central?

ALEJANDRO DE MUNS.—En Nueva York y en la famosa Quinta Avenida, en un edificio propio de doce plantas, con más de tres mil empleados, con doce grandes escaparates, ante los cuales desfila diariamente una verdadera multitud de personas, por tratarse de la arteria en donde se hallan enclavados los mejores comercios de la ciudad.

RUIZ CATARINEU.—¿Cómo surgió la idea de celebrar esta venta-exposición de productos españoles?

ALEJANDRO DE MUNS.—Hace ya tiempo que la firma Franklin Simon, al igual que otras empresas, realiza periódicamente certámenes de este tipo con diferentes países a fin de incrementar las relaciones comerciales con los mismos. Este año, y previo estudio de las posibilidades comerciales que pudiera ofrecer el mercado español para el de los Estados Unidos, la firma decidió elegir nuestro país para esta experiencia comercial.

LLOP.—¿Cómo se hizo el estudio del mercado español?

ALEJANDRO DE MUNS.—Hace aproximadamente un año, la Dirección de la firma envió a España a Mrs. Mildred Kaldor, que ocupa dentro de la empresa el cargo de directora de publi-

dad, con la misión de redactar un informe sobre los productos españoles susceptibles de ser vendidos a los Estados Unidos, pese a las altas tarifas aduaneras estadounidenses. El informe, fruto de numerosas indagaciones acerca de los elementos comerciales, así como de los organismos oficiales, que desde el primer momento acogieron esta idea con toda comprensión, fué discutido y aprobado por el Consejo directivo, que acordó enviar a España, durante los pasados meses de abril y mayo, a los vicepresidentes Mrs. Claire Lang y Mr. Lester Hano.

SOFIA MORALES. — ¿Es muy elevado el sueldo de Mrs. Kaldor como directora de publicidad de la Franklin Simon?

ALEJANDRO DE MUNS. — Lamento no poder informarla a usted sobre este extremo; pero comprenderán ustedes, dado el alto nivel de vida de aquel país, que el sueldo de un director de publicidad de una firma de esta categoría, independientemente de su sexo, es elevado, aunque mitigado por la escala progresiva de impuestos que gravan los salarios.

SOFIA MORALES. — ¿Es muy difícil para una mujer llegar a ocupar un cargo de tanta importancia en los Estados Unidos?

ALEJANDRO DE MUNS. — La mujer goza en los Estados Unidos de los mismos privilegios que el hombre y, por consiguiente, sus posibilidades para ocupar cargos de gran responsabilidad e importancia son idénticas, por lo que todo depende de ella misma.

Después de esta interrupción típicamente femenina de Sofia Morales, Ruiz Catarineu toma de nuevo el hilo de la conversación.

RUIZ CATARINEU. — ¿Cuál fué

concretamente la misión que llevaron a cabo en España mistress Claire Lang y mister Lester Hano?

ALEJANDRO DE MUNS. — En primer lugar adquirir productos españoles de las clases más diversas, visitando para ello los principales centros de producción y procediendo a una selección muy rigurosa, pues su experiencia les ha demostrado que el público norteamericano, para comprar artículos procedentes de países extranjeros, exige por encima de todo «calidad» y «mano de obra», cualidades éstas, según manifestaron a su regreso, que abundan en España.

LLOP. — ¿Fué la compra de artículos puramente comerciales su único objetivo?

EL MUSEO DEL PRADO, FUENTE DE LA MODA

ALEJANDRO DE MUNS. — No. Durante su permanencia en Madrid visitaron detenidamente el Museo del Prado, y allí, a la vista de esta maravillosa y sin par pinacoteca, descubrieron que España, en la época de su esplendor, fué mucho antes que París la capital de la moda femenina.

SOFIA MORALES. — Bajo este aspecto, ¿qué cuadros fueron los que más atraeron su atención?

ALEJANDRO DE MUNS. — Se fijaron particularmente en cuatro: «El duque de Alba», de Goya; la «Santa Casilda», de Zurbarán; la «Condesa de Villafranca», de Goya, y el «Cardenal de Borja», de Andrei Proccaccino.

RUIZ CATARINEU. — ¿Consideraron solamente el valor artístico de los cuadros?

ALEJANDRO DE MUNS. — Los valores artísticos que el Museo contiene fueron debidamente apreciados por estos señores; pero lo que motivara su decisión

fué los vestidos de los personajes allí representados. Esto les dió la idea de encargar a un modisto español la confección de cuatro modelos inspirados en dichos cuadros. Y para que en su presentación en Nueva York el público se pudiera dar cuenta del original, decidieron llevarse asimismo una reproducción fidedigna del cuadro.

LLOP. — Ha hablado usted de reproducción de los cuadros, ¿se han hecho, efectivamente, copias de ellos?

ALEJANDRO DE MUNS. — Sí; y gracias al asesoramiento del director del Museo del Prado se encargaron cuatro reproducciones, en un tamaño de más de dos metros, a las pintoras señoritas Conchita Salinero y Pilar Barreira, para ser expuestos en los escaparates de la Quinta Avenida y sucesivamente en las distintas sucursales de la firma como fondo de los modelos confeccionados por Pedro Rodríguez.

SOFIA MORALES. — ¿Son estos cuatro los únicos modelos de vestidos hechos por modistos españoles que allí se exhibirán?

ALEJANDRO DE MUNS. — No; también se ha encargado una colección de trajes de mañana y de «cocktail» a Asunción Bastida y Marbel, todos ellos creados con carácter exclusivo para Franklin Simon. Marbel ha creado un suntuoso vestido de novia de inspiración española que ha de causar sensación.

UN «SLOGAN» ATRAYENTE: «RENACIMIENTO ESPAÑOL»

El señor De Muns nos muestra las fotografías de los trajes. Es necesario llamar la atención de Sofia Morales para que no prolongue hasta la hora de la cena la contemplación de los vestidos.



Desfile de modelos con trajes de novia de típica influencia española, creación de Marbell



He aquí un modelo de Asunción Bastida de graciosa línea y elegancia. No es necesario decir su inspiración

RUIZ CATARINEU. — ¿Así, pues, la finalidad de esta venta-exposición no es exclusivamente comercial?

ALEJANDRO DE MUNS. — Junto a los objetivos comerciales, que, como comprenderán ustedes, son la base de esta vasta empresa, la intención de Franklin Simon al lanzar esta campaña es la de aprovechar la creciente corriente de interés que España despierta en los norteamericanos, y para ello ha querido desde el primer momento que esta venta-exposición no tuviese un carácter exclusivamente comercial. Para lo cual ha solicitado, a través de la Embajada de España en Washington, el patrocinio del Estado español, cuya intervención se manifestará a través de una selección de objetos artísticos españoles de los siglos XVI y XVII, junto con un extenso muestrario de productos de artesanía popular española, así como de una selección de trajes típicos regionales que han sido cedidos por la Sección Femenina, al objeto de mostrar al americano alguna de las facetas de España totalmente desconocidas para él. Por otra parte, el «slogan» de esta campaña tiene por título «Renacimiento español».

LLOP. — ¿Podría influir esta Exposición en una mayor afluencia de turistas norteamericanos a España?

ALEJANDRO DE MUNS. — Indudablemente. Las personas que durante los tres meses que ha de durar esta venta-exposición tendrán allí una visión bastante completa e interesante de España, que fácilmente puede provocar el deseo de conocer nuestro país. La Oficina de Turismo española en Norteamérica ha enviado una numerosa colección de carteles murales y folletos para su distribución.

LLOP. — ¿Han contado con alguna colaboración por parte de otras empresas?

ALEJANDRO DE MUNS. — Efectivamente. La Franklin Simon, que, como ya les dije, tiene más de veinticinco sucursales distribuidas por todo el país, se ha puesto además en contacto con la Hilton International, propietaria de la gran cadena de hoteles del mismo nombre, al objeto de exhibir una selección de estos productos españoles en aquellas ciudades donde no tiene sucursales. Asimismo, la Compañía aérea T. W. A. prestará su colaboración mediante el envío diario desde España de ramilletes de claveles rojos para que sean distribuidos a las señoras que visiten los almacenes.

RUIZ CATARINEU. — ¿Se dará mucha publicidad a esta venta-exposición?

ALEJANDRO DE MUNS. — Desde luego, pues en el éxito de la misma está basado el que los productos españoles conquisten y se afiancen en el mercado americano. Para lo cual se han acordado los siguientes planes: a continuación de la inauguración se iniciará una gran campaña de propaganda hecha por Franklin Simon en los principales periódicos de Nueva York, entre ellos el «New York Times» y el «He-



Asunción Bastida ha creado este precioso modelo, que va a ser exhibido en Nueva York, de las estampas de Goya

rald Tribune», donde la firma tiene contratadas permanentemente cuatro páginas fijas. Asimismo las creaciones de los modistos españoles serán difundidas por las grandes revistas norteamericanas «Vogue», «Harpers Bazar» y «Mademoiselle», además de otros ciento cincuenta periódicos y revistas, que reproducirán las fotografías que fueron tomadas especialmente por el fotógrafo Gyenes, bajo la dirección de nuestra directora de publicidad, que se desplazó a España para tal objeto. Además de lo anteriormente mencionado, Franklin Simon y Hilton International han acordado la confección, para su subsiguiente envío desde España, de unas 150.000 postales, que llevarán el saludo de ambas empresas y los de la Compañía aérea T. W. A. a una parte seleccionada de sus clientes. Por último, durante toda la duración de esta venta-exposición, cinco grandes escaparates de los que Franklin Simon tiene en la Quinta Avenida, serán dedicados exclusivamente a exhibir los productos españoles.

RUIZ CATARINEU. — ¿Cuándo ha sido fijada la inauguración?

ALEJANDRO DE MUNS. — La fecha fijada ha sido el 27 de sep-

tiembre. El acto de inauguración tendrá lugar en el hotel Waldorf Astoria, de Nueva York, y será presidido por el embajador de España en Washington, don Félix de Lequerica, y por el subsecretario de Estado americano, junto con la Prensa, las grandes agencias de viajes y en general de todas aquellas personalidades de relieve en la vida americana. La venta-exposición estará abierta al público durante tres meses y en ella se piensan desarrollar diversas actividades artísticas.

El señor De Muns termina la charla haciéndonos resaltar la importancia que para España puede tener esta idea.

ALEJANDRO DE MUNS. — El propósito nuestro ha sido presentar al público americano una serie de artículos que hasta ahora sólo se podían adquirir realizando un viaje a España. Si estos objetos que ahora se van a exhibir y vender son apreciados, la firma repetirá sus compras, y no solamente ella, sino otras empresas comerciales que atraídas por la calidad de nuestros productos, vendrán a España, estableciéndose así un importante y fructuoso intercambio comercial.

(Fotografías de Gyenes.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

ESPAÑA

EN LA 5.^a AVENIDA
EL MUSEO DEL PRADO,
CENTRO MUNDIAL DE LA
MODA FEMENINA

Los modistas españoles han lanzado al mercado estos atrevidos y graciosos modelos, inspirados en las pinturas del Museo del Prado. Esta interesante entrevista con Alejandro Muns, que sobre los productos españoles se va a celebrar una venta-exposición en Nueva York, la encontrará en la página 61

